

*«IMPOSIBLE DEJAR DE LEER»*

# *INFINITE SOUL*

*UN THRILLER DE ACCIÓN Y MISTERIO*

*PABLO SUÁREZ*

# INFINITE SOUL

---

UN THRILLER DE ACCIÓN Y MISTERIO

PABLO SUÁREZ

[WWW.PABLOSUAREZBOOKS.COM](http://WWW.PABLOSUAREZBOOKS.COM)

Copyright © 2024 Pablo Suárez Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o a través cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Autor: Pablo Suárez

[www.pablosuarezbooks.com](http://www.pablosuarezbooks.com)

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, lugares y eventos son producto de la imaginación del autor, o, si son reales, están usados de manera ficticia. Cualquier parecido con escenarios, hechos reales o con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

## ÍNDICE

### Prólogo

1. Inauguración
2. Demasiado barroco
3. ¿Mando a alguien a Madrid?
4. Fundido a negro
5. Cita en Tremp
6. Vienen a por mí
7. Quebrantahuesos
8. Píllelo. Robe. Mate.
9. Un truco de salón
10. Identidad desconocida
11. Un milagro de ilimitado potencial
12. Ciudad sentina
13. Quebrantahuesos
14. Jaulas dentro de jaulas
15. El fantasma del Museo del Prado
16. Todo es una prueba
17. No me gustan los misterios
18. Destruyelo todo
19. Localización comprometida
20. Todos los senderos minados
21. Compré una teleco filipina
22. Scarpa liberada
23. Boom
24. Sifón para dos
25. Pensé que vosotras erais la policía
26. Quebrantahuesos
27. Llamada por la línea azul
28. Sala de embarque
29. Demasiado lento
30. La trampa
31. Lleva dos días gritando su nombre
32. El santo
33. El equipo de los virtuosos
34. Necesitará un coche discreto
35. ¿Cuál es tu historia?
36. La reina de la pista
37. Bienvenida a Infinite Soul
38. Escalas de grises
39. ¿Puedes salir corriendo?
40. Una tarea indigna
41. Nuestro contacto
42. Correo matinal
43. Destrucción mutua garantizada

44. [Ruta despejada](#)
45. [Un amigo leal](#)
46. [Fugitiva internacional](#)
47. [Un pequeño souvenir](#)
48. [Desbandada](#)
49. [Quebrantahuesos](#)
50. [El dossier](#)
51. [Red de seguridad](#)
52. [¿Le digo al piloto que te deje en Panamá?](#)
53. [Abismo cero](#)
54. [La siguiente va a tu cabeza](#)
55. [Pied-a-terre](#)
56. [Alguien sabe dónde estamos](#)
57. [Piñata de caoba, cuero y cristal](#)
58. [Chocolate y menta](#)
59. [No cometa el error de subestimarlas](#)
60. [Nuevas certezas](#)
61. [Láser rojo](#)
62. [¿Que vende exactamente?](#)
63. [Nos escondemos a la vista de todos](#)
64. [Dijiste que sería limpio](#)
65. [Empieza con la rabia](#)
66. [Una alucinación más](#)
67. [Nada se nos escapa](#)
68. [Salvar a una amiga](#)
69. [Una aproximación sutil y quirúrgica](#)

[Nota del autor](#)

## PRÓLOGO

*Extracto del perfil sobre Tessa Denemethy  
publicado en la revista Winning Company.*

«Por supuesto, no todo en la carrera de Tessa Denemethy son éxitos rutilantes.

Tomemos, por ejemplo, Infinite Soul. Esta empresa registrada en Malta se dedica, según el registro mercantil del país, al «Desarrollo de tecnología destinada a digitalizar la conciencia». Denemethy financia el proyecto de su propio bolsillo.

En el brevísimo comunicado que anunció su nacimiento se nos informa de que Infinite Soul «...aspira a ser una empresa pionera en la digitalización de nuestra mente. Abriremos ventanas que nos permitan, por fin, contemplar el *futuro* de eternidad digital».

Pues bien, han pasado dos años y estos visionarios no han publicado ni un solo avance científico; tampoco han registrado patente alguna. ¿A qué se dedica, pues, Infinite Soul?

Mi teoría es que el pequeño passion project de Denemethy es un fiasco y pierde dinero a espuertas.

Es más, a estas alturas yo pondría en duda que a ninguno de sus empleados —de los cuales, por supuesto, nada se sabe— les importe gran cosa la inmortalidad digital, o las ventanas, o incluso los ocasionales vistazos al futuro... vengan en cursiva o no.»



## INAUGURACIÓN

Diluvia sobre el Museo del Prado de Madrid.

En un día soleadito y sin tráfico, con la brisa acariciando el bulvar arbolado y los turistas justos, la espléndida mole neoclásica es un lugar incontestablemente bello.

Ahora mismo, es el caos en la tierra.

Carla Munt está a trescientos metros del museo y calcula que el taxi en el que viaja tardará una hora en recorrerlos, encajonado como está en el monumental tapón provocado por furgonetas de televisión y coches patrulla cruzados sobre la calzada y las aceras. Agentes calados acordonan la entrada principal, monumento a Velázquez incluido. Y la muchedumbre bajo sus paraguas, viéndose obligada a retroceder por el cordón, ha decidido tomar posesión del carril bus.

Carla suspira. En la ciudad enferma, el Paseo Del Prado es otra arteria bloqueada en pos del ictus colectivo.

—Aquí me vale —dice saltando del taxi.

Antes de echar a andar se sube la capucha de su chaqueta —un cortavientos de Decathlon que era negro cuando lo compró y hoy es tirando a gris—, le da un último sorbo a su café —que estaba caliente en Tetuán y ahora está tirando a tibio— y guarda en la mochila el puñado de informes que se ha llevado de Jefatura —a pesar de que eso está tirando a prohibido.

Si vistiera uniforme le resultaría más fácil abrirse paso. Sin él, todo cuanto la multitud ve es una mujer menuda y delgada, de pequeños ojos marrones y boca muy fina, sus empapados mechones castaños asomando de la capucha, intentado colarse para ver la carpa que la policía ha levantado de prisa y corriendo. «Otra lista que no puede esperar para hacer su fotito» escucha mientras recibe un codazo.

El patrulla al que le ha tocado contener la turba mira la acreditación chorreante que le tiende Carla.

—¿Análisis de Conducta? —lee dubitativo—. ¿Dónde está Piñeiro?

—De baja. Accidente de moto.

El agente levanta la cinta, pero sigue sin parecer convencido.

—¿Eres su estudiante? Porque te advierto que lo que hay ahí dentro es para cagarse encima.

Carla está acostumbrada. Treinta y un años recién cumplidos, y en algunos supermercados aún le piden el DNI antes de venderle la botella de Ribera del Duero que se permite cada seis días (siete, si racanea un poco su chato de vino de la cena).

—Vaya por Dios —dice echando a andar—. Y yo que tenía la esperanza de que en Análisis de Conducta me asignaran los robos en Zara.

El patrulla no pilló el sarcasmo. O la ironía, Carla nunca ha estado muy segura de dónde está la línea entre ambas. Hay que admitir que el hombre tampoco está como para hilar muy fino: su

impermeable chorrea por dentro y por fuera, y sus zapatos están tan encharcados que los calcetines burbujan con cada paso que da. Bastante tiene con aullarles a los curiosos que se arrojan sobre el cordón cada vez que la cortina de la carpa se abre unos centímetros.

—¿Fan de Rigoletti?

Carla apenas ha chapoteado unos metros cuando la alcanza otro agente de paisano. Se llama Santi Bermellón, y si le invitas a un par de cervezas se lanza a compartir sus sospechas de que la tierra no es redonda y que el Apollo 11 nunca pisó la luna. Hace meses que desistió de conseguir una cita con Carla.

—Primera vez que oigo ese nombre —responde Carla sin detenerse.

De Giacometti, sin embargo, de ese sí ha oído hablar. A Carla no le pone mucho el arte, pero, por el motivo que sea, las esculturas de Giacometti, esos espíritus ásperos y espigados, esas le entusiasman. Lo cual no piensa admitir en voz alta. En su mundo, Carla aún teme que todo lo que que no sea fútbol, coches o comida traiga consigo un tufillo a debilidad. Y hace mucho que aprendió a no mostrar ninguna.

«Don't let them in, don't let them see», como dice una canción que no se le ocurriría tararear delante de otro compañero.

La exposición de Giacometti, que prometía ser el gran acontecimiento cultural del año, debía estar inaugurándose en aquel preciso instante. Hacia las siete de la mañana, cuando seguridad del museo se tropezó con el cadáver, en el Paseo del Prado ya esperaban doscientas personas deseosas de ser las primeras en entrar.

Si las declaraciones de Carlos Lubeck eran de fiar —y generalmente lo era, pues el director del Museo Del Prado era un un hombre ecuaníme y poco dado a hipérboles—, las entradas para los próximos meses se habían agotado, y más de la mitad de los visitantes vendrían de fuera de la ciudad. Un éxito sin parangón para aquel Madrid en soporte vital cuyo atractivo turístico estaba sólo ligeramente por encima de Haití y otros estados fallidos.

La fecha de la inauguración se había elegido con sumo cuidado: a cinco días de las elecciones a la alcaldía, los organizadores esperaban que la cobertura mediática ayudara a combatir la reputación de agujero insalubre que la ciudad se había ganado, a pulso, en los últimos años.

No era un mal plan: ilumina la desolación diaria de millones de votantes con el recuerdo de esplendores pasados, y quizás alguno cambie sus planes y levante el culo hasta el colegio electoral. Incluso con aquella lluvia torrencial, podría haber funcionado... de no haber sido por la aparición del cadáver de Carlos Lubeck, oculto tras el monumento a Velázquez, una hora antes de la gran inauguración.

La ironía del asunto —porque eso sí que no es sarcasmo, de eso está segura— es que, con su salario, Carla no puede permitirse una entrada a la exposición. Y sin embargo aquí está. Calada hasta los huesos, sí; pero asignada a un caso que le va a permitir darse un garbeo por la exposición. Cientos de turistas furiosos esperando a remojo fuera, mientras ella camina entre extraterrestres.

Precisamente del espacio exterior —o quizás de alguna pesadilla macabra— parece proceder el cuerpo que oculta la carpa. Y mientras Carla se apresura a cerrar la cortina y lanza una mirada aprensiva a la escena, se le ocurre que al final el patrulla de los zapatos burbujeantes, ese Góngora del cordón policial, va a llevar razón; ella misma no encuentra mejor forma de describirlo: es para cagarse encima.



## DEMASIADO BARROCO

Carla se sacude el agua de la capucha. Ojalá fuera igual de fácil sacudirse la náusea que le provoca la visión que tiene delante.

—Tuvo que llevarle horas —dice Bermellón, que siempre tiene presta una buena obviedad.

Dan vueltas a la carpa, manteniendo su espalda pegada a la lona para no estorbar a los de la científica, que están ocupados empolvando silla, cuerpo y ligaduras.

—¿Ha aparecido la cabeza? —dice Carla.

Bermellón niega con la suya.

—Me pregunto —dice pensativo— si alguien pasó por delante y pensó: «Poderoso. Pero demasiado barroco para mi gusto».

Carla ignora la perla de ingenio. Conociendo a Bermellón, se la regalará a todo aquel que pase por la carpa.

Al director del Museo del Prado lo han asesinado y atado a una silla. O a la inversa, el forense dirá. La silla es recia, observa Carla. Castellana, de asiento de cuero y tachuelas, con presencia; una silla que *está*. Lo que no *está* es la cabeza de Lubeck. Peor aún, en su lugar hay una cabeza de carnero. Hocico, ojos de cristal y dos espléndidos cuernazos en espiral.

Es una imagen que no debería existir. Toscas puntadas de cuerda bramante sostienen la cabeza disecada sobre la amalgama tumefacta que un día fue el cuello de Lubeck.

Incluso sin acercarse mucho, Carla puede apreciar la decisión en el zurcido, la ausencia de retoques. Con un escalofrío, se pregunta dónde demonios se practica eso.

Tal y como esperaba, las manos de Lubeck sostienen un sobre que el rigor mortis se ha asegurado de mantener en posición.

—¿Lo has abierto?

—No podemos tocarlo hasta que los hombres condón lo analicen —dice Bermellón con sorna.

Los de la científica están a punto de ladrarle, pero se contienen al ver quién acaba de entrar en la carpa.

—Señora Faust —dice Bermellón, de pronto todo deferencia—. Soy el inspector Bermellón, estoy al cargo. Siento que tenga que ver esto.

La recién llegada, cuya ropa de diseñador apenas suaviza una espalda musculosa y un rostro pétreo, se limita a encogerse de hombros.

—He visto cosas peores.

Por lo que Carla ha leído en el taxi de camino, la afirmación es cierta. Damaris Faust ha llevado una vida intensa de la que sólo se conoce una parte, la que no es información clasificada. A los veintidós dio el salto de la Fuerza Terrestre al Mando de Operaciones Especiales, donde

los archivos oficiales le pierden la pista durante varios años. Vuelve a emerger con una bala en el costado y tres perforaciones en los pulmones que la retiraron de Operaciones Especiales. El ejército la puso en barbecho en Museos y Archivos, donde aprendió un nuevo oficio y tuvo una epifanía profesional; en concreto, el día que descubrió cuánto cobraba un marchante de arte en Nueva York. Dejó el ejército por el mundo del arte. De su paso por Estados Unidos poco se sabe, pero cuando ocho años más tarde reapareció en Madrid, lo hizo en el tramo más alto del IRPF, y no sólo eso; en su dedo anular resplandecía el pedrusco de compromiso con un joven y ambicioso policía llamado Héctor Zervas.

El cual, con el tiempo, llegaría a ser Director Adjunto Operativo de la Policía Nacional, la segunda persona más poderosa del cuerpo.

De ahí la actitud untuosa de Bermellón. Porque la mujer que acaba de entrar no es sólo la comisaria de la exposición; para todos los que trabajan enchepados en aquella carpa, también es la mujer del jefe.

—¿Cómo puedo ayudarle, inspector? —dice Faust.

—Para empezar, necesitaría saber si esta... en fin, escenificación, significa algo para usted.

—¿Me está preguntando si tiene algún trasunto artístico? Ninguno. De tenerlo, ¿no cree que alguien habría atado cabos hace dos años? —la pregunta suena a amonestación—. No, esto es grotesco y gratuito. Igual que hace dos años. ¿Seguro que es Lubeck?

—Me temo que sí. Las huellas dactilares están intactas —dice Bermellón en el tono compungido, de director de funeraria, que reserva para los amigos de las víctimas—. ¿Sabe si tenía enemigos?

A pesar de que Faust no sonría —Carla no está segura de que sepa cómo—, la pregunta parece divertirla.

—Esto es la primera división del arte, inspector. Los enemigos de mis enemigos son mis enemigos.

—¿Podría ser más clara?

—Es muy sencillo. Hasta aquí escalas a base de codos afilados como dagas y cortando algún que otro cuello.

—Una elección de palabras desafortunada —dice Carla.

Faust finge reparar en ella por primera vez. La estudia de arriba a abajo.

—Usted no estuvo en el caso hace dos años.

—No, señora. Pero he leído los informes. Carla Munt, Análisis de Conducta. ¿Falta algo en el museo?

—¿Aparte de la cabeza de este pobre hombre?

Si Faust espera amilanar a Carla, se queda con las ganas. Porque Carla tiene un máster en aguantar la condescendencia ajena. No dice una palabra, y la suficiencia de Faust resbala por una piel tan dura que ya quisieran muchas orcas. Hasta que Faust capitula.

—No que yo sepa. Pero preguntaré.

Un revuelo en el exterior hace que los tres asomen la cabeza.

Dos todoterrenos negros han decidido añadir caos al pandemonio abriéndose paso hasta el mismísimo cordón policial. Abusones blindados con lunas tintadas. Tan imponentes que sólo algunos de los turistas empujados se atreven a protestar.

—El que faltaba —bufa Faust—. Hablaremos luego, inspector.

Fuera, los goterones de lluvia rebotan un palmo contra las losas. Como dos ciervos enfurecidos, Faust y el hombre trajeado que acaba de bajar de uno de los vehículos chocan cuernos. El tipo pasa de los sesenta pero rebosa una energía predatoria y feroz.

Intercambian gritos hasta que los escoltas del hombre, que se pasean en ropa de combate como si esperaran una emboscada camino de Damasco, les advierten que la mara de curiosos les está haciendo más fotos que a Madonna en el Primavera Sound.

—Pues yo me lo imaginaba más alto —dice Bermellón mientras el grupo desaparece entre las columnas, en pos de la privacidad del vestíbulo—. De todos modos, el agente que vigila el cordón no debería haberlo dejado pasar.

Carla suelta una risa desangelada. Dile tú a Octavio Umbría, empresario millonario y propietario de facto de la mitad de la ciudad, que respete un precinto policial. Sus constructoras han edificado medio extrarradio, sus donaciones mantienen a flote colegios y museos, y le debe favores desde la alcaldesa hasta el último ujier de la Asamblea. Además, su equipo de «escoltas» está mejor armado que la policía municipal y la nacional juntas.

Los de la Científica les dan vía libre. Un segundo después Carla ya está arrodillada, linterna en mano, inspeccionando las siniestras puntadas. Bermellón, por su lado, sigue asomado al exterior.

—¿Has visto qué pipas llevan? ¿Eso no es armamento militar?

—Son mercenarios —dice Carla, más concentrada en el cuello de Lubeck que en la conversación—. Umbría lleva dos años montando su pequeño ejército privado.

*O no tan pequeño, nadie lo sabe con certeza.*

De refilón, Carla no puede evitar preguntarse si ella no haría lo mismo, de poseer semejante fortuna. En la ciudad arruinada, que ha perdido el norte, el control y también la esperanza, donde los criminales van mejor armados que la policía y donde los ciudadanos no salen de casa de noche —y muchos preferirían no hacerlo de día—... ¿quién es inmune al miedo? Todos saben que muchos compañeros procuran no salir de sus coches patrulla; coches a los cuales, para más inri, les empiezan a fallar las sirenas, las radios y a veces los frenos.

El cuello de Lubeck es terreno confuso y glutinoso.

—¿Qué mosca le habrá picado? —se pregunta Bermellón, aún fascinado por el hombre que gasta en zapatos más de lo que él gana en un año.

—Ha venido a proteger su inversión.

—No me jodas. ¿Esto lo financia Umbría?

—¿Quién si no?

—No me extraña que esté nervioso, entonces. ¿Crees que perderá mucho si la exposición se cancela?

—No le preocupa el dinero. Le preocupan las elecciones.

Después de treinta años sangrando a la ciudad en la sombra, Octavio Umbría ha decidido hacerlo a la luz del sol, desde un balcón, y por primera vez se presenta a las elecciones a la alcaldía. Su campaña lo ha vendido como el único ser vivo sobre la faz de la tierra capaz de atraer inversores y turistas de vuelta a la ciudad moribunda. La exposición, en realidad, no es sino el *grand finale* de su campaña electoral.

*¿Y usted, señor Lubeck, a quién pensaba votar?*, se pregunta Carla mientras sus pinzas se abren paso en el vellón y tiran de un hilo brillante.

—¿Has encontrado algo? —dice Bermellón.

En un caso normal, el inspector jamás permitiría a una «iluminada» tocar su cadáver. Él, como muchos otros, espera que los «iluminados» de Análisis de Conducta se limiten a tomar notas y regresar a sus cubículos en el sótano dos de Jefatura, que comparten con el parking de motos y el almacén de suministros de la subcontrata de limpieza, para redactar un perfil psicológico que ayude a las demás secciones —las que gastan suela— a afinar el tiro.

Pero este no es un caso normal. Y Carla no puede hacer su trabajo sin antes comprobar si lo que tiene delante es un original o una falsificación.

El hilo dorado se desliza sin resistencia, trayendo consigo notas de fetidez y descomposición incipiente. Carla lo sujeta a la luz de la linterna, y las partes que no están cubiertas de ligamento le devuelven destellos que Carla, sinceramente, preferiría no ver.

*Pues tenemos un original, señores. Que empiece la subasta.*

Ese hilo dorado lo cambia todo.

—Háblame, Carla. ¿Es genuina esta escena, o estoy mirando el trabajo de un imitador? En otras palabras, ¿ha vuelto el Taxidermista? —Bermellón deja que la pregunta pendule en el aire, al compás del hilo dorado—. Porque en ese caso, hace dos años encaramos a la mujer equivocada.



## ¿MANDO A ALGUIEN A MADRID?

Mil quinientos kilómetros al este, bajo un cielo y un sol tan deslumbrantes que le obligan a mantener tintados los cristales de su residencia, Tessa Denemethy cae de espaldas con un gruñido. Su instructor se revuelve como una lagartija en kimono, pero Denemethy no afloja la tenaza con que sus piernas lo inmovilizan. Pasados unos segundos, el entrenador acepta la derrota.

Está palmeando la colchoneta cuando la puerta del gimnasio se abre.

—Jefa —dice el recién llegado, impasible, en dirección a la maraña de brazos y piernas entrenzados—. Tienes que ver esto.

Para cuando llega a su despacho, Denemethy ya ha dado orden de liberar la agenda de la mañana. A través de la puerta le llega el cacareo de sus asistentes deshaciéndose en disculpas ante la junta de accionistas de una corporación japonesa o el jefe de gabinete del primer ministro francés, y ofreciendo fechas alternativas para reuniones que todos ellos desean mucho más que la propia Denemethy.

En la fracción de segundo que el televisor tarda en activarse, Denemethy puede ver su reflejo en el espejo negro.

Es alta y fibrosa, y su largo cuello lo acentúa una barbilla permanentemente alzada. Tiene un mentón duro, prominente, que suaviza con una sonrisa frecuente, cálida o amenazadora, según. Y nadie sabe decir a ciencia cierta si sus ojos azules son tristes o burlones. Con el pelo recogido y una sudadera de capucha —su outfit actual—, pasaría por una tenista profesional; si hubiera jugadoras de cuarenta y pocos en el circuito.

El hombre junto a ella, que es quien la ha sacado del gimnasio, es ancho y cuadrado. Al menos de cintura para arriba, que es la parte de su cuerpo que puede mover. Una silla de ruedas a medida le permite moverse por los estrechos pasillos de la residencia. Se le conoce como Lefebvre —nombre propio desconocido—, aunque algunos de los residentes se refieren a él, siempre en susurros, como *il consigliere*.

Durante unos minutos, ninguno habla. Escuchan la cobertura de la BBC hasta que el material disponible se agota y las imágenes de Madrid repiten el bucle.

Denemethy apenas puede contener su agitación. Sabe que probablemente no sea más que la obra de un imitador, pero aún así se permite fantasear con la posibilidad de que lo que quiera que esconda esa carpa sea genuino.

Un turista suizo («@integrity\_1985» en redes sociales) ha logrado robar una foto antes de la llegada de la policía. Es una imagen lejana y borrosa, pero eso no ha evitado que todos los canales, incluso aquellos que claman al cielo contra el virus del sensacionalismo, la hayan adoptado de fondo de escritorio.

—¿Qué piensas?

—Inconcluyente —dice Lefebvre con su voz de barítono—. Podría ser genuino. Pero dado el lugar y la fecha, me inclino por un rival de Umbría buscando dinamitar la exposición.

Denemethy está de acuerdo, pero prefiere no expresarlo. Raramente comparte una impresión inicial, ni siquiera con Lefebvre. Es un viejo hábito. Ya desde niña, desde los días de harapos y desnutrición en orfanatos húngaros, se siente segura en el hermetismo. Al fin y al cabo, si nadie sabe que has robado una patata de la cocina, nadie intentará quitártela mientras duermes. A lo largo de las décadas, esa píldora de sabiduría cautelar le ha salvado el cuello en más de una ocasión; por desgracia, también es la maldición que la ha abocado a una vida de soledad y secreto.

Lefebvre sabe todo esto, y lo acepta.

En el televisor, la imagen cambia y un rótulo anuncia: «Análisis de Conducta llega al lugar de los hechos».

—Ese no es Piñeiro —dice Denemethy.

No ha llegado a verla bien. Uno de los inconvenientes de vivir y trabajar en aquella embarcación es que a veces el resplandor del mar Mediterráneo le gana la partida a los cristales tintados y se refleja en las pantallas. Sólo ha visto es una figura encogida bajo un cortavientos chorreante. Por ahora, lo único que sabe de ella es que carece de todo gusto vistiendo.

—Busca información sobre ella. Quiero saber si es una marioneta de Zervas.

Antes de salir del despacho, Lefebvre se gira.

—¿Mando a alguien a Madrid?

—Aún no. Esperaremos confirmación.

—¿Crees que llamarán? —dice Lefebvre mirando a los policías en la pantalla.

—Estoy segura de que lo harán.

Cuando se queda a solas, apaga la televisión. Ahora, en el silencio de su despacho, puede sentir las olas acunando su hogar.

Según la revista Forbes, el «Cueva Marina» —pues así se bautizó al yate de bandera maltesa — es el más caro de la historia de los caprichos de los mega ricos. El *Xanadú del Mediterráneo*, lo había llamado la revista Superyates. Lo que la prensa ignoraba era que, una vez Denemethy le añadió la granja de servidores, las conexiones con los satélites, los cristales antibalas, el armamento oculto y un sistema de camuflaje visual que tinta el casco del color y luminosidad del mar, la factura se había doblado.

Y aún así, sólo había supuesto una fracción de su fortuna.

Apenas diecisiete personas conocen estos detalles. Y ninguno los mencionará jamás, por dos motivos: en primer lugar, un acuerdo de confidencialidad tan largo, exhaustivo y draconiano que, si la legislación de Malta no llega a prohibirlo expresamente, habrían tenido que firmar con sangre; en segundo lugar, el contrato de trabajo más obscenamente lucrativo que verán en su vida. Un equipo de ingenieros, desarrolladores y analistas de nueve nacionalidades que, como parte del acuerdo, se han mudado a un yate de ochenta y cinco metros de eslora y seis cubiertas desde el que opera Infinite Soul.

Su teléfono rompe a vibrar. El número que llama tiene el prefijo +34, y Denemethy tiene que admitir que han sido más rápidos de lo que esperaba.

Otra vez el hormigueo en el estómago. La posibilidad, por remota que sea, de que el ataque sea genuino, resulta embriagadora.

—No es él —sentencia tan pronto descuelga—. No es el Taxidermista. El Taxidermista, de hecho, nunca ha existido.

Un silencio en la línea. Al otro lado se aclaran la garganta.

—¿Tessa Denemethy?

—Al habla.

—Soy la agente Carla Munt. Trabajo en Análisis de Conducta con la policía nacional. La española. ¿Cómo sabía que era yo quien llamaba?

*Insegura pero voluntariosa*, diagnostica Denemethy al momento. *Aún verde. Encontrando su voz*. Se la imagina, antes de marcar, repitiéndose a sí misma: «Venga, tú puedes hacerlo».

—No sabía que era *usted* —le espeta—. Pero sabía que era *alguien* interesado en mi punto de vista. Quise ir al grano y ahorrarnos los formalismos.

—Ya veo. El caso es que necesito hacerle unas preguntas, señora Denemethy. Seré rápida. ¿Sabe lo que hace mi departamento?

—¿Dónde está Piñeiro? —dice Denemethy por respuesta—. ¿Ha enterrado la cabeza al oír la palabra Taxidermista? ¿Teme volver a hacer el ridículo?

—Piñei... el subinspector está de baja. Yo estoy al cargo.

*Eso es, chica. Tú repítetelo hasta que te te lo creas.*

—No le robaré mucho tiempo. Estoy revisando los expedientes de hace dos años y aquí consta que usted... en fin, que usted está al corriente del hilo dorado.

Cada poro del cuerpo de Tessa Denemethy explota de emoción. Sus pupilas se convierten en dos enormes platos negros. La conversación promete.

En toda investigación de asesinato hay uno o dos detalles que nunca llegan a la prensa. Con esa información, desconocida para el gran público, los sufridos agentes que atienden los teléfonos pueden descartar en pocos segundos a los lunáticos interesados, vaya usted a saber por qué, en atribuirse las monstruosidades ajenas.

Dos años atrás, durante la caza del Taxidermista, ese detalle fue el hilo dorado. Jamás se hizo público que, si bien el asesino cosía las cabezas de animales con cuerda bramante, el trabajo de alta costura de matadero se remataba con un hilo dorado, tan delicado que no contribuía a sustentar nada; era, sencillamente, su firma.

Y Denemethy, que actuó como consultora civil durante aquellos meses dramáticos, es una de las pocas personas que conoce ese detalle.

—Estoy al corriente —responde lacónica, esperando que su voz no deje traslucir la velocidad a la que galopa su corazón.

—Eso creía. Tengo que preguntarle esto. En los últimos dos años... ¿ha revelado usted ese detalle a alguien? ¿Familiares, a algún amigo?

Denemethy está a punto de saltar de felicidad.

—¿El cuerpo del museo tiene un hilo dorado? —pregunta a bocajarro.

—Oficialmente, no puedo confirmar ni negar eso.

*Pero tu llamada acaba de hacerlo, amiga.*

—Agente Munt —dice Denemethy muy rápido, porque ahora su cabeza funciona a más nudos por hora de los que alcanza su yate tuneado—, escúcheme con atención. Hace dos años una mujer llamada Hazel Scarpa confesó ser la Taxidermista. Necesito hablar con ella. Necesito que me consiga una entrevista en el Hospital Penitenciario de Tremp.

—Eso no va a pasar. Y aún no ha respondido a mi pregunta.

—Por supuesto que no le he hablado a nadie del hilo dorado. ¿Acaso cree que soy imbécil? Dígame, ¿ha dejado un sobre?

—Ya le he dicho que no pued...

—Claro que lo ha dejado —la arrolla Denemethy—. Munt, ¿conoce mi teoría acerca de la

identidad del Taxidermista?

Carla resopla, evidentemente irritada porque sea Denemethy quien esté haciendo las preguntas.

—Leo los periódicos —responde al fin—. Hace dos años era difícil no leer sobre el caso.

—¿Y cree que tengo razón?

—Sé que Scarpa confesó. Los detalles coincidían.

Algo en la modulación de su voz le dice a Denemethy que la novata no es tan crédula como intenta aparentar.

—Tonterías. Scarpa fue una cabeza de turco. Cometió alguno de los siete asesinatos, pero no todos. Sabe que tengo razón. Escuche, Munt, sé que piensa hablar con Scarpa. Lléveme con usted. Treinta minutos con ella, es todo lo que pido.

—Adiós, Denemethy. Gracias por su tiempo.

Pasa un rato y Denemethy no se mueve. Permanece junto a la ventana, sin más. Por saborear el momento. Por contemplar los resplandores triunfales que el sol le arranca al mar aquella gloriosa mañana.

No esperaba que Munt accediera a su petición, claro; pero había que intentarlo. Ahora debe hablar con Lefebvre. Es imperativo que accedan al contenido de ese sobre, porque la fecha y hora escritos en su interior señalan el momento en que aparecerá la próxima víctima del Taxidermista.

Aunque tal individuo no exista, claro.



## FUNDIDO A NEGRO

Carla cuelga el teléfono y contiene sus ganas de estamparlo contra la fachada del Museo del Prado. Le saca de quicio la arrogancia, la suficiencia de Denemethy; pero sobre todo le jode que haya dado en el clavo.

Llamar al Hospital Penitenciario de Tremp es lo primero que ha hecho nada más encontrar el hilo dorado. Un tal Hopes, un celador nocturno con marcado acento inglés, ha prometido devolverle la llamada en cuanto confirme que Scarpa está en condiciones de ser entrevistada.

—Por video conferencia, si puede ser —ha añadido Carla de modo apresurado, pues sabe que el presupuesto para viajes de su sección es inexistente, y en el fondo duda de que vaya a ser una conversación fructífera. La última imagen que vio de Scarpa, en una revista de psiquiatría, la mostraba atada a una cama.

Mientras espera la llamada de Tremp, Carla se concentra en las tres pantallas que tiene delante. Cada una de ellas se divide en docenas de grabaciones en blanco y negro. La habitación es poco más grande que una despensa, sin ventanas y sembrada de vasos de plástico. Huele a café frío y rancio.

—Estas de aquí —dice el guarda de seguridad que los ha conducido hasta allí— son las cámaras que cubren el exterior.

—Empieza a las once de la noche —dice Bermellón.

El guarda rebobina varias horas y pisa el acelerador.

La noche zumba ante sus ojos en un fluir acalambreado marcado por los latigazos, casi cómicos, de arbustos y ramas. Una versión desangelada y siniestra de Benny Hill.

—¿Creen que habrá sido el Quebrantahuesos? —dice el guarda.

Carla y Bermellón no despegan los ojos de las pantallas.

—¿Qué?

—El Quebrantahuesos. Digo yo que quizás nuestro justiciero nocturno se ha graduado y ahora le da por imitar asesinos en serie.

Bermellón mira a Carla y forma dos palabras con los labios: «No falla». Y lleva razón. Últimamente, los testigos de todas las investigaciones parecen ansiosos por compartir sus propias teorías con la policía. Cuanto más sensacional el crimen, más alocadas las teorías. Antes eso no pasaba, y Carla culpa de ello a la fiebre por el *true crime*.

—Improbable —responde Carla—. El Quebrantahuesos es un matón que vapulea criminales que se le han escapado al sistema. Carlos Lubeck era un funcionario honrado... Hasta donde sabemos.

No va a ser Carla quien ponga la mano en el fuego por nadie, vivo o muerto.

—Todo el mundo tiene esqueletos en el armario.

El guarda deja su verdad universal flotando en el aire viciado en el mismo momento en que las todas las ventanitas funden a negro.

—La madre que te... —exclama.

—Jodidamente maravilloso —rezonga Bermellón metiéndose un chicle en la boca.

Bermellón se lanza a las preguntas de rigor acerca de copias de seguridad y redundancias, pero Carla desconecta. Sabe que no servirá de nada. Cuando fallan todas las cámaras a la vez, suele haber una explicación sencilla: un sobre bien gordo en manos de uno o más empleados de seguridad.

Una vibración en su bolsillo la saca del cuartucho, y sus pulmones agradecen el aire fresco del pasillo. Se coloca frente a una ventana atacada por los perdigonazos de la lluvia constante.

—Aquí Munt.

En el perímetro del museo, los vehículos blindados de Umbría han desaparecido. La primera fila la ha reclamado un bosque de trípodes y teleobjetivos. Carla, que no ve la tele, ni siquiera sabía que hubiera tantos canales.

—Agente Munt, soy Tim Hopes, el celador nocturno del hospital penitenciario de...

—Cuénteme.

—¿Está por la zona?

—Me temo que no —dice Carla con paciencia, a pesar de que en la conversación anterior ya le ha explicado que está con el muerto, a cinco horas en coche de Tremp—. ¿Cree que Scarpa está en condiciones de hablar?

—Hombre, yo ni creo ni no creo nada. Sólo soy el celador nocturno. Me encargo de que haya paz por la noche, que ya es. Pero la directora Garriga no ve inconveniente. Scarpa tampoco.

—¿Por videoconferencia?

—Me temo que no. Tiene que ser persona. Scarpa insiste, y yo estoy de acuerdo. Las pantallas alteran a nuestros huéspedes. Scarpa les espera a ambas aquí.

Carla tuerce el gesto. Llegar a Tremp no va a ser fácil. La última purga contable había aniquilado el presupuesto de viajes, junto con el de otros lujos como calefacción y aire acondicionado. La ciudad está arruinada, y Análisis de Conducta se hunde con ella.

Por otro lado, cabe la posibilidad de que esa anguila arribista de Piñeiro quiera quitarle el caso de las manos. El regreso del Taxidermista hará tanto ruido que, o bien decide asomar la cabeza y reclamar su trono, o bien prefiere no tocar un caso que, de torcerse, hundirá carreras. Conociendo a Piñeiro, cualquier cosa puede pasar.

Lo que Carla no piensa hacer es mendigar por un caso. A Carla Munt la educaron en un principio muy simple: *Nunca endeudarse*. Lo cual incluye jamás pedir favores. La regla viene, hasta donde sabe, de las penurias pasadas por los bisabuelos Munt pagando los intereses de cierta deuda contraída a cambio de establecerse de modo discreto en España a mediados de los cuarenta. Teniendo en cuenta que Munt bien podía ser una españolización de Mundt, Carla nunca había querido indagar en el asunto.

En cualquier caso, generaciones más tarde, aquel consejo había sido el magro patrimonio dejado por su madre, a la que apenas conoció, y su padre, que murió contando ella nueve años. *No hay deuda buena*. Un axioma tan financiero como existencial, al que Carla se aferra con tozudez fatalista. Los Munt sobreviven con las cartas que les han repartido; sin deudas ni favores.

—Agente Munt, ¿está ahí?

—¿Ha dicho «a ambas»? —dice Carla, registrando de pronto las últimas palabras de Hopes.

—Oh. ¿No he mencionado eso? No sabe cuánto lo siento. Verá, Scarpa acepta con una...

condición.

—Cuénteme —dice Carla conteniendo su incredulidad.

*Una asesina en serie encerrada en un hospital penitenciario va a ponerme una condición.*

—Scarpa sólo la verá si trae a otra persona con usted.

La mirada de Carla se pierde en la cortina de agua que resbala por el cristal, que de pronto se le antoja sucia y viscosa.

—¿Quién? —pregunta entre dientes.

Pero algo le dice que ya conoce la respuesta.



## CITA EN TREMP

Las cubiertas dos y tres del Cueva Marina, que combinadas suman una superficie de mil metros cuadrados, tienen cristales antibalas y tintados.

Tan tintados que un observador externo —ya sea un turista botando sobre una moto de agua o un reportero, teleobjetivo en ristre— sólo encontraría en ellos su propio reflejo. Ni siquiera intuiría la silueta de Tessa Denemethy, al otro lado del cristal, pasando un escáner de retina y cruzando alborozada una puerta de seguridad.

La sala en la que entra está empapelada de pantallas. Aquí dentro la banda sonora es el claqué desmelenado de diecisiete teclados de ordenador. En las paredes los datos, gráficos e imágenes vía satélite vienen, van y vuelven, saltando entre pantallas. Sólo una imagen permanece, anclada en la pantalla superior izquierda: una trazo sinuoso de luz azulada, como una sucesión de valles y picos fluorescentes.

El símbolo había sido idea de uno de los analistas más jóvenes. Lefebvre, en su adustez habitual, se había mostrado contrario a semejantes «levedades». Pero Denemethy lo había permitido. Al fin y al cabo, diecisiete personas habían accedido a desaparecer de la faz de la tierra y dedicar su vida a buscar evidencias de la existencia de una siniestra organización criminal conocida, por los pocos que se atrevían a susurrar su nombre, como La Frecuencia. Diecisiete seres humanos que trabajan (sin parar), duermen (poco) y comen (cuando se acuerdan) pensando en una sola cosa: rastrear un grupo criminal tan invisible como implacable. Si quieren darle un símbolo a ese objetivo, si quieren pintar una ballena en la barandilla del Pequod, no será Denemethy quien se lo niegue.

—Escuchad todos —exclama.

Los grillos encogen sus alas y el repiqueteo cesa.

—Hay noticias de España. El muerto es legítimo. Quiero a todo el mundo concentrado en Madrid. El circo ha vuelto a la ciudad.

Mientras la sala rebulle como si le hubieran inyectado adrenalina, Lefebvre se acerca con una carpeta.

—El informe de la chica.

Denemethy lo hojea sin demasiado interés. En las pantallas, mientras tanto, vertiginosas búsquedas cruzan los datos del muerto con los de todos los presuntos asociados a la Frecuencia, cuyos movimientos recientes se pintan en un mapa interactivo gracias a Lilliput, la inteligencia artificial desarrollada por Infinite Soul. Sus artífices son nueve desarrolladores, la mayoría de los cuales aceptaron el trabajo después de que su carrera como hackers empezara a peligrar debido a la pertinaz Interpol. Lilliput ha infectado, de forma perfectamente ilegal, los teléfonos de todos aquellos sospechados de trabajar con la Frecuencia. Infinite Soul no repara en gastos; tampoco

gasta reparos morales.

La energía que se ha apoderado de la sala pone una sonrisa en el rostro de Denemethy, que se dice que aquel día difícilmente puede mejorar.

Y sin embargo, resulta que puede.

—Agente Lunt —canturrea respondiendo la llamada que acaba de entrar. Tiene en sus manos un dossier con información privada sobre Carla Munt (cortesía también de Lilliput), pero aún así le divierte pronunciar su nombre incorrectamente—. Cuánto tiempo. ¿Quiere una declaración ante notario de que no he filtrado el detalle del hilo dorado?

—Es Munt, no Lunt —dice la voz voluntariosa—. Señora Denemethy, ¿está en España?

Denemethy mira por el ventanal al mastodonte que descansa en el helipuerto. Es un Bell 525 Relentless, probablemente el helicóptero comercial más rápido del mercado. Técnicamente caben veinticinco personas, pero Denemethy lo ha tuneado para convertirlo en un confortable espacio con sofás para ocho viajeros. En tierra y con las aspas cerradas siempre le ha recordado a un mosquito en reposo.

—Creo que cuando una es soltera lo correcto es «señorita». En cualquier caso, como no vivimos en una novela de Jane Austen, ¿le parece si no usamos ni uno ni otro? Denemethy basta. En cuanto a mi localización, hoy mi agenda es sencilla. Malta las próximas dos horas. Almuerzo en París. Cena en Montecarlo.

Denemethy casi puede escuchar a la policía buscando calma interior.

—Voy a tener que pedirle que cancele todo eso.

El hormigueo que desciende por la espalda de Denemethy es como lava helada. Chasquea los dedos en dirección a Lefebvre y señala el helicóptero. El hombre comprende y abandona la sala a toda prisa.

—Al primer ministro francés no va a gustarle eso —dice con un mohín.

—Me importa poco, francamente.

Por primera vez, Denemethy detecta algo interesante en el tono de Carla: hay verdad en esa afirmación tan simple.

*La verdadera Munt emerge*, piensa Denemethy divertida.

—Necesito que sea mi acompañante —añade Carla.

—No sé qué decirle. El chef del palacio del Elíseo es *excellent*. ¿A dónde sugiere que vayamos?

—Al hospital penitenciario de Tremp. Lo he pensado mejor y... mire, usted estuvo involucrada hace dos años. Puede aportar perspectiva. Si sigue interesada, le permito acompañarme.

En la cabeza de Denemethy resuenan un carillón navideño y una ametralladora de fresas alineadas en la tragaperras más ruidosa del casino.

—Scarpa exige verme, ¿no es verdad? Y como usted la necesita receptiva y locuaz, no puede negarse.

Hay un silencio durante el cual, Denemethy supone, Carla deja que el humo le salga por las orejas.

—¿Puede venir o no? —dice al fin.

—¿Y su líder supremo, el insigne Héctor Zervas, ese fantoche de matinée... acepta mi presencia?

—Mire, Denemethy, ahora mismo cada minuto cuenta. No voy a enredarme en papeleo. Si ambas somos discretas... en fin, yo hago mi perfil y usted obtiene unos minutos con Scarpa.

—¿A solas?

—Conmigo presente.

Denemethy finge considerarlo.

—Lo que sea por la policía española —concede.

—Excelente. Podemos encontrarnos en Tremp mañana a las diez de la mañana. Hay un autobús nocturno que puedo coger. Sale a las once y llega...

—No diga tonterías, Munt. Voy a enviarle la dirección de un aeródromo privado a las afueras de Madrid. La recogeré allí en cuatro horas. Estaremos en Tremp para la hora de la merienda.



## VIENEN A POR MÍ

*De modo que, pese a la presencia del hilo dorado (Anexo 4, fotografía), la evidencia aún resulta inconclusiva. Se pospone diagnóstico final hasta la entrevista con Hazel Scarpa.*

Carla Munt

«Evidencia inconclusiva» bufa Héctor Zervas con frío desdén. No conoce a esa Munt que firma el informe preliminar, pero ya le cae gorda. Sólo una rata de biblioteca es capaz de teclear «inconclusiva» en un móvil sin erratas.

Lo más preocupante, sin embargo, está dos párrafos más arriba: «Scarpa insiste: sin Denemethy no hay entrevista.»

Zervas maldice en silencio. No puede negarse, claro. Si de verdad se trata del Taxidermista, entonces cada minuto cuenta. Y si saliera a la luz que el Director Adjunto Operativo, el segundo hombre más poderoso del cuerpo, ha retrasado de alguna manera la investigación, sus huevos de ascendencia griega terminarían ensartados en el tridente de la estatua de Neptuno en menos de lo que se tarda en decir «Poseidón».

Dos años atrás, el macabro ritual del Taxidermista había incluido un sobre lacrado en el que el asesino anunciaba la fecha y hora en que aparecería su próxima víctima. Anuncios todos que había cumplido con exquisita puntualidad. A Zervas sólo recordarlo le revuelve las tripas. ¿Qué dice de una ciudad el que sus psicópatas sean más puntuales que su transporte público?

Anexo 2, fotografía, muestra la nota del Museo: «JUEVES. 15:00».

Eso les da poco más de dos días.

Zervas, el político consumado que ha escalado a lo más alto a base de astucia, codos bañados en curare y el «empujón» de un benefactor a quien lleva media vida pagándole el favor, duda: ¿Es sensato dejar el asunto en manos de una junior? ¿Especialmente con esa arpía de Denemethy en la ecuación?

Lo saca de sus cavilaciones una vibración amortiguada. Procede de uno de sus cajones y, al igual que el recuerdo del Taxidermista, le provoca escalofríos.

—¿Qué vas a hacer con el muerto? —le espeta una voz aguardentosa y despiadada.

—¿Estás fuera de tus cabales? —susurra Zervas asegurándose de que la puerta de su despacho esté bien cerrada—. ¿Cómo se te ocurre presentarte en el museo con tus boy-scouts?

Él mismo se sorprende de la fiereza con que se dirige a la persona a la que debe su carrera. Una deuda que, como el hombre le recuerda a menudo, sólo terminará de pagar el día que su obituario aparezca en la revista de la policía.

—Eso son negocios —dice Octavio Umbría—. Si quiero asegurarme de que tu mujer no haga algo estúpido como cerrar la exposición, todo lo que puedes hacer es mirar. Y ahora, ¿cómo piensas atacar el problema?

Zervas inspira hondo, buscando paciencia donde ya no queda. Nunca ha tenido mucha, en realidad. La paciencia le tocó a su hermano Dimitrios, a él le salía por las orejas; tanto que acabó cogiendo un avión con rumbo a Grecia para encerrarse en un monasterio, en contacto directo con Dios, los misterios del espíritu y las raíces familiares de los Zervas.

A Héctor, sin embargo, jamás le interesó la espiritualidad, mucho menos la pobreza. De joven había sido campeón de Keysi y Muay Thai. De las artes marciales le atraía, por este orden, las medallas, las fotos en periódicos locales, los premios en metálico y repartir hostias. La espiritualidad se la podían meter por el yin y luego por el yan.

—Aún no sé si es un problema —responde muy seco—. Puede ser un imitad...

—¡Sabes que no es ningún imitador! Ha vuelto. Y viene a por mí.

Zervas casi sonríe. Uno no escucha una nota de miedo en la voz de Octavio Umbría todos los días.

—Vives en una fortaleza, Umbría. Tienes un ejército.

—No soy el único.

—¿Qué quieres?

—Controles en todas las carreteras. Incluidas las secundarias.

—Sabes que eso es físicamente imposible. Incluso si tuviera efectivos suficientes, ¿qué les digo que busquemos?

—¡¿Qué tal una jodida cabeza recién cercenada?!

—Nadie está tan loco como para conducir con eso en el maletero.

—¡Ha hecho locuras mucho mayores! Lo sé porque solía hacerlas para mí. Y ahora yo soy el objetivo, lo que significa que tú también lo eres. Yo os creé a ambos, Héctor. Nunca olvides lo que me debes. Así que ahora cierra esas carreteras o te juro que...

—¿Qué, qué es lo que me juras?

Si lo hace con cuidado, Zervas puede permitirse ser cautelosamente insolente. Existe un dossier, perfectamente escondido, con suficiente información como para herir de muerte el imperio de Umbría. A Zervas le llevó cuatro años compilarlo y un minuto informar a Umbría de su existencia. Es, sencillamente, su seguro de vida. Destrucción mutua garantizada.

Al otro lado de la línea, Umbría gruñe.

—Grábate esto en la cabeza, Zervas: vienen a por mí. Tienen un objetivo, uno solo: destruirme. Y les importa tres carajos si en el proceso te aniquilan también a ti, o si se llevan por delante media ciudad.



## QUEBRANTAHUESOS

*«Empieza con la rabia.*

*Se enraíza dentro de ti durante años, alimentada por la agonía diaria de contemplar el hundimiento moral y físico de la ciudad.*

*Aniquilada toda esperanza, más allá de la desesperación, ¿qué queda? Sólo la rabia. Que sigue creciendo. Hasta que una noche, por fin, se derrama de la forma más elemental.*

*En la ciudad infestada de criminales que burlaron una justicia exánime, el animal sale en busca de retribución. ¿Para la ciudad, para la gente, para ti? Quién sabe. Quizás sólo para poder dormir. Porque la adrenalina de la venganza no cura, pero cauteriza; y por primera vez en muchos años, duermes.*

*Ah, pero la caza tiene un precio. A partir de esa noche la rabia no sólo existe: toma el control. La temes tanto como la deseas. Te libera; te esclaviza.»*

*Las palabras no son más, pero escucharlas hoy ha sido como mirarme en un espejo. Quien las ha pronunciado puede ver mi alma.*

*Un alma cada vez más atormentada por la misma pregunta: Si no quedara escoria en las calles, ¿se acallaría la rabia? ¿Hibernaría para siempre? ¿O seguiría hirviendo hasta que no me quedara más remedio que descargarla contra inocentes?*

*¿Soy justicia... o psicopatía bajo la ilusión de un código moral?*

*Afortunadamente, en esta ciudad pasará mucho tiempo hasta que tenga que responder a esa pregunta. Pero en mis momentos de culpa y lucidez —cada vez más infrecuentes—, aún me lo pregunto.*



## PÍLLELO. ROBE. MATE.

Carla Munt acostumbra a viajar en autobús. A poder ser nocturno, que así se ahorra una noche de hotel. Llegar a destino con tortícolis, calambres y sin haber pegado ojo no está tan mal, si logras convencerte de que es parte del encanto de ver mundo; donde hay *wanderlús*, no hay *doló*.

Por eso, cuando un jet privado Gulfstream G650 de treinta metros largos aterriza chapoteando en la pista del aeródromo de Valdemanco, sus dos motores Rolls Royce amenazando con tirar abajo las casetas de los ultraligeros, que jamás han soportado semejante vendaval, y ve bajar la escalerilla sólo para ella, no sabe cómo sentirse.

El interior huele a cuero y lavanda. Carla intuye —*sabe*, qué coño— que cada uno de los quince butacones de cabina cuesta más que todo el mobiliario de su apartamento de cuarenta metros cuadrados en un barrio que lleva décadas «en alza» (mientras culmina su alzamiento, mejor no pasear por él de noche).

La recibe un piloto con corbata y gemelos que le cambia su chaqueta empapada por una toalla. Carla se seca la cabeza esperando que el tipo no quiera una propina, porque la última vez que dejó una fue el año del gol de Iniesta, el día que el del banco le explicó cómo funciona una hipoteca.

Se deja caer en una butaca y encuentra los ojos verdes de su anfitriona observándola con curiosidad distante, como trazos de niebla. No parece tener prisa por hablar.

Y como Carla no tiene ni idea de qué dice una cuando pasan a buscarte en jet privado, y odia ponerse caretas y fingir saber de cosas, lanza la pregunta que de verdad ocupa su mente desde que subió las escaleras.

—¿Hay café?

Resulta que hay. Del de cápsulas con todos los nombres del mundo excepto «Normal».

—Es increíble lo que hacen hoy en día —dice sinceramente impresionada por la película de crema con que la máquina remata el café—. Yo ni intentándolo a mano sería capaz de... ¿Qué? ¿He dicho algo gracioso?

—Es sólo que está en un jet de cincuenta millones de dólares, equipado con controles de vuelo más avanzados que muchos aviones militares... y le impresiona la cafetera. ¿Me atrevo a decir que no es usted una tecnófila?

Carla se encoge de hombros.

—Por lo que a mí respecta, el progreso terminó con la pizza congelada. —Se arrepiente enseguida de hacerse la graciosa—. Olvídelo. He dicho una tontería, usted no lo entendería. ¿Qué puede contarme del Taxidermista?

—Que no existe. ¿Cuánto sabe del caso?

—Poco —admite Munt—. Estoy aquí de rebote. Oiga, ¿puedo coger otro café?

Denemethy hace un gesto hacia la cafetera.

—Ya sabe dónde esta. Píllelo. Robe. Mate.

Sólo cuando la cafetera está rematando la segunda capa de crema, registra Carla las últimas palabras de Denemethy, cuya sonrisa pícara desaparece cuando dice:

—Venga, deme el gusto, Munt. Algo sabrá del caso.

Carla no ve ningún problema en compartir cuanto sabe. Ha tenido veinte minutos para ponerse al día en un taxi; Denemethy, sin embargo, ejerció de consultora civil con acceso pleno durante cinco meses. En la media hora de vuelo que tienen por delante, la única que puede aprender algo es Carla.

—Siete víctimas conocidas —dice—. El primer cuerpo se encontró en febrero, hace dos años. Con semejante modus operandi y el morbo de los sobres, la televisión apenas habló de otra cosa hasta noviembre, cuando Scarpa se entregó. Lo celebramos como una victoria policial, pero la verdad es que después de nueve meses no teníamos absolutamente nada. Scarpa ni siquiera estaba en nuestro radar. Fueron meses malos. Rodaban cabezas en Jefatura, y la siguiente iba a ser la de Zervas.

—¿Y sabe a qué se debió la sequía de progresos?

Carla suspira.

—Las víctimas. No había patrón. Hombres, mujeres, distintas edades y perfiles socioeconómico. Piñeiro y su equipo fueron incapaces de proveer un perfil criminal de utilidad.

—Ni Piñeiro ni el FBI, al que terminaron pidiendo ayuda. ¿Era usted parte del equipo entonces?

—No, aquel año yo estaba aplicando a Análisis de Conducta. Pero sé que, cuando todo falló, decidieron contratarla a usted.

—A mí no. A mi tecnología.

—A su tecnología —dice Carla lanzando otra mirada a la cafetera.

Denemethy sonríe como quien rememora días cálidos e inocentes.

—Realmente creíamos en ello, ¿sabe? Inteligencia Artificial aplicada a la prevención del crimen y a la captura de criminales. La alcaldesa quería una prueba de concepto. Zervas tenía un caso enquistado. Y yo disponía de la tecnología. Era la combinación perfecta. ¿Qué podía salir mal?



## UN TRUCO DE SALÓN

*Dos años antes.*

El restaurante se llama Kampeador, está en la azotea de una de las torres más altas de Madrid y el plato estrella —una tosta de cocido madrileño libre de grasa, en pan de arroz— cuesta la friolera de setenta euros. Eso, si puedes conseguir mesa.

Y Tessa Denemethy puede.

El día luce soleado; condiciones estupendas para las fotos que todos los comensales, excepto uno, tiran a sus platos tan pronto aterrizan sobre el mantel.

Denemethy cierra al periódico, hastiada. Le está dando un sorbo desgano a su agua con gas cuando ve llegar a Héctor Zervas, cada músculo de su cuerpo tan contraído que parece que le están exprimiendo las entrañas.

—Un lugar concurrido —sisea al tomar asiento—. Muy lista. Así evitas que te tire por la azotea, junto con esta basura.

Cae sobre la mesa un informe encuadernado. No es un tocho —apenas doce páginas—, pero la rabia con que Zervas lo estampa sacude las copas y la ensalada César —sin aliñar, a palo seco— de Denemethy. Varias gafas de sol se giran hacia ellos con escaso interés.

Denemethy, imperturbable, mastica con calma y señala el informe con el tenedor.

—He oído que una vez empiezas, no puedes soltarlo.

Incluso Denemethy, que los tiene cuadrados, admite para sí que la mirada de Zervas da miedo. Mucho campeonato de artes marciales, pero esa mirada Denemethy la recuerda bien de los polígonos de Budapest; no anticipa ninguna noble floritura de Kung Fu Panda, sino una patada en la entrepierna y un ladrillo —o quizás un cuello de botella bien dentado— para rematarte en el suelo.

—Tú y tu *maquinita* teníais que hacer un perfil del Taxidermista.

—Y eso hemos hecho.

El camarero se acerca con el menú y Zervas lo manda a paseo como si espantara moscas.

—Lo que has hecho, maldita narcisista insufrible, es concluir que el Taxidermista no existe.

—No exactamente. Verás, el Taxidermista existe, pero no es una persona. Son varias. Es un concepto, un envoltorio. Un truco de salón tras el que camuflar ejecuciones perpetradas por distintos asesinos.

Denemethy puede ver que a Zervas le da vueltas la cabeza. Y no por la dificultad de seguir el razonamiento expuesto en el informe, que es de una sencillez aplastante y básicamente concluye, con un margen de error de 0.03 (prácticamente una certeza, en términos estadísticos) que la batería de similitudes y diferencias entre los siete asesinatos sólo son explicables si los crímenes

no los cometió la misma persona. No, lo que ha torpedeado la línea de flotación de Zervas es la conclusión no escrita: *Alguien lleva nueve meses toreando a la policía.*

—¿Tienes idea de lo que pasaría si esto ve la luz, maldita loca?

Denemethy, de hecho, ha reflexionado largo y tendido sobre ello. Para empezar, su informe provocará el pánico ciudadano y minará la confianza en las instituciones. Lo cual, hasta donde recuerda, es parte de la definición de «terrorismo». Pero hay otra consecuencia, mucho más importante, que Denemethy está convencida de que el informe traerá:

—Los asesinatos se pausarían.

—¿Perdona?

—Mi hipótesis es que estamos ante un grupo de sicarios que se vende al mejor postor. Empaquetan sus ejecuciones del modo más sensacionalista sólo para confundir a la policía. No es más que un truco de magia. Revela el truco, y el ilusionista no volverá a hacerlo.

—Buscará otro truco, si como dices esto es su *negocio*.

—Sin duda. Por eso he dicho pausar, no abandonar. La persona que dirige esto es inteligente y audaz. Sabrá que cada nuevo asesinato del Taxidermista alimentará mi inteligencia artificial y nos acercará un paso más a él. Y no va a permitirlo. No, lo que hará será pausar operaciones de forma temporal. Dejar que el rastro se enfríe. Pivotará, reajustará su modelo operativo... y entonces, sí, regresará.

—Hablas de esto como si fuera una jodida start up —dice Zervas con sincera repulsión.

—Una analogía apta. Vende un servicio, busca clientes y escala. Y cada vez se unirán a su lista de clientes. Créame, conozco a las grandes fortunas. *Si todos los demás niños del parque tienen uno...*

—Se acabó. Contratar te fue un error. Estás fuera, Denemethy. Tienes hasta esta noche para devolver los paquetes de datos. Los maestros y todas tus copias de seguridad. Y quiero todas las copias de esta basura —planta su manaza sobre el informe— destruidas. ¿He sido claro?

Denemethy suspira y deja caer su servilleta.

—Sabía que dirías eso.

—¿Lo predijo tu maquinita?

La sonrisa que Denemethy le dedica es cansada, casi resignada; el presagio de lo inevitable. Y Zervas, que se ha curtido a base de golpes bajos y zancadillas de despacho, que sobrevive en un bosque de apretones de mano que esconden cuchillas oxidadas, reconoce la sonrisa. Y todo su cuerpo se tensa.

Antes de levantarse, Denemethy empuja el periódico hacia él.

—Si sirve de consuelo —dice—, les pedí que usaran una foto favorecedora. Creo que me han hecho caso.

Lo último que Denemethy ve, antes de girar hacia el ropero, es cómo el color abandona el rostro de Zervas cuando le da la vuelta al periódico.



## IDENTIDAD DESCONOCIDA

Apenas han pasado veinte minutos en el aire y Carla ya siente el tirón del descenso.

Las sombras de cabina reptan por la cabina mientras el jet busca el ángulo correcto. Milagrosamente, han dejado atrás la lluvia; también los formalismos, pues ambas han acordado tutearse. Con los apellidos, ojo, que el nombre propio es de colegas. Y eso ni lo son. Las separa una mesa de caoba y una fortuna de miles de millones.

—Hiciste pública información confidencial —resume Carla, como si todo se redujera a ese pecado capital.

Denemethy no lo niega.

—Y expié mi pecado a lo grande. La multa fue obscena. Pero lo importante es esto: mi movimiento funcionó. Yo tenía razón.

—El problema es que de tener razón a hacer lo correcto hay un trecho.

Denemethy se encoge de hombros.

—El Taxidermista no volvió a atacar, eso es algo. Con lo que yo no contaba era con la falsa cabeza de turco.

Falsa o no, una semana más tarde una mujer, de nombre Hazel Scarpa y de profesión homicida fugada con antecedentes psicóticos, se plantó en la comisaría de Santa Engracia con una confesión de siete páginas, una por decapitado.

Y su arrebató de contrición no se había limitado a la policía. Antes de entregarse, Scarpa se había dado un garbeo por las redacciones de los principales periódicos, entregando en mano copias de su confesión. Terminado lo cual se fue en metro a Alonso Martínez, pidió un café con porras en una bar llamado El Caracas, dejó veinte céntimos de propina y cruzó la calle hasta la comisaría donde, sonriendo al agente de la puerta, pidió que la esposaran.

El maremoto mediático se llevó por delante cualquier otra noticia durante semanas. En todo el país sólo se hablaba de Hazel Scarpa. Cuando el polvo se asentó, sólo una persona no creía su confesión: Tessa Denemethy. A pesar de que Scarpa conocía hasta el más mínimo detalle de cada asesinato.

—Los interrogadores quedaron satisfechos —dice Carla—. ¿Qué crees que no supieron ver? Con una filigrana, Denemethy despliega sobre la mesa una pila de archivadores y legajos.

—Muchas cosas —responde.

—¿Qué es todo esto?

—Parte de la investigación que he ido haciendo en mis... ratos libres.

Carla contempla la montaña de papel.

—Te echaron del caso.

—No he investigado en calidad de asesora de la policía. He investigado en calidad de

ciudadana preocupada. Lo cual es perfectamente legal. Encomiable, incluso.

Carla hojea una carpeta al azar. Sólo le da tiempo a registrar un nombre resaltado en amarillo una y otra vez: «Ragaknos».

—No lo entiendo. ¿Por qué dedicar tu tiempo a esto? Podrías estar montando empresas. O navegando, o criando ponis de concurso.

—Todo eso ya lo he hecho.

—¿Lo de los ponis también?

—Se llamaba Estrella Fugaz —dice Denemethy con añoranza—. Yo tenía ocho años y me lo ensillaban cada mañana para ir al cottage de mi tutora. Pero volviendo a esto —señala los documentos—, ¿qué opinas?

—Que no creo que lo hayas hecho tú sola.

—Te sorprendería la de tiempo que recuperas cuando te quitas de *Insta*. Ese nombre que ves resaltado aflora una y otra vez en mi investigación. Es quien los recluta y entrena. Identidad desconocida. Por ahora sólo conozco su nombre en clave.

—Ragaknos —repite Carla—. Porque Thanos ya estaba pillado, supongo. ¿Qué significa?

—Creo que es inventado. Aunque puede que sea vikingo. Otra teoría es que es una errata del griego antiguo.

—¿Otra teoría de quién?

Denemethy sonríe.

—Mía, por supuesto.

En el mar de recortes de prensa, análisis estadísticos, correspondencia de emails intervenidos y ristras de movimientos bancarios, Carla ve documentos con la marca de agua de Interpol. Prefiere no preguntar cómo han llegado hasta aquella mesa.

—Eres una embustera, Denemethy. Tienes un equipo trabajando en esto.

—Ojalá. La de noches en blanco que me habría ahorrado.

La voz del piloto anuncia la aproximación al aeródromo de Montfalcó, en la provincia de Lérida.

—Ese grupo, ¿tiene un nombre? —pregunta Carla.

—¿No lo he mencionado? Se hacen llamar La Frecuencia.

A duras penas, Carla contiene una risa. El nombre de guerra en nórdico o en latín de Wikipedia, eso pase (una vez, estando destinada en Rivas, detuvo a tres atracadores de gasolineras que se hacían llamar el Beni, el Bidi y el Bichi); pero el título de opereta, de serial pulp, de aventura de Blake y Mortimer, eso no lo compra.

—Tus informantes te toman el pelo.

—Las pruebas son sólidas —responde Denemethy impasible—. A fin de cuentas, no es una idea más alocada que tener un justiciero suelto por la ciudad triturando criminales. Y el Quebrantahuesos es muy real. Siento curiosidad, ¿ese nombre se le ocurrió a tu sección? ¿Qué opinión te merece nuestro Batman low-cost?

—Análisis de Conducta trata con homicidas, no con pandilleros —dice Carla con un mohín.

—Aún así, tendrás una opinión. Venga, dame el gusto. ¿Fan o no fan?

Carla bufa.

—Sus métodos son estúpidos. Peor aún, son contraproducentes. Cuanto antes le rompan las piernas, mejor.

—No fan, entonces.

—Mira, la justicia con mayúsculas escala. Los justicieros no. ¿Y si todos nos ponemos a vapulear criminales por la noche?

Denemethy lo considera unos segundos.

—¿Sería tan malo? En fin... Es tu turno, Munt. Háblame de ti.

Carla se retrae ligeramente en su asiento. Rosales llenos de pinchos se enredan sobre ella.

—Análisis de Conducta —dice con voz plana—. Soy la agente encargada de realizar el perfil criminal de este caso. Y eso es todo lo que necesitas saber de mí.

Una parte de Carla lamenta cerrarse en banda. Al fin y al cabo está en el avión de Denemethy; sentada en su butacón, bebiendo su café y secándose con su toalla, esa que huele como si la hubieran macerado durante días en suavizante (y no el de 1,90 euros de Mercadona). Pero es que le sale solo, cada vez que llegan las preguntas personales.

Denemethy no parece molesta. Curiosa, en todo caso.

—Si no quieres hablar sobre ti, deja que lo intente yo. Veamos... —la mira con intensidad de mentalista—. Casas de acogida durante la infancia. Una detrás de otra, demasiadas para llevar la cuenta. Más lista que inteligente, demasiado díscola para la universidad. Las opciones eran una carrera trapicheando en el barrio, una oposición a policía o probar suerte en el taxi; y la oposición incluía una prueba física, que en realidad era tu única ventaja.

Al otro lado de la ventanilla, una autopista embotellada viene a su encuentro a toda velocidad. Carla gira la cabeza, gélida.

—¿Tu inteligencia artificial ha deducido todo eso?

—No ha hecho falta. Está todo en tu petición de traslado a Análisis de Conducta.

—La cual es muy confidencial —dice Carla entornando los ojos— y está almacenada en un servidor seguro de la administración.

—Administración y seguro es un oxímoron —dice Denemethy con una sonrisa que a Carla le gustaría borrarle a bofetadas.

Una sacudida y el Gulfstream está ahora maltratando una pista de tierra diseñada para aviones menos potentes y mucho más ligeros. El piloto detiene la bestia unos metros antes de que la pista se funda, sin valla divisoria, con un olivar.

El aeródromo de Montfalcó parece vacío; nadie corre a encuentro. Y sin embargo *alguien* ha dejado *algo* para ellas al borde de la pista. Con las llaves puestas. Un sinuoso coche deportivo, casi plano y pintado de un discretísimo amarillo loro, espera con las puertas de navaja alzadas.

—Alegra esa cara —dice Denemethy levantándose de un salto—. Tenemos una cita con una asesina en serie confesa en un hospital psiquiátrico penitenciario. ¡Tarde de chicas!



## UN MILAGRO DE ILIMITADO POTENCIAL

El sicario que se hace llamar Rune conduce ligeramente por encima del límite de velocidad. Sudoroso, excitado, sonrojado aún —incluso después de cinco horas de autopista— por las emociones de la noche. Es alto y cargado de hombros, y las gafas doradas de marco finísimo, junto con el pelo largo grasiento, le dan cierto aire de estudiante de humanidades descuidado.

*Éxito total.*

El Museo del Prado es lo único que existe en la radio y diarios online. Lo que significa que Ragaknos estará contento. No, más que eso. Estará orgulloso.

Ragaknos lo encontró un años atrás, oculto bajo un puente. Un despojo sin nombre a punto de perder la razón, devorado por sus demonios interiores y abandonado por los médicos, policías y jueces que, desde que tenía uso de razón, le habían repetido que era un monstruo.

Ragaknos era diferente: irradiaba carisma y compasión. Su lenguaje era conciso y cultivado. Le mostró un lugar al que no llegaba el sol, donde acogía a gente como él. Ragaknos no deseaba que escondieran sus apetitos —sus talentos, los llamó—, sino entrenarlos y alimentarlos. Por primera vez en la vida de Rune, no se dirigían a él como una aberración monstruosa sino como un milagro de ilimitado potencial. Y así se entregó en cuerpo y alma a la Frecuencia. Una rata asustada entró en aquellas cuevas; lo que salió fue una pantera hambrienta.

Y ahora la Frecuencia, la hermandad que le había dado su segunda vida, se encontraba en una encrucijada existencial. Para seguir funcionando era necesario neutralizar al millonario y su ejército privado; y eso significaba la guerra abierta.

El trabajo del Museo del Prado había sido sólo el toque de corneta. El anuncio de la guerra.

Ahora, de camino a la segunda parte de su misión, mientras imágenes de la noche anterior se funden con el horizonte rocoso, Rune fantasea con más y mejores honores. Al fin y al cabo todos saben que Ragaknos aún tiene que elegir a uno de los hermanos para liderar a los demás en la guerra que se avecina. Y con el éxito de Madrid, Rune casi puede saborear los laureles. Sólo queda rematar el segundo encargo. El cual, comparado con Madrid, es pan comido.

Las luces de emergencia de una docena de coches parpadean a lo lejos como un espejismo apremiante. Aminora y se une a la iluminación navideña. A lo lejos distingue un guardia civil abriendo maleteros.

Ragaknos y él habían discutido el riesgo de un control policial, pero lo habían descartado en carreteras secundarias. Se han equivocado.

Tres segundos más tarde el enorme pick-up eléctrico que Rune ha alquilado ya tiene seis coches detrás, encajonándolo en la procesión del Santo Registro. Se maldice por haber elegido aquel coche: el pick-up eléctrico de dos toneladas y media y cuatrocientos caballos, con un largo cajón trasero y un maletero bajo el capó delantero, no es precisamente discreto. Sobre todo en

color rojo cereza, que es el que ha elegido. Es una monstruosidad más propia de un safari que de una carretera comarcal de Lérida, pero después de un año sin ver la luz del sol Rune ha pensado que podía permitirse un momento de levedad.

Está calculando cuánto llamaría la atención si invade el carril contrario y lanza el mastodonte a un latigazo de ciento ochenta ochenta grados —conclusión: demasiado—, cuando su móvil vibra.

—Cambio de planes, hermano —la voz de Ragaknos suena autoritaria y en control, como siempre—. La influencia de nuestro enemigo es fuerte. Habrá más controles de los previstos. Regresa y esconde el objeto.

Seis coches más adelante, el esforzado guardia civil se inclina sobre el siguiente maletero. No tiene pareja y Rune supone que hoy, para cubrir más terreno, los han lanzado a la calle compuestos y sin novio.

—Demasiado tarde para eso —replica.

—Es una situación desafortunada —dice Ragaknos tras una pausa.

—Dame mis órdenes.

Y Ragaknos se las da.

—¿Será un problema, hermano?

—Sólo para el policía.

—Te he entrenado bien.

Por fin se detiene junto al coche verde y blanco, cuyas sirenas giran en silencio.

—¿Me abre el maletero, por favor?

El guardia civil suena quemado de la vida, y Rune entiende por qué. Está solo, hace frío y el tapón de coches crece por momentos; media hora más y la cola llegará hasta Reus.

—Menuda cantidad de coches para usted solo.

—No me hable —bufa el guardia civil mientras estira el cuello y confirma que el cajón trasero está vacío.

—La misma historia en todos lados. Recortes y más recortes, y el pato lo pagan los compañeros.

—Amén.

El capó —y toda la parrilla delantera— se eleva para revelar el maletero. Que no contiene maletas, pero sí algo del tamaño de una pelota de baloncesto envuelto en film tantas veces que el guardia civil necesita inclinarse sobre ello para comprender qué es la plasta grumosa que asoma por los pliegues.

Que resulta que es pelo ensangrentado, y ahí es donde el guardia civil lanza el primer juramento. Aún le da tiempo a lanzar un segundo cuando reconoce la tráquea, justo antes de que Rune descargue cien kilos de capó y parrilla de aluminio sobre su cuello, que cruje y se parte en los lugares adecuados.

Los veintitantos coches que esperan en fila india no ven nada de esto, claro; el tonelaje del todoterreno oculta la acción.

Rune salta al coche y pisa a fondo, el pick-up ladeándose levemente al aplastar el bulto sobre el asfalto. Para cuando el siguiente coche comprende qué es en realidad el badén verdoso, Rune ya ha desaparecido de vista.

Entra en la autopista y manda a freír puñetas los límites de velocidad. De todos modos, está cerca de su objetivo. Sólo una última parada antes de poner rumbo al lugar donde completará la segunda parte del plan: el Hospital Penitenciario de Tremp.



## CIUDAD SENTINA

Suciedad. Barro y enfermedades. Un lodazal en el que se maceran cinco millones de almas.

Así es como Octavio Umbría ve la ciudad enferma que se extiende a sus pies. Un vertedero de hijos de la desidia y la desesperación; una gangrena contagiosa con la que hay que guardar la mayor distancia posible.

En concreto, los cuarenta y nueve pisos de su torre, la fortaleza de acero y cristal de la que apenas sale. A doscientos metros sobre el asfalto, el aire viciado no llega a ser puro, pero es respirable; pasada cierta altura, el tufillo de la mediocridad se disipa.

Su fortaleza es impenetrable, y así debe ser. Sus escoltas —quince mercenarios que no pasarían una evaluación psiquiátrica en unas fuerzas armadas responsables— están autorizados a disparar a cualquier intruso. Hasta ahora, las medidas de seguridad eran el foso que lo protegía de la inmundicia urbana; ahora lo protegerán de Ragaknos.

Antes de salir a dar su último discurso electoral, Umbría ha insistido en revisar los cuatro pisos superiores de la torre. A estos pisos nobles les han arrancado hasta los radiadores, y ahora mismo son cáscaras vacías con plásticos por tapices.

—Si ganamos las elecciones, ¿cuánto tardarán en instalarlo todo? —pregunta Umbría, a nadie en particular; al rebaño de asistentes que revolotea tras él.

—Setenta y dos horas, trabajando día y noche —responde uno de ellos—. Pero, señor, ¿está convencido? La óptica del asunto...

Incluso los más mansos de su recua de consejeros le han dicho que es una mala idea. Que trasladar el ayuntamiento de Madrid a su torre de marfil no va a granjearle popularidad.

*Miradme hacerlo, estúpidos. En cinco días seré nombrado alcalde, y no pienso trabajar en ningún agujero apolillado.*

Umbría no cree estar destinado a dominar la ciudad. Eso requeriría cierta espiritualidad. No, sencillamente, ahora mismo, *necesita* los recursos de la ciudad. La guerra con Ragaknos es inminente, y Umbría quiere que le pille al mando no sólo de su ejército privado, sino también de la policía, los hospitales, y los juzgados. Con el enemigo a las puertas, él quiere las llaves de la ciudad.

Y como lo necesita, lo tomará. Porque la vida es una cuestión de voluntad. La voluntad de sobrevivir a la pobreza extrema en Ceuta, escondido en las colinas de El Príncipe; la voluntad de amasar una fortuna; la voluntad de eliminar a todo aquel que se interponga. Una vez entiendes eso, la moral es una manta que sólo necesitan los muy frioleros.

En la azotea, dos helicópteros cantan a cien revoluciones por minuto. Uno para Umbría y los monos que le escriben los discursos; otro para cuatro «consultores de seguridad» armados hasta los dientes.

*Cinco días, se dice Umbría mientras rasgan el manto de polución que cubre la ciudad. Cinco días y seré alcalde de esta cloaca.*



## QUEBRANTAHUESOS

*«Empieza con la rabia.»*

*Una rabia que infecta cada momento, cada palmo de esta ciudad. A mi alrededor sólo veo conductores a punto del infarto, atrapados sin remedio en el atasco provocado por una caravana de camiones de mudanza.*

*Umbría es tan paranoico que no le preocupa que sus controles de acceso paralicen la ciudad. Cada camión de mudanza es registrado no una, sino dos veces, por dos mercenarios diferentes.*

*Lo sé porque al volante de uno de ellos voy yo.*

*Cuando paso el segundo control dejo atrás el furor de insultos, bocinas y acelerones en punto muerto, y desciendo al puerto de carga.*

*Intercambio miradas mudas con los otros hermanos, que saltan de sus respectivos camiones.*

*Sabemos lo que tenemos que hacer.*

*Nuestros camiones llevan algo más que muebles. Oculto en las patas de escritorios y sillas, hay cargas de explosivo C4.*

*Nos aseguramos de dejarlas cerca de pilares y muros de carga.*

*Fuego y destrucción. Dragones dormidos que despertarán cuando yo silbe.*



## JAULAS DENTRO DE JAULAS

El Hospital Penitenciario de Tremp, situado a setenta kilómetros del aeródromo de Montfalcó y a siete de la casa más próxima, es el más pequeño y recóndito de los tres hospitales penitenciarios del sistema de prisiones español.

El vetusto caserón había pertenecido a un marqués que tuvo que añadirlo al ajuar con el que saldó cuentas con Hacienda. Tuvo que elegir entre el velero y el caserón, y con el velero se follaba más.

Instituciones Penitenciarias se apresuró a solicitar el inmueble, pues cumplía todos los requisitos para el nuevo hospital que el sobrecargado sistema penitenciario necesitaba con urgencia: disponible, gratis, remoto y seguro, y con muros de piedra tan gruesa que no los atravesaban ni las ondas de radio, ni el wifi más potente, ni los gritos de los internos.

—¿Agente Munt? —dice el hombre del uniforme azul que sale a su encuentro con dos paraguas, ambos con las varillas torcidas—. Soy Tim Hopes, el celador. Hablamos por teléfono.

La lluvia y el viento han vuelto a la carga mientras subían la colina boscosa que conduce al caserón.

—Señor Hopes, gracias por esperarnos.

—No hay de qué. Hoy todos estamos de guardia, por lo de Madrid. Oiga, ¿eso es un coche de la policía? Menudo carro.

Precedidas por Tim, cruzan el portón principal y sacuden los paraguas, que dejan charcos sobre el suelo de linóleo. El celador es grande, tirando a fofo. Debe rondar los cuarenta pero a Carla no le extrañaría que viviera con su madre.

—¿Quieren un café?

—Preferimos hablar con Scarpa cuanto antes.

Tim asiente y abre una puerta con su manojo de llaves.

—Directos al bloque F, entonces. Por aquí.

En la semipenumbra de las escaleras de caracol, la piel del celador brilla como cera caliente a punto de venirse abajo. Lo siguen a través de dos, tres, puertas con barrotes; un coro de cerraduras y bisagras chirriantes.

—Seguridad vintage —dice Denemethy.

Hopes suspira.

—No es exactamente el último grito. Pero ¿qué espera, si los centros los dirigen políticos y no médicos? La directora Garriga no es una doctora. Ni siquiera una psicóloga. La han aparcado aquí hasta que le encuentren un trabajo más apropiado en el ministerio de Agricultura. Entre tanto, esto es lo que hay: jaulas dentro de jaulas.

En algún lugar de la cabeza de Carla suena la música del Superagente 86. También el eco

ininteligible de gritos que los muros de medio metro de espesor amortiguan, pero no apagan.

—¿Les cuento cosas del sujeto o están al día?

—Conocemos su historial, gracias.

La antesala al último pasillo es la garita de Hopes. Sobre la mesa, latas de refrescos con sabor a cereza, un cubo de pollo frito y crucigramas. El celador se apresura a guardar los crucigramas, como si eso fuera lo inexcusable del bodegón.

—¿Ha recibido visitas recientemente?

—¿Scarpa? No por la noche. Durante el día, no sabría decirle. Pero puedo ir a mirar mientras ustedes... Bueno, les he dejado todo listo.

Al final del pasillo, bajo una luz macilenta, esperan dos sillas de tijera.

—¿Alguna advertencia? ¿Algo con lo que debemos tener cuidado? —pregunta Denemethy mientras se frota los ojos cansados y saca una funda de plástico rígido. Las gafas que salen de ella parecen diseñadas por un Gaudí hasta arriba de absenta.

—¿Con Scarpa? No, hoy no les dará problemas.

Con esas misteriosas palabras, Hopes les da acceso al pasillo.

Avanzan con cautela, Carla y Denemethy, escamadas por el silencio en las celdas que van pasando. Todos los informes que Carla ha leído describen los hospitales penitenciarios como ollas a presión olvidadas al fuego; y sin embargo ahí están las dos, sus pasos resonando en celdas vacías.

—¿Temporada baja? —pregunta Carla girando la cabeza.

—La directora Garriga me ha dado permiso para trasladarlos a todos por unas horas. Se revolucionan si hay visitas, ¿sabe? No les dejarían hablar tranquilos.

El metrónomo de sus pisadas baja el tempo a medida que se aproximan a la última celda.

—Maldito bunker —susurra Denemethy—. No hay señal aquí abajo.

—¿Y qué importa?

Irritada, Denemethy se ajusta las gafas.

—Pues que no conecto con el Cueva Marina.

Carla no sabe nada de moda o estilo —hasta hace poco pensaba que «corte recto» y «fondo de armario» eran conceptos de carpintería—, pero se da cuenta ahora de que la exuberante montura de esas gafas no encaja con el estilo práctico de Denemethy.

—¿Estás conectada con eso? —susurra Carla por la comisura de los labios. Lo último que desea es alarmar a Hopes. O peor, a Scarpa.

—Ojalá. Pero tranquila, tienen memoria local. Al menos lo grabarán todo.

—¿Graba....? —Carla lucha por no levantar la voz—. ¿Pero tú estás loca? Esto es una operación policial. Quítate eso ahora mismo, es una or...

Pero es demasiado tarde. Un último paso y allí están, frente a la última celda, la única ocupada, junto a las sillas plegables que Hopes ha dispuesto para que la entrevista con el vampiro se desarrolle de forma confortable y distendida, como en los mejores tiempos de Lo Más Plus. De modo que Carla, toda ella contención profesional, se traga las ganas de partirla a Denemethy sus gafas de diseño, y de paso los morros.

—Hazel Scarpa —sonríe Denemethy—. Por fin nos conocemos.

La celda tiene el mismo encanto que el resto del complejo. Barrotes desconchados por el óxido, gruesos como los que rodean el parque del Retiro. Seguridad al peso, capaz de retener tanto a un humano como a una bestia; o a una mezcla de ambos.

Hazel Scarpa —ojos de color miel, cabeza permanentemente ladeada, mascando un chicle inexistente— les espera sentada en un taburete y con los brazos abiertos. No puede cerrarlos,

pues de los grilletes de sus muñecas sales sendas cadenas que la inmovilizan en esa posición, como un anfitrión dándoles la bienvenida; como un predicador trastornado bendiciendo a su congregación de dos.

Lo medieval del mecanismo hace que a Carla se le revuelvan las tripas. Y sin embargo Scarpa, que sólo tiene ojos para Denemethy, parece encantada con la visita y sus arreglos. En su rostro consumido tiembla una mueca aviesa. Es la sonrisa ansiosa de una Houdini que no busca soltarse, sino que la observen mientras se ahoga.

—Denemethy —dice con deleite—. Perdona que no me levante.



## EL FANTASMA DEL MUSEO DEL PRADO

Lejos de allí, la lluvia inclemente continúa descargando sobre el Museo del Prado y la mermada multitud que aún se agolpa frente a él.

*Eso es bueno*, se repite Damaris Faust con la vista perdida en el mugriento ventanuco. *La lluvia lo hará más fácil*.

Las dos mujeres que entran riendo en los lavabos la sacan de sus cavilaciones. Se apresura a secarse las manos y sale con paso ligero. La última hora ha sido un tormento, encerrada en una reunión de emergencia con los peleles al cargo del museo, planeando los siguientes pasos. Faust estaba pero no estaba, sólo su carcasa presente. Las palabras se las llevaba el pánico, jirones de niebla ahuyentados por los aldabonazos de su pulso desbocado.

Y por fin ha terminado el festival de estática, el serial mal sintonizado, y ahí va el fantasma del Museo del Prado, lanzada pasillo abajo con la apariencia de una comisaria de exposiciones resuelta, y no de un torturado caballero de la mano en el pecho huyendo de sus perseguidores.

Una, dos, tres esquinas dobladas a la carrera y el lustre de las galerías se desvanece, y aquí llega el mundo real en forma de angosto pasillo enmoquetado, iluminado por fluorescentes fallones, que huele a décadas de humedades.

Custodiando la salida de emergencia está Jerónimo (con jota, como a él le gusta apostillar). Faust se ha preguntado a menudo qué espera que haga la gente con esa información; ¿acaso espera correspondencia de sus colegas de trabajo? Una oleada de aprensión se apodera de ella ante la perspectiva de unos minutos de cháchara. Una vez, el hombre le dio una paliza interminable acerca de ayunos intermitentes. O quizás ese fue Genaro (con ge), o Quevin (con cu). Faust no puede pensar, mucho menos hablar. Afortunadamente el guarda tampoco está para trivialidades y se limita a abrir la puerta, franqueándole el paso al país de la humedad como si soltara una perca a una piscifactoría.

Nadie repara en ella. Con un perímetro de aproximadamente medio kilómetro, el Museo del Prado es demasiado extenso para que las televisiones cubran las salidas de emergencia. Por eso nadie ve la figura encogida y chorreante, envuelta en un impermeable cian, que se escabulle calle de Espalter arriba y que antes de llegar a Alfonso XII ya ha saltado al interior de un taxi.

En unas horas, cuanto reparen en su ausencia y todo se precipite, preguntarán a Jerónimo con jota. Y él les dirá. Revisarán las cámaras de tráfico, interrogarán al taxista, y la policía tendrá otra pieza del puzzle.

¿Y ella, mientras tanto? Correrá. Remará, nadará, escalará, lo que sea con tal de alejarse de lo que viene a continuación.

Por el momento, como primer paso, Faust juguetea con su móvil hasta reunir el valor para marca el número de la única persona que puede ayudarle.

Desafortunadamente, no hay señal. El número está fuera de cobertura.



## TODO ES UNA PRUEBA

Dos años en Tremp han dejado su huella en Hazel Scarpa. Mechones de pelo seco y gris caen sobre su rostro cerúleo, aún más demacrado que en las fotos de archivo. El cuello chupado, que se tensa dolorosamente cuando sonríe, emerge de un mono demasiado holgado. Siempre cabe la posibilidad de que le hayan dado tallas de más, pero Carla sospecha que en su día lo llenaba.

La celda compite en confort con el castillo de If. Círculos descoloridos marcan el lugar donde en su día se atornillaron la mesa y la silla que a Scarpa le han negado, por motivos que Carla prefiere no conocer. No hay un catre como en las otras celdas; sólo una colchoneta en el suelo. La decoración la proveen viejos recortes de periódico por doquier, enmarcados en celofán o alfombrando el suelo. Muchos tan viejos y cuarteados que parecen a punto de desmoronarse, igual que la cordura de su propietaria.

Como un mal actor a la espera de su línea, Scarpa clava en Denemethy dos ojos expectantes. Pero es Carla quien habla.

—Señorita Scarpa, soy la agente Carla Munt. Necesito hacerle unas preguntas. Como puede que ya sepa, esta mañana...

—¿Y cómo va tu pequeña empresa, Infinite Soul? —dice Scarpa ignorando a Carla—. ¿Estás cerca de encontrar lo que buscas?

—Hacemos progresos.

La réplica de Scarpa llega medio segundo demasiado tarde, como si el ritmo de la conversación lo marcara un metrónomo defectuoso:

—Eso he oído.

—¿De quién? —pregunta Denemethy súbitamente interesada.

Otra pausa.

—No eres tan invisible como crees.

Definitivamente, el estilo de diálogo de Scarpa es la arritmia. El retardo de un cerebro que avanza a trompicones.

—Scarpa. —Carla intenta reclamar su atención antes de que esas dos se busquen un hotel—. ¿Reconoces esto?

Entre sus dedos baila una bolsa con el hilo dorado en su interior, pero Scarpa ni siquiera se digna a girarse.

—Es inútil, Munt —dice Denemethy, cuya mirada sigue clavada en Scarpa—. Sólo ha accedido a tu visita para verme a mí.

Al otro lado de los barrotes, la sonrisa de Scarpa se estira.

—Eso ha tenido que doler, agente —dice.

Doler, ha dolido. *Estúpida sociópata narcisista y engreída*, grita Carla por dentro, dándose

cuenta de que la increpación les sienta como un guante a las dos mujeres que tiene delante. Se pregunta cómo sonaría esa nariz húngara estrellada contra los barrotes.

—¿Qué es lo que quieres contarme, Scarpa? —dice Denemethy.

—¿Quién ha dicho que tengo algo que contar? Quizás sólo quería conocerte.

—¿Juegos, de verdad? ¿Quieres saber qué creo? Creo que el muerto del museo es un aviso. Y que ahora que la Frecuencia emerge de nuevo, temes que quieran eliminar cabos sueltos. Quieres mi ayuda.

Una pausa más larga de lo normal.

—Conoces nuestro nombre.

—Y puedo protegerte si me lo cuentas todo. ¿Quién es Ragaknos? ¿Dónde se esconde?

Tras una reflexión, Scarpa asiente.

—Tienes razón. T'engo un mensaje para ti. ¿Estás preparada?

De repente su cerebro desquiciado parece meter sexta y su voz, que ahora supura veneno, es la estela de hostias de un combo del Street Fighter II.

—Prepárate para perderlo todo, maldita zorra entrometida. Llevamos años bajo tierra, pero eso se acabó. Vamos a salir y prenderle fuego a todo cuanto has construido; a todos los que te importan. Los quemaremos vivos y te forzaremos a mirar mientras se retuercen de dolor. Y sólo cuando todo tu mundo sea cenizas, cuando supliques que acabemos también con tu vida sin valor, sólo entonces te arrancaremos el corazón. Infinite Soul será aniquilada esta semana. Y tú también.

Vomitado el veneno, Scarpa parece calmarse. Se gira hacia Carla convertida en el vivo retrato de la serenidad.

—Ese hilo dorado. ¿Qué grosor tiene? ¿Ocho milímetros?

Pillada por sorpresa por la invitación unirse al microteatro de los horrores, Carla responde:

—Ocho y medio.

—Ah. Una elección tosca, pero comprensible para exterior. Sí, sé de qué instalación procede.

—¿Instalación?

—Bueno, nosotros lo llamamos hogar.

La palabra, en boca de Scarpa, adquiere tintes funestos.

—Esa instalación. Me gustaría visitarla.

—Apuesto a que sí. Mucha gente querría. ¿Tiene muchas hipótesis, la policía?

—Aún no.

—¿Y la infalible Tessa Denemethy, cuál es su hipótesis?

—La misma que hace dos años, saco de pulgas. La que tienes colgada sobre la almohada.

Denemethy señala el viejo recorte pegado a la pared. Scarpa sonríe.

—Ah. ¿Te gusta mi pequeña hemeroteca? Guardo piezas de *interés humano*. Y hablando del tema... ¿Sabes qué, Munt? Creo que sí, que deberías visitar esa instalación. Te ayudará a entender.

—¿Entender el qué?

—El único problemilla —continúa Scarpa ignorando la pregunta— es que hoy precisamente es día de mudanza. La instalación está siendo desmantelada. Calculo que en dos horas no quedará nada. El coche en el que habéis venido, ¿es rápido?

—Puede serlo.

—En ese caso, quizás lleguéis a tiempo. —Scarpa sonríe como si acabara de arrojar dos ratas a un laberinto en llamas—. Deja que te dibuje un mapa.

Las cadenas que la anclan al suelo le permiten margen de maniobra suficiente para agarrar un

rotulador y uno de los recortes de periódico del suelo.

—Ah, sí, este es de los buenos. Muchísimo *interés humano*.

Garabatea con dificultad sobre el artículo.

—Con nos des una dirección nos bas...

—¡Shhhh! —ordena Scarpa.

Carla tiene que admitir que disfruta un poco, una miguilla de ná, viendo a una lunática callar a la arrogante y pagada de sí misma Denemethy.

Finalmente el recorte se desliza entre los barrotes. Cuatro versos lo cubren por completo:

¡MATEN AL REO!  
BAJAR TORMENTOS  
¡MATEN AL REO!  
EN EL SENDERO DEL LANISTA

—Deja que adivine —dice Denemethy—. Una de las voces en tu cabeza es la de Espronceda.

—No vamos a jugar a juegos, Scarpa.

—Juegos no. Una prueba. Con Ragaknos todo es una prueba.

Carla relee las palabras; temblorosas letras mayúsculas sobre un artículo tan descolorido que debe tener décadas.

—Si lo resolvemos, ¿llegaremos a tiempo de evitar el siguiente asesinato?

La carcajada de Scarpa rebota contra las paredes enmohecidas como una bala perdida.

—¿Qué te hace pensar —dice por fin—, que cuando llegue el momento querrás evitarlo?

Y con esto, Scarpa parece apagarse. Su barbilla conecta con su esternón, dando por finalizada la reunión.

Carla se concentra en el papel. De tanto mirarlo las letras se desvanecen y en su lugar emerge, como en un juego visual de figura-fondo, el artículo sobre el que han sido escritas. La noticia tiene veintidós años. Pre-diarios online, pre-clickbait. «Guarda de seguridad muere durante el atraco al Banco Cobbold», reza el titular.

Al leerlo, a Carla le cortocircuita el cerebro.

La niebla toma el control, y cuando vuelve en sí su silla ha rodado por el suelo y se ve a sí misma aporreando los barrotes con tal saña que sobre el cemento del bloque F llueven escamas de óxido.

—¡Eh, tú! ¡Despierta, háblame! Este recorte, ¿qué hace aquí? ¿Por qué lo tienes?

Scarpa no dice palabra. Pero levanta las cejas, y en su mirada hay un deleite tan cruel que Carla detiene los golpes. Porque comprende que su primera lectura de Scarpa ha sido errónea: la Houdini diabólica no quiere que la vean ahogarse; está esperando a que su audiencia se dé cuenta de que son ellos quienes llevan los grilletes.

—¡Agente! ¿Oiga, qué sucede?

Tim Hopes llega desfondado de su carrera de quince pasos.

—Voy a volver, ¿me oyes? —grita Carla a la celda—. Y más te vale hablar, o pienso entrar.

Hopes mira a Denemethy, confundido.

—¿De qué habla?

—No estoy segura —dice Denemethy estudiando a Carla con sumo interés—. Pero, Munt, un consejo: lo de poli bueno, poli malo... no funciona si tú interpretas ambos papeles.

Carla no se molesta en responder. Echa a andar de vuelta a la garita.

—Alguien la ha visitado. ¿Quién?

—En el registro de visitas no hay nada —dice Hopes.

—Y una mierda. Esas cámaras, ¿funcionan?

—Hasta donde yo sé —dice Hopes.

—Quiero las grabaciones de los últimos diez días. Y mira estos versos. ¿Los reconoces?

Un Hopes aturullado tuerce el gesto.

—¿Johnny Cash? —aventura.

Carla bufa y sale disparada escaleras arriba. Escucha los pasos de Denemethy tras ella.

—Tu inteligencia artificial, ¿puede resolver acertijos? —ladra.

—Puede —dice Denemethy con media sonrisa—. Pero no será necesario.

—¿Por qué no?

—Porque ya he resuelto los versos.

Carla se detiene tan bruscamente que Denemethy choca contra ella.

—¿Sabes lo que significa *esto*? —dice releendo las palabras, que para ella siguen siendo chino.

—Me doctoré a los veintidós años con una tesis en computación cuántica mucho antes de que ese fuera un campo sexy, Munt.

—¿Y eso en cristiano qué significa?

—Que puedo con unos cuantos anagramas.



## NO ME GUSTAN LOS MISTERIOS

Por el barrizal que serpentea hasta el muro exterior no puede pisarle gran cosa, pero tan pronto cruzan el portón de la finca y los neumáticos agarran terreno firme, Denemethy lanza el McLaren Speedtail a una velocidad que el sufrido asfalto de la comarcal C-1412 no ha conocido jamás.

—No lo pillo —dice Carla mirando los versos—. Leído de derecha a izquierda no tiene ningún sentido.

—Es que he dicho anagramas, no palíndromos —dice Denemethy lanzándose a adelantar un camión cisterna y a los dos coches que, a su vez, esperaban el momento de adelantarlos. Los bocinazos se escuchan en Teruel.

Carla resopla mientras trata de recordar cuál era el anagrama.

—¿Ese es el que se lee con un espejo?

—No, eso es el Misterios de Pekín. Un anagrama es una reordenación de letras para formar una palabra nueva.

—¿O sea, que cada verso contiene otra palabra?

—Exact... ¡HEY!

Denemethy da un volantazo para sortear un todoterreno hipertrofiado, un pick-up eléctrico de un color rojo cereza que, a pesar de estar detenido en el arcén, se come medio carril.

—De verdad, qué coches compra la gente —protesta Denemethy—. Sólo quieren llamar la atención.

El comentario se las trae, teniendo en cuenta que ellas van en un carro amarillo loro de dos millones y medio, uno de los pocos superdeportivos con tres asientos delanteros dispuestos en uve. Con el conductor en el centro y los acompañantes retraídos a los lados. En formación, como los gansos.

Carla estudia el recorte con aprensión.

—Así que ahora a los asesinos en serie les da por reordenar palabras... Puta LOGSE.

—Intentalo, vamos —la anima Denemethy—. Con las letras del primer verso, ¿qué obtienes?

—¿Parezco un concursante de La Ruleta de la Fortuna? Dime qué pone, no me gustan los misterios.

*Y sin embargo, eres uno*, piensa Denemethy con un atisbo de sonrisa en los labios. Tiene que admitir que la nueva Munt, la desquiciada que se lía a patadas con barrotes de acero, resulta bastante más divertida.

—Sabemos dos cosas —explica—. Primero, según Scarpa, hasta ahora la Frecuencia ha estado «bajo tierra». Y segundo, que el lugar que buscamos está a menos de dos horas de aquí.

—Vale.

—Reordena el primer verso, y ¿qué obtienes? «La Moreneta».

—¿Qué es eso, una playa?

Denemethy suspira.

—Es el nombre por el que se conoce la estatua de la Virgen de Montserrat, Munt. ¿Y sabes dónde se guarda?

—¿En un sitio tormentoso? —aventura Carla.

—Eres malísima a esto. La Moreneta está en el Monasterio de Montserrat. Ahora reajusta las letras del segundo verso, «Bajar tormentos». ¿Qué sale?

—Joder —susurra Carla—. «Bajo Montserrat». ¿El escondite está bajo un convento?

—No, eso eso sería imposible —dice Denemethy entrando en la autopista derrapando—. Pero el macizo de Montserrat tiene kilómetros de cuevas. Los tres primeros versos simplemente indican el macizo.

—¿Y el cuarto? ¿«En el sendero del Lanista»?

—Ese no logro resolverlo. No es un anagrama.

—Quizás es un apellido, Lanista —dice Carla por aportar algo.

—Ojalá fuera tan sencillo. Pero no, es algo mucho más taimado. ¿Sabes lo que era un lanista?

—¿Alguien que hacía jerséys?

—Por favor, nunca vayas a Saber y Ganar. Un lanista era un entrenador de gladiadores. ¿Ves la relación? Ragaknos entrena asesinos. Dudo que mi inteligencia artificial pueda ayudar con esto. Sospecho que tendremos que visitar la Biblioteca Nacional para resolverlo.

Denemethy mete su teléfono móvil en una ranura del salpicadero. Un misterioso *click* activa una proyección holográfica en el parabrisas, donde aparece el rostro severo y traslúcido de Lefebvre. Denemethy sonríe al ver la expresión perpleja de Carla.

—Te he enviado el archivo de vídeo de Scarpa —dice Denemethy, los ojos clavados en la carretera.

—Recibido. ¿Qué buscamos?

—Hay un retardo en sus respuestas. Puede ser daño neuronal, puede ser otra cosa. Y dame todo lo que encuentres sobre las cuevas de Montserrat.

—¿Algo en particular? —pregunta Lefebvre mientras comienza el martilleo del teclado.

Antes de que Denemethy termine de pensar, Carla interviene:

—Céntrate en la licitación para la conservación y mantenimiento de las cuevas. Los ayuntamientos subcontratan esas cosas por concurso.

Lefebvre, siempre observante de la cadena de mando, mira a Denemethy.

—Haz lo que ha dicho —dice esta.

Por fin, el móvil de Carla, que tiene el plan mensual más barato que encontró, pillla señal de nuevo. Y el nombre que aparece en la pantalla, junto con los avisos de seis llamadas perdidas, pertenece a la última persona con la que desea hablar. Aún así, responde.

—Aquí Munt.

—Llevo un rato llamando, agente —le reprocha Héctor Zervas sin más preámbulo—. ¿Cómo ha ido?

El móvil de Carla no está en manos libres, pero en el interior del coche es como si estuviera en Dolby Surround. Denemethy escucha cada palabra.

—Tenemos una pista.

—Cuéntame.

—Es largo de explicar, señor.

—Pues resumes, porque te acabo de dar una orden.

Carla respira tan hondo que casi suspira.

—Creo que Scarpa recibió un visitante esta semana. He pedido las grabaciones de seguri...

De pronto truena en la cabina del McLaren. Denemethy no esconde su sonrisa pícaro mientras baja las ventanillas. A ciento cuarenta por la comarcal, el resultado es un huracán que enloquece sus melenas y reventará el tímpano de Zervas.

Efectivamente, este maldice.

—¿...cuperando la *qué*?

—Grabación de seguridad —grita Carla.

—Escuc... iero... vuelta y...

—¿Qué? Señor, no le escucho.

—...borta ahora mis...

Encogiéndose de hombros, Carla cuelga.

—Gracias —dice mientras la ventanillas se elevan.

—No pareces muy fan del jefe supremo. ¿Qué fue de honrar la «justicia con mayúsculas»?

—Zervas no es un policía, es un político.

En boca de Carla, la palabra desprende efluvios de fosa séptica.

—¿Entonces sus métodos son estúpidos, también?

Carla tiene que pensar antes de responder.

—Sus prioridades son egoístas, por eso lo desprecio. Pero al menos no se pasa las noches vapuleando criminales.

—Que tú sepas.

La voz de Lefebvre vuelve a llenar la cabina.

—Jefa, tengo algo. La subcontrata se llama Lanista Conservación y Patrimonio.

—Repite eso.

—Lanista, es el apellido del propietario.

Da igual que Denemethy ponga todo su empeño en no mirar a Carla; puede sentir su mirada burlona.

—Un apellido, quién lo habría dicho —dice Carla con fingida sorpresa—. ¿Seguro que no es otra cosa, algo más *taimado*?

Lefebvre continúa:

—Hace cinco años ganaron el concurso público para encargarse del mantenimiento.

—Deja que adivine. Su puja barrió a los demás participantes.

—Como un tsunami. Lanista pujó once veces más que el siguiente competidor. Lleva años operando en pérdidas. Y hay algo más. Lanista puso una condición para su puja desorbitada.

—Sorpréndenos.

—Permiso para asfaltar un sendero privado y abrir una entrada de uso exclusivo para sus empleados.

—¿Con qué justificación?

—Introducción de maquinaria especializada sin interferir en el tránsito de visitantes —recita Lefebvre.

—¿Y a nadie le pareció una exigencia sospechosa?

Lefebvre, el hombre permanentemente preocupado, el que jamás sonríe, no puede evitar que esta vez sus labios se curven.

—Estamos hablando de España, jefa. Por lo que pujaron, podrían haber pedido una estación de AVE y un aeropuerto, y se lo habrían concedido. Acabo de enviarte las coordenadas.



## DESTRÚYELO TODO

Oculto entre los cipreses que rodean el Hospital Penitenciario de Tremp, Rune estudia el caserón.

Ha dejado el mastodóntico todoterreno a los pies de la colina, tirado en el arcén, preocupado por que el trasto llamara demasiado la atención en las cercanías del hospital.

Una precaución innecesaria. Diez minutos antes, desde su escondite, ha visto pasar un vehículo aún más disparatado: una bala amarilla que parecía escapada de Montmelló y que, después de un slalom por el sendero, se ha lanzado a la carretera quemando neumático.

Rune ha reconocido a las dos mujeres a bordo. Ragaknos le ha enviado sus fotos hace menos de una hora. Sus órdenes han sido claras, pero inusuales: hay que evitar todo contacto con ellas. Si la confrontación es inevitable, entonces está autorizado a matar a una de ellas; a la otra, sin embargo, Ragaknos la necesita viva.

Su teléfono vibra. Se apresura a responder.

—¿Estás en posición, hermano?

—Desde hace diez minutos —responde Rune—. Entrar no será problema.

—Excelente.

Una descarga de emoción recorre el pecho de Rune, que respira, come y duerme para la aprobación de Ragaknos.

—Hay algo más —añade la voz—. Nueva información acaba de llegar. Hay un artículo en ese hospital que debe ser destruido.

—Describemelo.

—Grabaciones de seguridad. Estarán en un disco duro local, sin redundancias. Su contenido es irrelevante para ti. Destruyelo todo.

—Así lo haré.

—Estoy orgulloso —dice la voz antes de colgar.

En ese momento, Rune se siente más cerca de Ragaknos que nunca. Cerca de convertirse en su mano derecha. Sí, no hay duda; el destino llama a su puerta.

Pero antes, es él quien llama a la puerta del hospital. Es hora de liberar a una hermana.



## LOCALIZACIÓN COMPROMETIDA

Mientras todas las piezas del juego, sin saber la una de la otra, se despliegan sobre un tablero que va desde Madrid hasta Tremp, un peón solitario recorre encorvado el laberinto de galerías subterráneas del macizo de Montserrat. Cumpliendo órdenes de Ragaknos, extiende el cordón detonante y lo camufla bajo paladas de arena.

Es día de mudanza.

La joven aún no entiende por qué abandonan la instalación tan deprisa, pero no le corresponde a ella hacer preguntas. Y mucho menos hacérselas a Ragaknos.

La tarea que le han encomendado no requiere grandes dosis de fineza, aunque sí cierta pericia manejando cargas explosivas. Y ese es un campo en el que tiene amplia experiencia. Es, de hecho, la razón por la que Ragaknos le abrió las puertas de la Frecuencia hace unas semanas.

Ahora, en su primer encargo desde su iniciación, la joven no piensa decepcionar. A pesar de que las preguntas se acumulen en su cabeza. Porque por muchas vueltas que le da, la única explicación a la estampida precipitada, llevándose sólo lo esencial, es que la localización esté comprometida. Pero en ese caso, ¿por qué molestarse en ocultar las cargas y los cables detonantes? La respuesta a eso, sospecha, es que esperan compañía.

Sí, eso tiene que ser. Eso explicaría también la importancia de los tiempos. «Ni un minuto antes, ni un minuto después», ha insistido Ragaknos. En esto, la joven tampoco piensa decepcionar. Porque incluso ella, que no lleva ni un mes viviendo en aquel laberinto subterráneo, conoce la gruta destinada a apilar, bajo losas suficientemente pesadas como para contener el hedor de la putrefacción, a aquellos hermanos que decepcionan a Ragaknos.

Continúa tirando cable.

La orden llega en el mismo momento en conecta la última carga de C4. Cumpliendo sus órdenes activa el temporizador, y el centelleo de una cuenta atrás de ciento veinte minutos ilumina la roca antes de que lo sepulte una palada de tierra.



## TODOS LOS SENDEROS MINADOS

—Fuera. Fuera todos.

En el piso cuarenta y seis de su fortaleza de acero y cristal, Octavio Umbría espera a que su despacho se vacíe antes de romper con saña los papeles que acaban de discutir.

Los sondeos auguran un domingo reñido. Después de la millonada gastada en anuncios, después de las horas que ha pasado embarrándose los zapatos, respirando el mismo aire que todos esos gusanos sin futuro pero con voto, estrechando manos que sabe Dios dónde habrían estado cinco minutos antes... Después de todo eso, las encuestas aún dicen que el cincuenta por ciento de los microbios adocenados censados en esa ciudad-sumidero están considerando darle cuatro años más a la actual alcaldesa.

—Escoria infecta —gruñe, y él mismo no sabe si se refiere a la población o la alcaldesa.

*Lo que necesitamos es un shaker. Una agitación que incline la balanza electoral*, acaba de proclamar su ilustre jefe de campaña. Cuatro mil a la semana cobra el figura, y cuando Umbría le ha pedido ejemplos de un *shaker*, se ha quedado en blanco. Un teórico de escuela de negocio, la criatura. Un pensador abstracto.

El premio a su *faux pas* ha sido ver un trofeo a la Excelencia Empresarial —tres kilos de cristal, metacrilato y piedra— cruzando la sala de reuniones directo a su melón engominado. Se ha agachado a tiempo, el mandril, y el trofeo ha dejado una telaraña de grietas en la pared acristalada.

Después, Umbría los ha echado a todos y ha intentado serenarse.

Cinco días para las elecciones y los *shakers*, como los milagros, no existen. De modo que Umbría, siempre previsor, se ve forzado a considerar el plan B.

Hasta ahora no ha sido más que un posible escenario. Así es como empiezan estas cosas, como un hipotético. Un «por fantasear». La idea le disgusta, más por razones estéticas que morales. La edad ha traído consigo una ecuanimidad, una medida, que hace que ahora prefiera dar a sus rivales la opción de apartarse de su camino antes de forzarlos a cavar su propia tumba y meterles dos balas en la sien.

Sobre todo tratándose de la alcaldesa de una capital europea de seis millones de habitantes. Por mucha *finesse* que uno le ponga al asunto, algo así siempre puede embarrarse.

Afortunadamente la jefa de su escuadrón de seguridad, Sarina Morlino, es una empleada motivada y capaz. *Hay opciones*, le dijo la última vez que hablaron del tema en velados hipotéticos. Eso le gusta de Morlino. Que siempre tiene opciones.

Lo arranca de su cavilaciones un golpe en la puerta. Uno de sus guardaespaldas asoma con un paquete en la mano.

—No os pago para que hagáis de conserjes —gruñe Umbría.

*Os pago para que os interpongáis entre mí y las balas que están a punto de llover en esta ciudad.*

—No, señor. Pero dijo que le avisáramos si veíamos este signo.

La cólera de Umbría deja paso a una pálida, helada quietud.

—¿El mensajero? —susurra mientras estudia con pasmo el símbolo lacrado: una F cuyas florituras se convierten en ondas.

—Un estudiante en bicicleta. Pagado en efectivo. El sobre no es peligroso, lo hemos escaneado.

—Fuera.

Umbría fortifica su mente. Esto lo confirma, entonces: la guerra ha empezado. Los toques de corneta son un decapitado en el Museo del Prado y una carta lacrada. Ragaknos siempre tuvo predilección por la teatralidad.

Para su sorpresa, las seis fotos que caen sobre su escritorio tienen poco de explícito o siniestro. Ni siquiera puede decirse que sean nítidas. Muestran siluetas recortadas en la penumbra de un callejón. Hay más claridad en el brillo de los charcos que en el amasijo de figuras.

Tarda unos segundos en comprender que forman una secuencia. Ordenadas, las seis fotos cobran *algo* de sentido. A medida que la historia progresa, la melé del callejón se aclara; las figuras van cayendo al suelo, hechas pulpa, sus brazos y piernas doblados en ángulos contra natura. Umbría ha participado en suficientes ajustes de cuentas como para reconocer, incluso en viñetas, la limpieza y ferocidad con que la sombra despacha a sus rivales.

La sexta fotografía es la más interesante. La cámara pilló el momento en que la figura sale del callejón y se quita el pasamontañas. La luz es mala, el enfoque apresurado. Pero bajo el haz mortecino de una mustia farola se intuye un rostro.

Umbría está tan concentrado que la vibración de su teléfono lo sobresalta. Normalmente jamás respondería a un número oculto, pero no cree en las coincidencias.

—¿Te gusta mi regalo? —dice una voz reposada y segura de sí misma.

La reacción de Umbría es instantánea. Sus manos tiemblan mientras abre la aplicación que rastreará la llamada. Después de dos años, la agitación de escuchar a su némesis es incontenible. Y aún así, logra darle a su voz un timbre firme y desapegado.

—Me sorprende que no contenga una cobra venenosa. O una bomba.

—Si quisiera matarte ya lo habría hecho.

—Ambos sabemos que eso es una mentira. Pero claro, nunca has sido mucho más que farsa y embustes. ¿Bajo qué nombre te escondes estos días? Ragaknos, ¿no es cierto? ¿Qué significa? ¿Es nórdico para «no tengo huevos de usar mi propio nombre»?

—La etimología de mi designación no es de tu incumbencia. Y por favor no insultes mi inteligencia con parloteo insustancial mientras triangulas la llamada.

—Para lo del Museo del Prado hacen falta huevos, eso lo admito ¿Qué quieres?

—El Quebrantahuesos. Fuera de las calles.

Aquello pilló a Umbría desprevenido. Levanta la sexta fotografía, pero la bruma de píxeles impide discernir las facciones.

—Parece el tipo de personalidad que intentarías reclutar. ¿A qué viene el rencor?

—Está interfiriendo en mis intereses.

—Voy a necesitar más detalles.

—Las fotos son de hace dos semanas. Puedes comprobarlo en el periódico. Ese contable austríaco, el que no comerá sólido en varios años... yo lo necesitaba. Iba a hacerle una visita cuando el Quebrantahuesos se me adelantó. El austríaco llevaba cuatro escoltas, y aún así los

neutralizó a todos. Yo lo miré desde la distancia.

—Estás diciendo que lo que tengo en la mano...

—Es la única foto que existe del Quebrantahuesos. ¿Cuento con que la tecnología de tu laboratorio pueda esclarecer ese rostro?

Umbría sabe de sobra que sí. Pero no se precipita. Con Ragaknos, uno asume que todos los senderos están minados.

—¿Por qué no enviarlo a la policía?

—No tienen una fracción de tus recursos. Además, son lentos. Y como sabes, la paciencia no es una de mis virtudes.

—¿Y por qué, en nombre del cielo, debería ayudarte?

Al otro lado de la línea resuena una risa fría y vacía.

—No te finjas imbécil. Sabes que el que más gana con esto eres tú. Y por cierto, si aceptas un consejo... Deberías arreglar la pared de tu despacho. Esas grietas tienen una pinta muy fea.

Son sus últimas palabras. Umbría corre a la ventana, escudado en la certeza de que el cristal no es sólo antibalas; haría falta armamento pesado para atravesarlo. Escanea las azoteas circundantes, pero sólo ve palomas.

Sin grandes esperanzas, comprueba la aplicación de rastreo de llamadas: según el análisis su interlocutor ha llamado desde el Vaticano, luego se ha trasladado a Manitoba, Canadá, y la última parte de la conversación la ha tenido desde Zambia. Sorpresa, sorpresa.

Plantado en la ventana, Octavio Umbría mira la ciudad asediada por la llovizna interminable. ¿Está su enemigo tan desesperado como para acudir a él? ¿O es todo una trampa, un truco dentro de un truco?

Lamentablemente no hay tiempo para dudas ni sutilezas de guerra fría. A cinco días de las elecciones, sólo una cosa importa: Ragaknos acaba de servirle en bandeja el *shaker* que necesita para desequilibrar la balanza.



## COMPRÉ UNA TELECO FILIPINA

El macizo de Montserrat (el «monte serrado»), que erige su perfil dentado a treinta kilómetros de Barcelona, siempre ha sido un lugar de espiritualidad y leyenda. Su vertiente oriental, donde las paredes de roca sedimentada llegan a alcanzar los mil metros de altura, alberga el monasterio benedictino de Montserrat, un complejo de impecable línea clara empotrado en un caos rocoso, abrupto y caprichoso.

Menos popular, aunque igualmente espectacular, es el sistema de cuevas que recorre el interior del macizo. Algunas, como la Santa Cueva, ha sido habilitada para el turismo. Otras se conocen, pero no figuran en las guías de viaje. Y el consenso es que bajo los peñascos serpentean kilómetros y kilómetros de cuevas inexploradas que, igual que las profundidades más ignotas del océano, es mejor dejar estar.

En la cara norte, libre de turistas y peregrinos, Denemethy detiene el McLaren cuando el sendero termina abruptamente. El deportivo ronronea indignado. Después de veinte minutos machacándose los bajos y patinando sobre ramas caídas y socavones, ya ni siquiera es amarillo. Ahora es un Pollock achaparrado; salpicaduras de barro sobre aluminio y fibra de carbono.

Les corta el paso un portón engoznado en la roca. Trescientos kilos, calcula Denemethy a ojo, entre el encofrado de acero y el interior de hormigón.

Una inspección del terreno circundante no revela mucho más. La única otra huella de intervención humana es una chimenea de hormigón oculta entre los arbustos. Sobresale un metro y medio, y cuando Denemethy y Carla asoman la cabeza, el agujero sólo devuelve una fría negrura.

—¿Toma de aire? —dice Denemethy.

—Quizás.

De vuelta al portón, Denemethy agarra la manivela de volante, dispuesta a girar con todas sus fuerzas, cuando repara en que ya está abierto. Por una rendija de unos pocos centímetros escapa un aire frío y metálico.

—Hay alguien en el Búnker de Endor —susurra Carla.

—Buena referencia. Me encanta El Señor de los Anillos.

Carla suspira.

—Apunta mi número —continúa Denemethy, mostrando un extravagante «006344445555» en la pantalla de su móvil—. Por si nos separamos.

—¿Crees que allí abajo habrá cobertura?

—Nunca se sabe.

—¿Y qué clase de número es ese?

—Una vez compré una teleco filipina... es una larga historia.

Cuando Carla lanza todo su peso contra el portón (que no ve razón para moverse ni medio milímetro), Denemethy parece sorprendida.

—¿La policía no necesita una denuncia, o causa probable o algo así para entrar en sitios?

—No estás ayudando —resopla Carla.

Y Denemethy, mientras se une a la embestida, se reafirma en su convicción: definitivamente, esta nueva Munt es mucho más divertida.

Unos cuantos empellones más tarde la puerta por fin se mueve. Y el chirrido de trescientos kilos de acero arrastrados perezosamente sobre cemento sucio retumba en las entrañas de Montserrat con la vehemencia de unos buenos campanazos de maitines.

—Bueno —dice Denemethy—. Quienquiera que haya dentro, ya sabe que hemos llegado.



## SCARPA LIBERADA

En el silencio sepulcral del bloque F, Rune le ordena a la enfermera que se dé prisa. La mujer está tan aterrada que apenas logra meter la llave en la última cerradura.

Rune amartilla el arma, lo cual provoca más lágrimas, pero también afila la puntería de la mano temblorosa. Entran en el bloque F.

Deja a la enfermera atada con bridas en la garita del celador, entre los restos de un repugnante banquete, y echa a andar.

Pasa junto a una puerta de madera descascarillada, la única que no parece diseñada para contener depredadores. La enfermera le ha dicho, entre sollozos, que ahí es donde guardan las grabaciones de seguridad de los bloques inferiores. La visitará más tarde.

*Primero la liberación, después los discos duros.*

Le satisface ver las celdas vacías. Gracias a eso, cuando llega a la última celda no necesita susurrar sus palabras:

—Elegimos nuestras propias pesadillas.

Hazel Scarpa sale de su estupor con una sonrisa diabólica.

—Y también la bala que nos despertará —responde.

Hechas las comprobaciones, Rune se acerca a la reja. Le desagrada ver a una hermana atada como un perro.

—He hecho mi parte a la perfección, ¿sabes? —dice Scarpa.

—No lo dudo.

—¿Tienes la llave?

—No hará falta.

—¿Esperas volar la cerradura con esa pistolita?

—No.

Algo en el rictus de Scarpa se afila y ensombrece. Tarda en hablar.

—Ragaknos dijo que un hermano vendría a liberarme.

—Y Ragaknos nunca miente. Para eso estoy aquí.

Llegados a este punto Hazel Scarpa, que está clínicamente loca pero no tiene un pelo de tonta, ha comprendido el destino que le aguarda. Su primera reacción es convulsionarse enloquecida, tirando inútilmente de las cadenas. Rune espera. Le da unos segundos para que se calme, y unos cuantos más para que se resigne; o quizás Scarpa sólo se cansa.

—Hermano...

No termina la frase. Dos disparos en el pecho, dos en la cabeza, y cae redonda, el golpe de su torso rematado por el estruendo de las cadenas.

Un destello por el rabillo del ojo.

Rune maldice y se vuelve, arma en alto. A tiempo de ver un uniforme azul —un hombre— desaparecer escaleras arriba.

Corre hasta la puerta de madera que ahora está abierta, y vuelve a maldecir. El cubículo es minúsculo, apenas un escobero en el que han embutido una banqueta, un disco duro externo del tamaño de un libro de Brandon Sanderson y tres monitores en los que bailan mosaicos a baja resolución, viñetas de la vida en el manicomio; la Tribu de los Brady con paredes acolchadas.

No hay tiempo para delicadezas. Rune arranca todos los cables que ve y, tras maldecir de nuevo, sale corriendo escaleras arriba; arma en una mano, disco duro en la otra, los gritos de la enfermera a su espalda.



## BOOM

A medida que Carla se interna en los pasadizos del bunker —linterna en una mano, pistola en la otra, Denemethy a su espalda— crece en ella la convicción de que el lugar acaba de ser abandonado a la carrera. Es un magro consuelo, pero al menos Scarpa no mintió: realmente es día de mudanza.

El tendido eléctrico cuelga como mascarillas de oxígeno tras un aterrizaje de emergencia, los focos arrancados de cuajo; la mitad de las estanterías han terminado volcadas en el frenesí de una recogida apresurada.

—Qué raro —susurra Carla.

—¿El qué?

—Esa estantería. Es la única que tiene fondo.

En la cabeza de Carla, que hizo cuatro años en Estupefacientes antes de aplicar a Análisis de Conducta, eso atufa a entrada secreta.

Y tiene razón. Cuando la estantería gira sobre goznes ocultos, el tufillo a entrada secreta se convierte en el tufo irrespirable de roca enmohecida. Dentro del túnel el oxígeno se espesa, hay que pelear por respirarlo. Incluso Carla, que no es particularmente alta, tiene que avanzar agachada en aquel pasaje del terror no apto para claustrofóbicos. Y por si la ruta no fuera lo suficientemente opresiva, ahora además las envuelve el rumor de agua embravecida.

—Ríos subterráneos —dice Denemethy—. Recorren todo el macizo.

Como todas las pesadillas, el túnel llega a su fin y Carla y Denemethy salen a un balcón de madera carcomida. Doce metros de escalones astillados descienden la pared de la descomunal caverna, pero ninguna de las dos tiene prisa por bajar. Antes necesitan asimilar la Pompeya siniestra que se extiende allí abajo.

Toscas paredes delimitan estancias sin techo. Su mirada pasmada las recorre como el científico inclinado sobre un avispero acristalado; como la cámara de Brian de Palma.

Carla ve galerías de tiro. Literalmente, galerías con rifles de francotirador en los extremos. También jaulas de entrenamiento rodeadas de tatamis. De las paredes cuelgan sogas y arneses. Incrustados en las paredes, como uñas de dragón, arpones con cables disparados por fusiles. En una poza flotan chalecos salvavidas. Ve un laboratorio con todas sus neveras abiertas y vacías. También una armería cuyo arsenal es un recuerdo cercano, una filarmónica de fundas vacías.

—¿Qué es este sitio? —dice Carla perpleja.

—Es la prueba —dice Denemethy extasiada—. La prueba de la Frecuencia es real.

Los escalones se combaten bajo su peso. Carla decide inspeccionar la armería, donde unas pocas armas han quedado atrás. Un par de cuchillos de combate cuyo diseño no reconoce;

también un katar, una daga india que se agarra de modo que el filo se convierta en una extensión de los nudillos, como si uno fuera el primo pescadero de Lobezno; y tirado en una esquina, un fusil con carrete y arpón, cuyo motor elevará a su propietario como si lo remolcara un helicóptero.

Carla sabe que aquello no son armas convencionales.

*Construyen sus propios juguetes*, piensa más admirada que espantada.

Denemethy está enfrascada en unos diagramas en la pared. Carla los reconoce al instante. Unas semanas atrás un reportero espabilado había conseguido los informes médicos de todas las víctimas del Quebrantahuesos y concluido que un movimiento parece ser su favorito: de espaldas a su víctima, salta hasta rodearle el cuello con las piernas. Si al adversario no le luxa el cuello la torsión ni lo asfixia la presión, lo deja fuera de juego el golpe cuando el atacante se deja caer en plancha al suelo. «El abrazo del Quebrantahuesos», lo había bautizado el reportero.

—Lo están estudiando —dice Denemethy fascinada.

—¿*Estudiando*? ¿Pero qué es esto, un centro de alto rendimiento para sicarios?

La siguiente estancia es considerablemente más pequeña, y recuerda a un Panteón de Roma diminuto y mugriento. La cúpula se abre a una chimenea por la que se descuelgan, exánimes, unos pocos rayos de sol vapuleados. Debe tener quince metros, y Carla sabe que ese es el cilindro de hormigón que han visto antes de entrar.

En esta gruta el arrullo de las aguas subterráneas suena cercano, como si envolviera los nichos excavados en las paredes. A Carla le sobreviene una náusea cuando ve, a través de bancos de polvo densos como visillos, colchonetas y almohadas.

—¿Vivían aquí? —dice con pasmo.

Contemplando aquella especie de hostel de Altamira, la percepción de Carla se reajusta. Hasta ese momento ha imaginado la Frecuencia como un negocio. Ahora, recorriendo su guarida, lo que Carla ve es una secta.

Una idea que gana fuerza cuando corre un grueso telón y se asoma a la última cueva. Allí dentro, el hedor a alcohol rancio parece haber consumido todo el oxígeno.

—Formol —dice Carla.

El compuesto preferido por laboratorios, funerarias y asesinos en serie fetichistas para preservar restos orgánicos.

Ocho tarros de cristal reflejan las antorchas que arden en la pared. Lo que quiera que contuvieran los primeros siete —y Carla tiene una idea bastante clara de lo que era—, se lo ha llevado el camión de la mudanza. El octavo tarro, sin embargo, está intacto. El pelo de las sienes flota, apuntando en todas direcciones, como si estuviera practicando paracaidismo.

—El señor Lubeck, supongo —musita Denemethy.

El cerebro de Carla ha gripado. A punto de vomitar, se yergue de nuevo al ver la pared contraria.

—Denemethy, mira esto.

Bajo el rótulo «Por los camaradas caídos» hay cinco fotografías. Fotos de carnet, en su mayor parte, sujetas con pegotes de silicona. Rostros que Carla no ha visto en su vida... excepto el último. Los ojos de color miel, la boca permanentemente abierta y las matas de pelo gris, esos los ha visto hace un par de horas. Es el rostro que los ha guiado hasta allí, y pertenece a Hazel Scarpa.

—La silicona está fresca —dice Carla.

Cualquier fantasía de tener la situación bajo control se evapora. La convicción de estar siendo zarandeada por una mano invisible se acrecienta cuando ve un mensaje manuscrito sobre la

mesa.

—¿A mano, de verdad? Tecnófobos —murmura Denemethy, como si ese fuera un pecado aún más reproable que cortar cabezas.

*Querida Denemethy,  
Quería que lo vieras con tus propios ojos. Es lo mínimo que puedo hacer por una contrincante meritoria.  
Espero que la certeza de que tu hipótesis era correcta sea el consuelo que te permita morir tranquila.  
Adieu.*

—¿Morir tranquila? —pregunta Carla.

Es entonces cuando llega la primera explosión. Sacude paredes, techo y suelo, sacude sus cajas torácicas y sacude los tarros, que se hacen añicos convertidos en nebulosos aspersores de formol podrido.

Se han metido en un callejón sin salida, y su única opción es correr de vuelta a la caverna principal... al lugar del que ha venido la explosión.

Lo primero que ven es la escalera de madera desplomándose bajo una cascada de rocas. La siguiente explosión no la escuchan porque la onda expansiva las propulsa contra la armería. Muñecas de trapo entre cascotes. Carla tira de Denemethy mientras la lluvia de rocas abre cráteres a su alrededor. Ahora llega una tercera, cuarta, quinta explosión, que se funden en ecos atronadores. El techo abovedado cruje, protesta, se resiste inútilmente mientras las grietas se abren paso con lentitud sádica, saboreando el desgarró.

Denemethy grita algo inaudible; no parece saber en qué dirección moverse. Carla intenta ignorar el temblor en sus huesos, el pánico a que la siguiente estalactita las ensarte.

Mientras tanto, conjurados por las fisuras, los ríos subterráneos convergen sobre ellas y ahora ya no sólo llueven rocas. También agua viscosa y corrompida, supurada desde una bóveda que no tardará en desmoronarse.

Carla no es consciente de tomar la decisión. De algún modo su cuerpo se pone en movimiento antes de que su cerebro dé la orden.

Cruza la lluvia de meteoritos a la carrera, tirando de Denemethy y agarrando a su paso el aparatoso fusil con arpón y carrete.

De milagro llegan ilesas a la poza, donde Carla hace algo aún más loco: se zambulle hasta agarrar dos chalecos salvavidas.

Aúlla de dolor cuando un proyectil de cincuenta kilos en forma de estalactita le desgarró el codo. Denemethy la saca del agua de un tirón.

Dos nuevas explosiones, y el estruendo de las paredes dándose por vencidas es como el estertor de muerte de la ballena que se las ha tragado. Para entonces Denemethy ha comprendido el plan. No le gusta, ni siquiera lo aprueba, pero no tiene uno mejor; así que a muerte.

De vuelta al panteón-dormitorio, levantan la vista hacia la chimenea, la que conduce a la luz, al oxígeno, al exterior al que tan desesperadamente necesitan llegar.

Se enganchan como pueden los chalecos salvavidas, dando tirones febriles a cuantas correas encuentran. De pronto Denemethy recuerda algo. Desaparece tras el telón y reaparece antes de que Carla termine de chillar, trayendo bajo el brazo algo que chorrea formol.

Un apretón al gatillo y el arpón sale zumbando. El cable culebrea tras él. Vuela siete, ocho metros... y se detiene. Su ímpetu desinflado, cae de vuelta a los pies de Carla.

La cual se desgañita jurando en arameo, pero el tronar del derrumbe inminente se merienda todo sonido.

Lo que viene a continuación llega precedido por un instante de duda. Como si ambas fuerzas —la piedra y el agua que intenta tumbarla— supieran que la batalla ha terminado. Con un rugido infernal, la caverna principal se rinde al asedio y se derrumba, dejando vía libre a miles de toneladas métricas de agua.

El motor del fusil ha enrollado el cable, y esta vez Carla ha encontrado el dial de potencia, que gira al máximo. Ambas se agarran la una a la otra.

—Última oportunidad —grita Carla, aunque ni ella ni Denemethy lo escuchan.

Y en el mismo momento en que un brazo de agua furioso, letal, irrumpe en la gruta dispuesto a arrasarlo todo, Carla aprieta el gatillo.



## SIFÓN PARA DOS

Gabriel Bonilla ama el monte. Con pasión sincera e inquebrantable. Tanto que su mujer, a la que le gusta el monte pero también el spa del hotel, a veces desiste de seguirle el ritmo y deja que salga a corretear solo.

Gabriel ha hecho rutas en ocho países. Y ha visto cosas, vaya que sí. No material de postales, no. Monte de verdad. Lo ha seguido una familia de ciervos, como una escolta moteada. Una vez, en Picos, liberó un buitre leonado cuya ala había quedado enganchada en un derrumbe. Y jamás olvidará el día en que un oso de doscientos kilos (doscientos dos, con el salmón que mordisqueaba) se había cruzado en su camino. Era la primera vez que veía uno en vivo y, más por canguelo que por recordar los consejos de Protección Civil, se había quedado congelado. El oso le había dedicado una mirada indiferente (por como olía, venía de ponerse ciego de salmón) y continuado su camino.

El problema es que Gabriel ya va para los cincuenta, y el reflejo de grabar vídeos en el móvil no lo tiene de serie. Es de los que disfruta el concierto de Los Secretos, y para cuando se acuerda de tirar una foto ya han cantado *Déjame* y están enrollando cables. Es por eso que, en un mundo en el que tus *reels* son la medida de tu credibilidad, ninguno de sus amigos —incluyendo su esposa— creen que sus encuentros monteses sean reales.

Hoy, Gabriel ha salido solo a caminar. Y lleva un buen rato detenido en seco, con la boca abierta. El objeto con el que se ha topado es menos amenazante que un oso, pero más incongruente: un McLaren maltratado y embarrado hasta los remaches. Al encinar le ha salido un grano amarillo loro.

Gabriel comienza una aproximación cautelosa —es la primera vez que ve uno en vivo—, cuando la tierra comienza a vibrar. Y no es un cosquilleo sutil, sino furibundas sacudidas que parecen querer partir en dos la colina.

Cae de bruces, el eco de un derrumbamiento subterráneo amplificado en su oído. Las encinas caen tan rápido que desiste de intentar levantarse y se conforma con rodar, evitando por centímetros que los árboles lo sepulten.

Y entonces, en un trance que combina pánico y estupor, ve algo aún más delirante: de una chimenea de hormigón estalla un géiser que catapulta dos siluetas. Entre gritos y juramentos, ruedan desparradas hasta chocar contra el deportivo.

El temblor se ha calmado. No así los nervios de Gabriel, quien, al borde del infarto, ve cómo las dos figuras —que resultan ser dos mujeres empapadas y furiosas— lanzan al maletero un burruño esférico y saltan al coche, que gira ciento ochenta grados cubriendo a Gabriel en una ola de barro que ya quisiera el spa del hotel.

Para cuando se limpia los ojos, el rugido del deportivo se ha perdido colina abajo. Y Gabriel

maldice en voz alta. Otra vez ha olvidado sacar una foto.



## PENSÉ QUE VOSOTRAS ERAIS LA POLICÍA

Ha anochecido. El McLaren es una estela amarilla culebreando por la comarcal C-1214 hasta que un feroz volantazo lo manda a la vía de servicio, donde cruza una rotonda deslizando como un disco de curling.

Carla sabe que se le va a caer el pelo por no darle el parte a Zervas, pero su móvil está fuera de combate (si lo agita suena agua, como esos juegos de burbujas de cuando era pequeña). El de Denemethy, cuya funda parece diseñada para sobrevivir reentradas en la atmósfera, aún funciona, pero lo necesitan para comunicarse con Lefebvre.

—He analizado la grabación de Scarpa —está diciendo este—. El retardo y la respuesta retinal están alineados.

—¿Margen de error?

—Cero cero dos.

—Muy interesante —dice Denemethy complacida.

—¿Qué significa? —dice Carla.

—Que a Scarpa le dictaban las respuestas.

—¿Perdón?

—Un pinganillo discreto, y *voilà*. Si no me equivoco, hemos tenido la conversación con Ragaknos.

Carla no tiene tiempo de procesar la información. Ha visto un destello azulado más adelante, pero se lo acaba de tragar la negrura. Están en el último tramo, serpenteando entre bosques.

—Lefebvre —dice—, además del hospital, ¿a dónde lleva esta carretera?

—A ninguna parte. ¿Por qué?

—Hay una ambulancia. La tenemos delante a unos...

Denemethy pisa a fondo y el motor castiga los lumbares de Carla. Segundos más tarde, de la ambulancia no queda ni rastro en el retrovisor.

—La *teníamos* delante —corrige Carla.

Maldicen al unísono al ver el hospital. Las llamas han devorado los tres pisos y ahora convergen en el techo, victoriosas, el caserón entero envuelto en un trémulo amanecer asesino.

Están a punto de cruzar el viejo portón cuando alguien salta al sendero agitando los brazos como un náufrago. Es Tim Hopes, tan cubierto de tierra y hojarasca que parece recién salido de hibernar.

—¡Gracias a Dios! —exclama lanzándose al tercer asiento, su rostro descompuesto por el terror—. ¡Vámonos, vámonos, rápido! Los bomberos acaban de llegar.

—Tranquilízate —dice Carla—. Dinos qué ha pasado.

Hopes gira el cuello en todas direcciones, como temiendo ver aparecer un velociraptor.

—Scarpa está muerta —logra balbucear—. Muchos disparos, no sé cuántos. El asesino me siguió, pero logré esconderme.

—¿Le viste la cara?

Hopes asiente histéricamente.

—Y hay algo más. El disco duro con las grabaciones de seguridad. Se lo llevé.

Carla suelta un juramento mudo.

—¿Pero tuviste tiempo de hacer una copia?

Hopes les muestra un pen drive con el escudo del Sporting de Gijón.

—No estoy seguro. Cuando escuché al intruso volqué ocho días de vídeo, a bulto, y salí a todo filipín.

Denemethy no necesita oír más. Le da fufa al coche y saluda al perplejo conductor de la ambulancia cuando se cruzan.

Hopes sufre otro sobresalto al ver, proyectados sobre el parabrisas, un mapa topográfico de Montserrat y el rostro severo de Lefebvre.

—En serio, ¿esto es un coche de policía? ¿En qué unidad estáis?

—Describame el rostro del atacante, por favor —dice Lefebvre.

—Pues... uno ochenta y pocos. Pelo oscuro y largo, más bien guarro. Gafas redondas, de las finas, y mandíbula así como en punta. Ah, y un ojo más cerrado que otro.

En respuesta al tecleo furioso de Lefebvre, en la proyección se extiende un acordeón de rostros cuya fisonomía coincide direccionalmente con la descripción.

—Me he saltado el protocolo y he consultado la base de datos de la policía y aduanas, jefa —dice Lefebvre.

Hopes se gira alarmado.

—¿Pero la policía no erais vosotras?

—Ella lo es —dice Denemethy.

—¿Y tú?

—Yo sólo soy una ciudadana preocupada. Ten, conecta tu pen drive aquí.

Denemethy le lanza su móvil, del que ahora cuelga un adaptador USB. Visiblemente aturullado, Hopes logra conectarlo al tercer intento, después de probar con el escudo del Sporting hacia arriba, hacia abajo y de nuevo hacia arriba.

En el parabrisas flashea la transferencia de ficheros más rápida que Carla ha visto jamás.

—Archivos recibidos —confirma Lefebvre.

—Buscamos un visitante al módulo F —dice Carla.

—¿Jefa?

—Lo que ha dicho Munt.

—Oído. Llevará cinco minutos.

—Que sean tres.

*Tres minutos*, piensa Carla soñadora. En su mundo, en los sótanos de Jefatura, tres minutos es lo que tarda la fotocopidora en atascarse cuando una intenta sacar las cuatro copias del impreso de solicitud de recursos de Análisis Audiovisual. Si hay suerte y no hay puentes, antes de treinta días te confirman si pueden poner tu caso en su cola de trabajo.

*Podría acostumbrarme a esto.*

Hopes señala un letrero.

—Mira, la siguiente salida es el pueblo de mi madre. Podéis dejarme allí. La pobre se va a preocupar si ve las noticias.

—Negativo. Vienes con nosotras a la Unidad Central de Identificación.

—¿A la qué? —pregunta Hopes alarmado.

—Tienes que hacer un retrato robot.

—Oh. Claro, vale. ¿Y será por aquí cerca? Porque mi madre...

—A una hora de aquí —dice Denemethy mientras cruza de un volantazo los límites del aeródromo.

Hopes echa un cálculo rápido.

—Una hora... Por Manresa, ¿más o menos?

Al McLaren no le gusta la tierra prensada del aeródromo, y patina unos metros hasta detenerse frente a la escalerilla del Gulfstream. Denemethy sonríe.

—Más o menos.

Y mientras a Tim Hopes se le cae la mandíbula al comprender que ese es su próximo carruaje, y musita algo acerca de que los de su club de dardos van a flipar en colores, la cara de Lefebvre vuelve a aparecer en el parabrisas.

—Sólo una visita en los últimos días, jefa.

—¿Visual?

—Cristalino.

—Envíalo al visor del coche.

Lefebvre elige con sumo cuidado sus próximas palabras.

—Quizás sería mejor que te lo enviara al teléfono.

Las pupilas de Carla se dilatan. Instintivamente, agarra con fuerza el escudo del Sporting de Gijón. Si Lefebvre quiere jugar a los secretitos, al menos a ella le queda el pen drive. Cruza una mirada con Denemethy, que termina diciendo:

—Confío en ella.

Lefebvre se encoge de hombros.

—Es tu decisión, jefa. Pero pisa con cuidado, porque esto es hielo fino.

El fotograma, como ha dicho Lefebvre, es impecable. Al visitante del bloque F se le distinguen hasta las ojeras y la barba de dos días. Y Carla piensa que Héctor Zervas, Director Adjunto Operativo, tenía pinta regulara cuando, cuatro días atrás, visitó a Scarpa cuidándose mucho de no dejar ningún rastro en los registros de visitas.



## QUEBRANTAHUESOS

*Empieza con la rabia.*

*Y sigue con semanas de entrenamiento. Allí donde nunca llega la luz del sol, me entrego a la Frecuencia.*

*Ragaknos ve más allá de los miedos que me atormentan, ve lo que puedo llegar a ser. En sus sabias manos, mi rabia deja de ser una desventaja y se torna un arma poderosa e inclemente. Día tras día, excedo sus expectativas.*

*Y mientras miro a los hermanos entrenar, a esos hombres que Ragaknos pronto querrá que yo lidere en la batalla, encuentro por fin algo de paz. Por primera vez, sé lo que soy.*

*Soy venganza.*

*Una vez más, estudio las fotos de Umbría y su equipo de seguridad. Nuestro objetivo es claro: aniquilación. Sin Umbría, la Frecuencia será invencible.*



## LLAMADA POR LA LÍNEA AZUL

El ayuntamiento de Madrid se había trasladado tres años atrás de un palacio modernista en la plaza de Cibeles al piso treinta y dos de una aséptica torre de hormigón y cristal en las afueras.

Por economizar costes para el contribuyente, dijo el comunicado oficial. Pero todo el mundo sabía que era por alejarse de la peligrosidad del centro. Por poner el foso de la M-40 de por medio.

Olivia Grimma lleva ocho años siendo alcaldesa, y quiere otros cuatro. En realidad quiere otros doce, pero sabe que debe ir paso a paso. Es una «política de carrera», lo que en esencia significa que no posee ningún talento discernible y que sabe muy bien que no sobreviviría ni cuatro meses en la empresa privada. De modo que hay pocas cosas, muy poquitas, que no esté dispuesta a hacer por mantener su culo pegado al cuero blanco del sillón de alcalde.

Hasta hace cinco minutos, Grimma ha estado sólo moderadamente preocupada por las elecciones. Lo normal, a cinco días del gran domingo. Esa alimaña de Umbría lleva meses arañando décimas en los sondeos, pero no lo suficientemente rápido como para destronarla.

Lo único que puede provocar un cataclismo es que esa especie de Al Capone de arrabal se saque de la manga una solución al crimen endémico que corroe la ciudad. Eso, y sólo eso, movilizaría al ochenta y cinco por ciento de adultos apáticos que no piensan malgastar su domingo relleno de papeletas. Pero esa posibilidad no debe preocuparle, le asegura su recua de asesores y estrategas; porque si Umbría tuviera semejante as en la manga ya lo habría usado.

Y sin embargo aquí está Grimma, a cinco días de las elecciones, más pálida que un muro de Mojácar, escuchando con desmayo el comunicado especial con el que todos los canales de televisión acaban de interrumpir sus emisiones. Los presentadores balbucean, leyendo de una nota apresuradamente entregada, huérfanos sin su teleprompter.

«...comunicado de prensa de Umbría... convoca una rueda de prensa urgente... promete detalles concretos de su plan integral de lucha contra el crimen...»

El mando a distancia cruza el despacho y se hace añicos contra la puerta.

—¿Qué tramas, víbora? —le ladra Grimma a la pantalla.

Lucha contra las ganas locas, abrasantes, de tomarse un copazo. Pero se ha prometido a sí misma —y al juez que barrió bajo la alfombra el incidente de la farola que tumbó conduciendo como una cuba— no beber en el trabajo.

La puerta se abre y por ella asoma una cabeza estupendamente peinada. Voluntarioso, dócil y sin ideas propias, que es como a Grimma le gustan los subalternos, los amantes y los votantes.

—¿Ha llamado, alcaldesa?

—Que venga Valverde, ya. Si está reunido lo sacas a rastras. Y corre la voz: esta noche nadie se va a casa hasta que yo lo diga.

—Ahora mismo. Ah, y acaba de entrar una llamada por la línea azul.

Sólo ahora repara Grimma en el piloto que parpadea en su teléfono. «Línea azul» es el número que sólo tienen unos pocos donantes premium, las carteras más profundas. Una siempre responde las llamadas de la línea azul. Incluso cuando, como ahora, lo haga sospechando que algún benefactor está viendo las noticias y quiere garantías de estar invirtiendo en el caballo ganador.

—Aquí Grimma.

—Alcaldesa, me llamo Carla Munt. Soy una especialista en perfiles en la sección de Análisis de Conducta de la Policía Nacional.

Grimma tuerce el gesto. Policía o no, no tiene tiempo para tratar con peones.

—¿Quién le ha dado este número?

—Tessa Denemethy.

El nombre basta para que Grimma se yerga en su sillón. Denemethy, esa esquiwa hija de puta, lleva años ignorando sus peticiones de donaciones. Con el dinero que tiene esa guarra, Grimma podría asegurarse mayorías absolutas hasta el día de su jubilación. Pero se resiste a «entrar en política», la santurrona. Zorra hipócrita. Como si algo en esta vida no fuera política.

—¿Está con usted? —dice esperanzada. Un apoyo de la billonaria, aunque sea de última hora, le permitiría arañar votos entre tecnófilos indecisos y youtubers—. Pásemela.

—No hay tiempo. Le llamo porque tengo información sobre el crimen del museo y necesito que...

—Quiero hablar con Denemethy —le corta Grimma.

La voz al otro lado de la línea respira hondo.

—Me temo que ese no es un deseo recíproco, alcaldesa.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque la tengo delante y me está enseñando sus dos dedos medios. Escuche, acabo de enviarle un archivo a su email personal. Necesito que lo abra.

El párpado de Grimma tiembla visiblemente. Su mirada sale disparada hacia el mueble bar.

—¿Cómo cojones ha conseguido mi email personal? ¿Y dónde demonios está? Suena como si estuviera despegando.

—Eso es porque estoy en un avión en pleno despegue. El archivo que le he enviado es una evidencia en el caso del Taxidermista.

—Me parece estupendo, pero usted tiene una cadena de mando. Cualquier información debe comunicársela a Zervas.

—En este caso *eso* no sería buena idea.

El énfasis hace que el estómago de Grimma se encoja. Más por desviar su atención del mueble bar que por darle gusto a una agentucha insolente, abre el fichero.

—Es una foto de su superior, Héctor Zervas. ¿Y qué? —escupe de mala gana.

—Lea la marca de agua, por favor.

Cuando Grimma mira la esquina inferior izquierda —a su ritmo, porque ella, como alcaldesa, ha decidido leerla, no porque le apremie una jornalera en lo más bajo de la cadena alimenticia—, se hunde en su sillón. El cuero protesta.

—Llegaremos a Jefatura en dos horas. Actúe con discreción, alcaldesa. No podemos permitirnos espantar a Zervas. Como sabe, el tiempo corre en nuestra contra. Ah, y siento pedirle esto, pero necesito que avise al juez Urriaga. Dígale que traiga un recipiente refrigerado.

—Repita eso.

—Llevamos evidencias que necesitan refrigeración.

De pronto la boca de Grimmer está muy, muy seca.

—¿En concreto? —dice con voz estrangulada.

Para cuando la voz termina de describir aquello que viaja en la nevera del avión, Olivia Grimmer ya se está sirviendo un whisky triple.



## SALA DE EMBARQUE

Es demasiado tarde para cenar, pero la situación del restaurante es inmejorable: desde allí, Damaris Faust puede leer las pantallas con los avisos de salidas y también vigilar la totalidad de la sala de embarque.

Su mirada un tanto desentrenada —hace muchos años de sus misiones en Afganistán, Irak, y África central— busca viajeros sin equipaje, ojos reflejados en escaparates, bocas que musitan a un periódico; cualquier indicación de que vienen a por ella.

Por el momento, todo en orden.

Con la coleta, la gorra, el jersey de capucha holgado y la bolsa de deportes, parece una entrenadora de volleyball camino a algún torneo regional.

En los monitores, su vuelo remonta posiciones con enervante lentitud.

—¿Está todo a su gusto?

Es un testimonio de lo poco afilados que están sus reflejos el que no haya escuchado al camarero acercarse. Por un instante, considera responder la verdad: que la hamburguesa parece recién salida de una lata, así, con el pan y todo, y calentada en un microondas abúlico que la ha despojado del poco sabor que traía; que la cestita que la acompaña es divina para la foto, pero que las patatas que contiene son coágulos con sabor a papel mojado.

—Todo estupendo, gracias —dice.

Continúa lo que estaba haciendo, que es desmigajar lentamente la hamburguesa para que parezca que va ingiriendo algo. No por evitar herir los sentimientos del chef —al cual, si es que existe y no es una máquina de vending, se la sudará soberanamente si la clientela aprecia o no su *infecte cuisine*—, sino por no llamar la atención. Lo único que importa en las próximas horas es pasar desapercibida.

—¿Podría subir el volumen? —pregunta en dirección al camarero, el cual arrastra los pies hasta el mando a distancia.

Desde el televisor, los gritos furibundos de Octavio Umbría llenan ahora el restaurante. Ahí está, en el canal de noticias veinticuatro horas, bajo la llovizna incesante, con un rótulo que proclama: «Directo: Rueda de prensa del candidato a la alcaldía de Madrid».

—¡...una ciudad tomada por criminales, drogadictos, y ahora *vigilantes*! ¡Ese es el legado de nuestra alcaldesa!

Se escuchan vítores fuera de plano. Faust tiene que admitir que el impermeable de camuflaje acentúa la ferocidad del discurso. La pantalla se parte para incluir una foto medio enfocada de alguien quitándose un pasamontañas.

—¡Nuestras calles no son seguras, y yo digo BASTA! —ruge Umbría—. Esta es mi promesa: en cuanto mi laboratorio recomponga la imagen, yo mismo daré caza al Quebrantahuesos. Antes

de final de mes estará entre rejas... o bajo tierra. Y cuando haya limpiado esta ciudad de vigilantes, ¡haré lo mismo con los demás criminales que la infestan! ¡YO DIGO BASTA!

A los vótores se suman ahora las preguntas de los periodistas.

—¿De dónde ha salido la foto, señor Umbría?

Umbría deja paso a una mujer en traje de combate, de espalda triangular y mirada reptiliana, que se planta frente al micrófono. Tampoco ella lleva paraguas, y capea el chaparrón bajo un poncho verde oscuro.

—Me llamo Sarina Morlino y dirijo la unidad de seguridad del señor Umbría. Responderé a las preguntas que pueda, siempre que no comprometan la operación.

*Operación*, piensa Faust con desmayo. Su repulsión por Morlino es inmediata. Conoce bien el tipo, de sus años en Afganistán. Mercenarios. Adictos a la adrenalina. Gatillo fácil.

—¿La fotografía la tomó su equipo? —repite una voz.

—No puedo confirmar ni negar eso.

—Cuando hayan limpiado la imagen, ¿compartirán la identidad del Quebrantahuesos con las autoridades?

—La haremos pública inmediatamente. Los ciudadanos merecen la verdad.

Faust cree ver cómo Morlino contiene una sonrisa, pero es difícil asegurarlo con parte de su rostro oscurecido por la capucha. En los micrófonos se cuelan murmullos de aprobación.

—Perdone —exclama una voz preocupada—. ¿He oído mal, o acaba de anunciar una cacería humana? ¿Acaso no dirige usted un grupo de mercenarios entrenados en armamento y combate?

Esta vez, ni la lluvia ni la capucha logran enmascarar la sonrisa lobuna de Morlino.

—No puedo confirmar ni negar esa información.



## DEMASIADO LENTO

El coche que les espera en la terminal de aviones privados de Barajas es el hermano sobrio del que han dejado, quejumbroso y apaleado, en Montfalcó. Es el mismo modelo de tres asientos, pero en un negro mate que irradia un aire a «noche tranqui en puerto Banús».

En cada curva, en cada adelantamiento, algo golpea el maletero.

—Debimos ponerle velcro —dice Hopes distraído.

—Pareces muy tranquilo sabiendo lo que llevamos en el maletero.

Los ojos de Hopes se ensombrecen.

—¿Y qué espera, después de quince años trabajando en el bloque F? Tengo que conocer el historial de cada interno. A muchos les gusta hablar de ello, créame. Lo peor es cuando te cuentan lo que se han quedado con ganas de hacer. Ojalá cabezas cortadas fuera lo peor que veo en mis pesadillas —se sacude los pensamientos oscuros mirando por la ventana—. Oiga, ¿cree que podríamos pasar por el Bernabéu?

Embocan en la calle de Jefatura. En su día aquel fue un barrio de pisos tranquilos y residencias de estudiantes. Hoy el edificio de Jefatura lo rodea una espesura de locales de apuestas, clubes nocturnos y antros de comida rápida. Una aurora boreal de neones mórbidos reflejada en ojos perdidos y almas vacías.

Son las dos de la mañana, y eso, aquí, es hora punta.

A medida que se acercan a la puerta de Jefatura, la espalda de Carla se tensa.

—No pares —dice.

Denemethy pasa de largo discretamente. Al menos, todo lo discreto que puede ser un coche que emite setenta y cinco decibelios en segunda. Rozan a los periodistas que descargan trípodes y cámaras envueltas en plásticos.

En la perpendicular, a salvo del escuadrón de periodistas, Denemethy pregunta:

—¿Tienes carnet de conducir?

Hopes tarda en comprender que se dirige a él.

—¿Yo? Sí. Lo saqué a la cuarta, pero porque me tocó un examinador que...

—Date unas vueltas. Sin alejarte mucho. —Denemethy señala el maletero—. No quiero cruzar una barricada de cámaras con *eso* en la mano. Cuando te llame, vuelve aquí.

Tras dictarle a Hopes su extraño número de teléfono filipino, Denemethy alcanza a Carla. La acera está tan atestada de trasnochados empapados migrando del club al kebab (o viceversa) que Carla avanza por la calzada. Sus zancadas furiosas revientan el espejo grasiento en el que se reflejan los neones. Los coches le pitan, le increpan, le salpican. No parece importarle.

—Cálmate —dice Denemethy encogiéndose bajo la capucha, no tanto por la lluvia sino por esconder su rostro—. ¿Quién crees que ha llamado a la prensa?

—Eso pienso averiguar —escupe Carla entre dientes.

—Recuerda lo que dijo Lefebvre, ¿vale? Pisamos hielo fino.

El chaparrón les ayuda a entrar sin que ninguno de los reporteros reconozca a Denemethy. En el concurrido vestíbulo, apenas se han sacudido las chaquetas cuando Carla levanta un acusador dedo índice en dirección a la galería del segundo piso.

—¡Alcaldesa! ¡Sí, usted! ¡Dije con discreción! —vocea.

Sus gritos convierten el vestíbulo de Jefatura en una partida de escondite inglés en la que los polis del turno de noche se quedan congelados, mirando a una agente furibunda chillarles a la alcaldesa y su acompañante, que resulta ser Santi Bermellón.

—¿De qué hablas, Munt? —dice este asomado a la barandilla—. No han venido por *lo nuestro*.

Tiene algo cómico, el tono confidencial de Bermellón, en una discusión a dos alturas en mitad de un vestíbulo atestado.

—¿Y entonces por qué están aquí? —grita Carla.

Bermellón y la alcaldesa se miran perplejos.

—Pero, ¿tú dónde has estado en las últimas horas? ¿En una cueva?

Minutos más tarde la fiesta se ha trasladado al despacho de Bermellón, que es de clase turista y se está quedando sin espacio ahora que se les ha unido el juez Urriaga.

Denemethy y Carla contemplan por primera vez la imagen borrosa del Quebrantahuesos.

—¿Va a permitir que Umbría lance sus perros a la calle? —pregunta Denemethy a la alcaldesa.

—De eso me preocuparé más tarde. Ahora tenemos un problema más urgente.

Denemethy se retira a un segundo plano y observa en silencio. Su primera impresión de Bermellón es la de alguien que ni hace pie ni sabe nadar. Y hay algo más, en la forma en que mira a Carla...

—En menudo marrón nos has metido, Carla —se lamenta Bermellón—. Aquí va a llover mierda del norte, del sur y del este.

Denemethy se pregunta por qué no del oeste, pero opta por no interrumpir. El tipo tiene pinta de perder el hilo con facilidad.

—¿Es que has perdido el juicio? —añade desesperado—. ¿La alcaldesa?

—Era la única opción.

—Y una mierda. Si hueles a podrido vas a asuntos internos.

—Demasiado lento.

—Lento, dice. ¿Quieres velocidad? Espera a ver lo rápido que Zervas hunde tu carrera como este circo no se sostenga.

Denemethy elige ese momento para intervenir, dando un paso al frente con la mano extendida.

—Tessa Denemethy, empresaria y filántropa. La foto es real, se lo aseguro. Más sólida que el acueducto de Segovia. Le garantizo que aguantará cualquier escrutinio, ya venga del norte, del sur o del este. Es más, incluso si viene del oeste.

Con una contorsión de garganta cercana a un graznido, el juez Urriaga logra contener la risa. Bermellón la fulmina con la mirada pero se limita a abrir la puerta, mohíno.

—Más vale que sepas lo que haces, Carla. Si esto descarrila no te va a quedar ni un amigo.

Mientras el grupo baja las escaleras, Bermellón se pega a Denemethy.

—Voy a hacerte una pregunta, listilla. ¿Quieres pasar los próximos tres días en un calabozo? Denemethy finge considerarlo.

—Hmm... ¿Qué tal es la comida?

—Me dan igual tus millones y tus abogados, Denemethy. Vuelve a inmiscuirte en mi investigación y te encierro.

—Yo también tengo una pregunta para ti —Denemethy se inclina sobre él, toda curiosidad inocente—. ¿Cuánto tiempo lleva Munt dándote calabazas? Si sirve de consuelo, también ignora mis avances. Es inescrutable, ¿verdad que sí? ¡Dios mío! ¿Será asexual?.

El gruñido de Bermellón es más bien un mugido.

—¿Ha llegado su abogado? —pregunta Carla alcanzándolos.

—Lleva veinte minutos con él.

—¿Y a quién le ha tocado la china de interrogarlo?

—¿A quién crees? —dice Bermellón tendiéndole una carpeta—. Buena suerte ahí dentro, Serpico.

Denemethy le da una palmada a Carla.

—Alegra esa cara. En quince minutos te habrás convertido en una leyenda... o tu carrera habrá terminado.

Denemethy sigue al inspector, la alcaldesa y el juez a una angosta sala de observación pensada para cuatro personas, en la que ya se acumulan nueve. Al otro lado del doble espejo Héctor Zervas cuchichea con su abogado. Ambos enmudecen cuando Carla, de cuya chaqueta aún resbalan goterones de lluvia, entra por la puerta.



## LA TRAMPA

Tan pronto toma asiento, Carla tiene un mal presentimiento.

Y no es por lo que está a punto de hacer, que es acusar al jefe de todos sus jefes de estar involucrado en un asesinato. Ni por estar jugándose la carrera. No, lo que a Carla le provoca sudores fríos es la palpable, casi insolente calma de Zervas y su abogado.

«Cuando el detenido es el más tranquilo de la sala, señal muy mala». Sabiduría milenaria del refranero policial.

—Agente Carla Munt, sección de Análisis de Conducta —dice Carla para la grabación—. Presentes Héctor Zervas, Director Adjunto Operativo, y...

—Antón Espósito, abogado del señor Zervas.

Carla sospecha que el tal Espósito ya nació con corbata y gemelos, también con un suministro vitalicio de gomina.

—¿Le han leído los derechos a su cliente?

—Religiosamente.

Por primera vez, sus miradas se encuentran. El rostro de Zervas está perfectamente sereno, pero sus ojos prometen fuego y destrucción. Carla le tiende una fotografía.

—¿Reconoce este lugar?

Más alarmas se disparan en la cabeza de Carla cuando ambos hombres intercambian una mirada satisfecha. Todo transcurre como esperaban.

—Hospital penitenciario de Tremp, bloque F —responde Zervas.

—El viernes por la mañana llegó usted tarde a la reunión semanal de coordinación. Fue porque se había pasado la noche viajando a Tremp. Aquí está la prueba.

—¿Y su pregunta es?

—Está bien, Antón —dice Zervas conciliador, metido ahora el papel de ciudadano deseoso de ayudar—. El jueves recibí una llamada de Tremp. Al parecer una de las internas insistía en verme.

—¿Hazel Scarpa?

—La misma.

Llegados a este punto, Carla ya sabe que se ha metido en una trampa, aunque sigue sin ver de dónde va a venir el golpe.

—Usted, el Director Adjunto Operativo, ¿acudió a la llamada de una interna?

—En circunstancias normales jamás lo habría hecho. Pero Scarpa mencionó la exposición. Y eso tocaba un nervio personal.

Sin poder evitarlo, Carla se inclina sobre la mesa.

—¿Qué dijo exactamente?



## LLEVA DOS DÍAS GRITANDO SU NOMBRE

*Cuatro días antes.*

Héctor Zervas marca el número que su secretaria ha dejado apuntado para él. Es tarde y cuenta con que Eugenia Garriga, directora del hospital penitenciario de Tresp, ya se haya marchado. Así podrá decir que intentó devolver la llamada e irse él también a su casa, donde planea quedarse dormido leyendo las últimas estadísticas sobre crímenes mayores.

—¡Director Zervas! —responde una voz sin aliento—. Soy la doctora Garriga. Me pilla de milagro, ya estaba en el pasillo.

—Qué alivio —responde Zervas gélido.

—Gracias por devolver la llamada. ¿Le ha contado su secretaria los detalles?

Lo cierto es que lo ha intentado, pero la ha echado del despacho con cajas destempladas para atender asuntos serios.

—No ha habido oportunidad —miente sin rubor.

—Se trata de Hazel Scarpa. ¿Recuerda el nombre?

—Perfectamente.

—Lleva días alterada. Jamás la hemos visto en este estado. Y es por esa nueva exposición, la del Museo del Prado.

Zervas suspira. Ya no hay duda: la llamada ha sido un error.

—¿Acaso espera conseguir entradas?

—Scarpa insiste en que habrá un ataque el día de la inauguración.

A su pesar, Zervas empieza a prestar atención. La exposición es la cumbre de la carrera de su mujer. Y sí, puede que desde hace años su matrimonio sea poco más que un acuerdo comercial, pero aún así desea proteger aquello que su mujer ama por encima de todo: su carrera.

—¿Ha aportado detalles?

—Por eso le he llamado. Francamente, tiene información que no debería tener.

—¿Como por ejemplo?

—Una lista completa de los entes y particulares que donan obras a la exposición. También los rutas de envío de las piezas. Es muy extraño, director. Conoce las empresas logísticas, los muelles y aeropuertos, y las fechas en que pasaron por aduanas.

Un escalofrío tensa la nuca de Zervas.

—¿Eso es todo lo que sabe?

—Eso es todo lo que ha compartido. Según ella alguien prepara un ataque inminente, pero se niega a darme los detalles a mí.

—¿Y a quién quiere dárselos?

—A usted. En persona. Lleva dos días gritando su nombre.

A través de la ventana, la mirada de Zervas sigue un lejano punto rojo elevándose en el cielo hasta que lo engullen las nubes.

—Mándeme esos detalles logísticos y los verificaré. ¿Cuál es su diagnóstico?

—No garantizo nada, pero creo que debería venir. Su estado no encaja con su cuadro. Y luego está el correo...

—¿Qué correo?

—En las últimas semanas ha recibido un aluvión. Nuestro personal quita grapas y clips, pero no leemos la correspondencia. En fin, no es inconcebible que alguna de esas cartas...

Zervas comprueba su reloj. Si sale ahora mismo, puede estar en Tremp hacia la una de la mañana. Y a base de café, de vuelta en Madrid para la hora del desayuno.

Como cada vez que debe tomar una decisión de calado, Zervas cruza su despacho hasta el ventanal. Aquella noche el roce del cristal es frío y húmedo. Más allá de su reflejo cansado, la llovizna desganada y la noche se han apoderado de la ciudad. Después de quince años viendo anochecer en aquel despacho, una cosa está clara: cada vez quedan menos farolas encendidas. Y las pocas que resisten lucen temblorosas, a punto de rendirse. La ciudad se la tragan las sombras.



## EL SANTO

—Ahí lo tiene —dice el abogado cuando Zervas termina de hablar—. La llamada está registrada en el sistema, claro.

A la nuca de Carla se adhieren goterones de sudor, también el frío estupor de las miradas provenientes de la sala de observación.

—¿Y qué información tenía Scarpa?

Zervas se encoge de hombros.

—Ninguna, eso es lo más frustrante. Divagó sin sentido durante media hora. Habló de asesinatos, sí, pero también de ríos de lava y plagas de langostas; de Anubis, de El Bosco... Mire, concluí que estaba teniendo un brote psicótico. Francamente, me avergonzó haber perdido la noche de forma tan estúpida. Pero qué quiere que le diga, mi mujer se ha dejado la piel para traer la maldita exposición a Madrid. En fin, resultó una colosal pérdida de tiempo.

—¿Y Garriga qué dijo?

—No llegué a verla. La doctora estaba en su casa durmiendo, como debería haber estado haciendo yo.

—Para que conste en acta, director Zervas: cuatro días antes del asesinato usted recibió un aviso y no lo reportó.

Espósito, que ha jugado mil partidas a lo mismo, se apresura a responder.

—Mi cliente decidió visitar a una demente diagnosticada porque creyó que atañía a su mujer. Eso lo convierte en un asunto privado. Preocupado por la óptica del asunto, decidió no anunciar su viaje. Para proteger al cuerpo, claro. De ese modo, si resultaba ser una falsa alarma, nadie podría ridiculizar a la policía.

A Espósito le falta sacar una estampita con el rostro de Zervas. Tiene tanto callo que en su cabeza, siempre y cuando la bandera de la minuta esté bajada, su cliente es un santo.

—Lamentablemente —continúa—, cuando llegó lo recibió el desvarío ininteligible de una demente. Y aún así, llevado por un celo admirable, esa misma tarde mi cliente ordenó aumentar las medidas de seguridad en el perímetro del museo. Como precaución adicional. Aquí no hay nada subrepticio, agente. La llamada, las medidas de seguridad adicionales... todo está en el sistema.

La más leve de las sonrisas triunfales asoma a su rostro tostado por lámparas de rayos uva. Carla le sostiene la mirada preguntándose cuántas octavas subiría su voz si le arrancara, uno a uno, los rulillos que caracolean en su nuca.

De pronto se gira hacia Zervas.

—La ha llamado «doctora» Garriga. ¿Por qué?

Zervas se encoge de hombros.

—Es como se presentó por teléfono.

En la cabeza de Carla los engranajes se ponen a girar a toda velocidad.

—Trempe no lo dirige un médico. Director Zervas, voy a necesitar el número con el que habló. ¿Cree que su secretaria puede darme su lista de llamadas?

—Por supuesto. Pero no hará falta. El número se lo puedo recitar yo.

—En ese caso su memoria debe ser prodigiosa —dice Carla suspicaz.

—En absoluto. Era sencillamente un número extraño y fácil de memorizar. Lo recuerdo porque supuse que pertenecería a alguna centralita. Era el 006344445555.

Carla siente su temperatura corporal bajar diez grados. Escucha un portazo seguido de pasos acelerados. Y ante la mirada atónita de Zervas y su abogado, Carla salta de su silla y abre la puerta de un tirón.

El pasillo está desierto. Pero el eco de una carrera atropellada retumba en pasillos cercanos.

La puerta contigua está abierta y de ella asoman unas cuantas cabezas desconcertadas. Carla las aparta a empujones y escanea al interior. Maldice en voz alta.

Denemehy no está.



## EL EQUIPO DE LOS VIRTUOSOS

Mientras corre acera abajo, Denemethy intenta trazar mentalmente una ruta que no esté bloqueada por un andamio, un tipo vendiendo noodles desde un carro de supermercado, una pareja esperando el autobús nocturno bajo un paraguas agujereado o taxis zumbando.

No la hay.

Aminorar el paso no es una opción, pues está convencida de que al menos una policía le pisa los talones. Puede que también algún periodista, si la han reconocido saliendo por patas de Jefatura.

La calle es un juego de «Elige tu propia colisión», y Denemethy toma una decisión.

Rezando por que la papelera municipal aguante (es de plasticazo, diseñada para soportar latas de refresco y no cincuenta y siete kilos de gacela humana impulsándose en ella para saltar sobre las cabezas de dos borrachos esperando el Circular), Denemethy brinca.

Los dos colgados no se inmutan cuando una sombra cruza sobre ellos. Anda que no habrán visto palomas en vuelo rasante; y nunca llegan a chocar con nada, las cabronas.

Muchos otros transeúntes sí la ven, y se quedan petrificados. Lo cual le facilita la vida a Denemethy, que toma tierra sin problemas y se lanza a zigzaguar. Incluso le da tiempo a sacar su teléfono móvil.

—¡Punto de encuentro, ahora mismo! —chilla en cuanto la llamada conecta.

En la perpendicular distingue el morro del McLaren, tan vacilante que lo adelantan un Prius y un patinete.

—Menuda bestia —exclama Hopes—. En cuanto te descuidas se pone a sesenta en núcleo urbano.

Denemethy tira de él y lo saca del coche, cuando un grito resuena en la callejuela.

—¡No te muevas!

Carla, su Heckler & Koch reglamentaria en ristre, llega con la cara roja como un tomate. Denemethy sospecha que no es tanto por la carrera como por el cabreo que tiene.

—¿Ella o yo? —pregunta Hopes, levantando las manos por si acaso.

—Munt, escúchame —jadea Denemethy—. Es una trampa.

—¡Pues claro que es una trampa! No eres tan imbécil como para hacer esa llamada desde tu teléfono. Pero huir no ayuda. Tienes que volver.

—¿Y perder tiempo valioso? ¿Abogados, vistas ante el juez? Para cuando salga habrá cuatro cadáveres más.

Carla no responde.

—Piénsalo, Munt. Faltan cinco días para las elecciones y la alcaldesa necesita una cabeza. La mía le vale hasta el domingo.

Denemethy puede escuchar cómo se agrieta el fino cristal de la moral de boy scout de Carla.

—Vas a tener que tomar una decisión rápido —añade estirando el cuello.

Por el extremo de la calle llega un pelotón de periodistas, posiblemente sólo la avanzadilla.

Carla resopla.

—¡Al coche! —grita.

—¿Ella o yo? —repite Hopes, aún con las manos en alto.

Carla salta al coche y tira de él. Ahora es ella quien está en el asiento central. Sin dudar, lanza el coche en reversa y colea peligrosamente al incorporarse, de culo, a la avenida de Reina Victoria.

—Sólo para estar seguro —dice Hopes—, yo sigo con la policía, ¿verdad?

—Estás en el equipo de los virtuosos, Hopes —sonríe Denemethy—. Tu madre va a estar orgullosa. Ahora dame tu móvil.

El celador se muestra reticente.

—¿No funciona ese tuyo tan chulo? Es que estoy esperando que llame mi madre para...

Por toda respuesta, Denemethy lanza su móvil por la ventanilla. Así, funda anti-terremotos incluida.

—Ups. Lo he perdido. Y el de Munt está lleno de agua. Tu móvil, Hopes.

—Siento como que hay algo que no me estáis contando —musita Hopes mientras se lo entrega.

Denemethy empieza un intercambio de mensajes con un número que conoce de memoria

—¿A dónde, Denemethy? —dice Carla.

—Estoy en ello. Y por cierto, Munt, ¿qué coche has dicho que conduces?

Denemethy observa impresionada la destreza con la que Carla deja atrás todo lo que tiene ruedas.

—No tengo coche. Creo en el transporte público en las ciudades. ¿A dónde vamos?

La información llega por fin.

—M-30 norte —lee Denemethy—. Yo te guío. El helicóptero estará en la azotea en quince minutos.

Hopes se gira alarmado.

—¿Helicóptero? Uy, para eso no contéis conmigo. Que los espacios pequeños y cerrados me dan claustrofobia.

—Vas a estar bien.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cuánta gente cabe en tu helicóptero?

—Veinte personas.

—¿Perdón?

—Es un Bell 525 Relentless. ¿Te dice algo?

—Bueno, yo es que soy más de Ryanair.

—Caben veinte asientos, pero el mío está modificado a dos butacas y un sofá. Trescientos kilómetros por hora, mil de autonomía. Llegaremos a nuestro destino en tres horas y media.

Hopes la mira escamado.

—¿Y ese «destino», es...?

—¿Hm? Mediterráneo —musita Denemethy, inmersa de nuevo en sus mensajes de texto.

A Hopes se le ilumina la cara.

—La calle Mediterráneo. Eso está en Mataró, al lado de mi casa.

Denemethy sonríe.

—La calle, no. El *mar* Mediterráneo.



## NECESITARÁ UN COCHE DISCRETO

Al callejón trasero de Jefatura lo llaman «el tragaparasaguas». Aquí atrás el viento y la lluvia forman remolinos tan feroces que uno nunca sabe de dónde va a venir el siguiente latigazo. Abrir el paraguas sólo sirve para acabar sujetando un ramo de varillas descoyuntadas.

Héctor Zervas se sabe la copla, de modo que se contenta con subirse el cuello de la gabardina. Tampoco es que sirva de mucho. Goterones se filtran por su camisa en cuestión de segundos.

Aún así, sabe que debe sentirse afortunado. Espósito es un reptil que infla sus minutas con desvergüenza, pero es eficaz. Ha logrado que la charada termine en dos horas cortas. Por ahora puede irse a casa, a la espera de que lo cite el comité de ética de la policía. Su verdadero problema en las próximas horas es la alcaldesa Grimma, que en este momento estará deliberando con sus hienas si filtran la historia o no. Las simpatías entre Zervas y Umbría no son un secreto, y cualquier escándalo que salpique al millonario es música electoral para Grimma.

Maldice en voz alta mientras busca la aplicación de Uber. Sus reniegos van dirigidos a la alcaldesa, a Scarpa, a las puñeteras elecciones, a la lluvia, y a Munt; sí, en particular a Munt, a quien piensa despedir mañana mismo. También a su esposa Danaris, a quien no logra localizar. Once llamadas perdidas y cinco mensajes, y silencio total. En su nuca, el sudor se mezcla con la lluvia helada.

—Director Zervas.

Un hombre se acerca encogido. Su abrigo colea en el vendaval caprichoso.

—Me envía Espósito. Dice que necesitará un coche discreto.

Señala una berlina con lunas tintadas, y Zervas da gracias al cielo por Espósito. Sigue siendo un alacrán con honorarios obscenos, pero tiene sus momentos.

—¿Un mal día, señor? —dice el conductor cuando dejan atrás el edificio de Jefatura.

Zervas se hunde en el asiento, sin molestarse en contestar. ¿Por dónde empezar, de todos modos? La locura se ha apoderado de su mundo. Umbría acaba de anunciar una cacería humana en la ciudad que él, Zervas, debe proteger. La visita de Carla Munt a Tremp se ha saldado con Scarpa asesinada, un hospital penitenciario en llamas y el derrumbe —¡por C4!— de un sistema de cuevas subterráneas que ha sacudido hasta los empastes de los monjes del monasterio de Montserrat. Y su mujer está ilocalizable.

Zervas está tan agotado, tan pasado de vueltas que tarda diez minutos en caer en la cuenta de que la ruta que siguen no es la que lleva a su casa.

Está a punto de preguntar, cuando el conductor se quita la gorra y su pelo largo, lacio y grasiento cae sobre su nuca. El hombre se ajusta unas gafas doradas, de marco finísimo, y las miradas de ambos se encuentran en el retrovisor. Uno de ellos sonríe.



## ¿CUÁL ES TU HISTORIA?

En verdad, el interior del helicóptero no se parece en nada a la ruidosa lata ovoide que Carla recuerda de El Equipo A. Este es confortable como una sala VIP del aeropuerto de Barajas (Carla sabe de lo que habla, una vez le tocó un *upgrade* en Iberia y aprovechó para ver una por dentro y ponerse morada a almendras).

El trasto, además, es sorprendentemente silencioso; algo así como un bar lleno de gente. Aún así, Denemethy ha insistido en que los tres lleven cascos con micrófonos. *No permito que mis invitados fuercen la voz*, ha dicho. Un detalle de perfecta anfitriona que ha hecho las delicias de Tim Hopes. El hombre lleva un rato jugando con la visera solar, cantando «Take My Breath Away» cada vez que la deja caer.

Carla calcula que deben estar sobrevolando Albacete cuando en sus oídos se hace el vacío. La voz de Hopes desaparece y la de Denemethy suena ahora poderosa, bruñida, casi radiofónica.

—Una decisión valiente, Munt. Estúpida, dirían algunos. Pero valiente.

Carla se encoge de hombros.

—Te ayude o no, Zervas me echará mañana —dice sin pizca de autocompasión—. Me quedan doce horas de placa. Mejor las empleo en evitar un asesinato que emborracharme en casa.

—Admirable. ¿Y después?

Carla, qué duda cabe, no ha dedicado ni un segundo a pensar en eso. Lo hará cuando entregue su placa.

—Encontraré otra cosa —responde. Y añade para sí misma: *Eso es, chica, tú repítetelo hasta que te te lo creas.*

—Por lo que leo aquí —dice Denemethy pasando páginas en su tableta—, no te será fácil. Lefebvre acaba de enviármelo. No tienes familia y tu móvil tiene exactamente cinco contactos: un fontanero, una empresa de mudanzas y tres restaurantes de comida para llevar. No tienes ni un amigo. Y tus ahorros... déjame ver... te mantendrán a flote dos meses, si llega.

Carla lanza una mirada alarmada a Hopes, pero el hombre parece muy concentrado en sobar el asiento, memorizando el tacto del cuero.

—No puede oírnos —dice Denemethy—. En este canal sólo estamos tú y yo.

—Tú, yo, y mi dossier lleno de información privada —dice Carla con resquemor.

—«Privada» es una palabra *tan* ambigua...

—No. No lo es en absoluto.

Ahora es Denemethy quien se encoge de hombros.

—Sólo quería saber con quién trabajo. Ya he borrado todos los archivos. Bueno, todos menos uno.

Gira la tableta y Carla lee un viejo titular de veintidós años atrás: «Guarda de seguridad muere durante el atraco al banco Cobbold». De pronto tiene dificultades para tragar saliva.

—Queda una hora de vuelo y admito que empiezo a sentir curiosidad —dice Denemethy apoltronándose en el asiento—. Así que cuéntame, agente Munt... ¿cuál es tu historia?



## LA REINA DE LA PISTA

*Veintidós años antes*

Eran días de bollicaos y frigopies. De *Elige tu propia aventura* y *Los tres investigadores* (los del señor gordo con el labio caído en la portada). Días sin móvil.

La niña tenía nueve años y llevaba medio recreo como reina de la pista de «frontortazo». El juego recordaba al *squash* —aunque ninguno de los niños lo sabía, porque en aquel distrito ni había ni iba a haber jamás una pista de *squash*—, pero se jugaba contra la pared de ladrillo del colegio, con una pelota de goma del todo a cien y sin raquetas. A manubrio. Y aún así la niña ya había eliminado a tres contrincantes, dos de ellos chicos; que aquello una liga mixta. Por necesidad, pues aquel era el único muro practicable. El precio de jugar con los chicos era algún que otro pelotazo malintencionado, sobre todo cuando, como hoy, tenía un buen día y se eternizaba como reina de la pista; un precio aceptable a cambio de ahorrarse el tedio de saltar a la comba.

Aquel día su racha no la interrumpió una derrota ni la sirena del recreo; lo hizo la directora del colegio, gesticulando para que se acercara.

Obedeció, haciendo un inventario mental de trastadas recientes por las que la directora podía querer abroncarla; no encontró gran cosa.

Y efectivamente, no le esperaba ningún rapapolvo. Lo que esperaba en el despacho de la directora era un hombre que la niña no había visto en su vida. Un tipo vestido de oficina pero con un impermeable de la policía, que tenía cara como de desear estar en cualquier otra parte. Y allí los dejó, la directora. Mirada compungida a tope, pero a mí no me pagan por esto.

Al tipo al parecer sí que le pagaban por aquello, y empezó a hablar de un atraco. Con armas, de las que disparan de la verdad, de las que pueden matar. Armas en manos de gente mala. Con semejante introducción, para cuando el hombre mencionó la palabra «banco» la niña ya sabía cómo terminaba la película. Con el guarda de seguridad bajo una sábana y su hija, que ya era huérfana de madre, solipandis.

A pesar de todo, la niña no se derrumbó. Incluso a ella le sorprendió este hecho. Estaba paralizada, sí, pero atenta a cada palabra. Sabía, instintivamente, que habría tiempo de llorar luego. Ahora necesitaba escuchar con atención. Por si estaba entendiendo mal todo aquello; no fuera a ser.

De modo que ahí estaban, la niña estoica y el adulto descompuesto. Si alguien parecía necesitar un abrazo era este último, que no paraba de mesarse el poco pelo que le quedaba.

En aquel despacho, antes de que sonara la campana del recreo, la niña aprendió el significado de la palabra «absurdo». El hombre no dejaba de repetirla y la niña tuvo que preguntar qué

quería decir, porque ella creía que significaba algo así como «que daba mucha risa». Resultó que no.

La niña escuchó y escuchó, y grabó cada palabra en su memoria. Al parecer ni siquiera había sido un acto heroico. Los clientes, los empleados y el guarda de seguridad —los buenos— estaban tirados en el suelo, dejando hacer a los atracadores —los malos—. Los atracadores cogieron lo que habían ido a robar. Estaban yéndose. Nadie se explicaba por qué, entonces, para qué... Uno de ellos simplemente volvió sobre sus pasos, como si acabara de recordar algo, y...

El padre de la niña murió bocabajo, sobre una moqueta color gris pardo, junto a una monstera de plástico.

Y en los años que vendrían ni la investigación de la fiscalía —somera— ni la de su hija —exhaustiva y obsesiva— lograron explicar el por qué. Ni el para qué.

—¿Tienes familia, Clara? —había dicho el hombre gris.

—Carla.

—Eso, perdón. ¿Tienes?

La niña dijo que no, que ella supiera. No había abuelos, ni tíos ni primos; eran sólo ellos dos en nochebuena o nochevieja (en realidad ni eso, porque su padre solía pasarlas trabajando, que a los seguratas esas noches les pagaban el triple). Y su madre había muerto hacía años, cuando ella era pequeñita.

La niña vio cómo los hombros del hombre se hundían y su rostro palidecía. Su voz sonó medio estrangulada.

—Jesús, mi niña. Cuando llueve, diluvia.



## BIENVENIDA A INFINITE SOUL

Por un instante fugaz, Carla está tentada de compartir todo eso —el atraco, los disparos, las incontables casas de acogida, los trabajos de mierda para pagar la academia de preparación de la oposición a policía. Pero no puede. Al lugar donde todo eso está enterrado, donde tuvo que meterlo para poder ser una adulta funcional, ya no llega ni ella.

De modo que rebusca en su saco imaginario de medias verdades y saca una al azar.

—Encontré el caso durante mi aplicación a Análisis de Conducta. Los candidatos tienen que trabajar en un caso sin resolver, y yo elegí ese. Por lo demás, mi vida es sencilla: trabajo, hago ejercicio, duermo. Siete días por semana.

Denemethy la mira con cierta decepción.

—¿Y para divertirme...?

Carla tiene que pensar la respuesta.

—Escucho podcasts. A veces pido una pizza barbacoa.

—La alegría de la huerta, vaya.

Carla decide que es hora de reconducir la conversación, ahora que todo lo que ve por la ventanilla son los reflejos de la luna en millas de agua.

—¿Cuál es el plan, Denemethy? ¿Un chapuzón en el mar?

—Bueno, eso nunca hizo mal a nadie. Pero me temo que no va a haber tiempo. Tenemos una cita con un contacto que posee información crucial.

—¿En concreto?

—Es la única persona que sabe dónde están enterrados todos los secretos de tu amigo Héctor Zervas.

\* \* \*

Hay una Ibiza que aman los turistas y una Ibiza que aman los locales. La primera, bullanguera y estroboscópica, promete sudor instagramable. La segunda es sosegada y huele a jara y jazmín. Hay dos mundos contenidos en una isla de cuarenta kilómetros de longitud.

El Cueva Marina está fondeado al norte de la isla —la zona tranquila—, y Lefebvre y un joven con coleta esperan junto al helipuerto. El helicóptero aún no ha tocado tierra cuando Denemethy salta e intercambia unas palabras con Lefebvre, al que entrega las llaves del McLaren. Acto seguido desaparece en las profundidades del ascensor con destino, imagina Carla, a dormir un par de horas en una suite con sábanas de seda.

—Señor Hopes —grita Lefebvre, recortado contra el fulgor apagado del amanecer—, Bryan

le acompañará. Le esperan abajo para hacer el retrato.

—¿Retrato?

—El retrato robot del hombre que atacó el hospital penitenciario. Cuando lo termine, el helicóptero le llevará de vuelta a Madrid. Una vez allí, usted va directamente a la policía y les dice lo siguiente: que siguió a Denemethy y Munt bajo falsos pretextos. A usted lo engañaron. En cuanto se entera de que son fugitivas se desata una pelea, lo dejan ir y lo mandan de vuelta a Madrid. También entregará a la policía la... en fin, lo que hay en el maletero.

Hopes lo mira abrumado por la lista de tareas y la mezcla de tiempos verbales.

—Ah —añade Lefebvre—, y voy a necesitar su móvil.

Eso Hopes no lo ve tan claro.

—Pero es que es nuevo.

Lefebvre hace tintinear las llaves del McLaren, que reflejan los primeros rayos del alba Balear.

—También lo es el McLaren. Y es suyo a cambio del teléfono.

Hopes por poco tira el móvil por la borda de la prisa que se da en quitarle la contraseña, mandar un audio apresurado a su madre y borrar un par de fotos de «un amigo de un amigo que se equivocó al enviarlas».

Despachado Hopes, Lefebvre abre el ascensor.

—Y ahora, agente Munt, si es tan amable... Voy a darle un tour por el Cueva Marina.

Carla, que es inmune al brilli-brilli de la pasta gastada a paladas en gilipolleces, tuerce el gesto mientras descienden.

—Oiga, Lefebvre, estoy segura de que el yate es magnífico, pero yo estoy aquí para ver a cierto contacto que al parec...

—Nuestro contacto está en camino —interrumpe Lefebvre—. Y el hecho de que a usted le traigan sin cuidado los yates es precisamente la razón por la que Tessa quiere que vea este.

Con toda la cortesía que le permiten un estómago vacío, un severo déficit de cafeína y un codo ensangrentado, Carla abre la boca para preguntar que qué cojones significa eso.

Pero entonces el ascensor se abre y se queda muda, clavada en el sitio.

Y Lefebvre, el inmutable, se permite otra de sus raras sonrisas.

—Bienvenida a Infinite Soul.



## ESCALAS DE GRISES

Carla tarda en reaccionar. Lo que se extiende ante ella no es una embarcación de recreo; ni siquiera es una oficina.

Es un centro de rastreo que le sacaría los colores a las mejores instalaciones de Interpol. Las paredes están empapeladas con pantallas, y hay más colgando del techo. En los escritorios, más de una docena de personas teclean furiosamente, parapetados tras más ristras de monitores.

Una pared en concreto dispara la incredulidad de Carla.

—Eso son...

—Tenemos acceso a la información de seis satélites, sí —dice Lefebvre—. Resultan muy útiles. Esos dos son nuestros, ese otro nos lo cede el servicio metereológico Belga. Total, allí siempre llueve. Podemos maniobrarlos y situarlos donde los necesitamos. Esos tres, sin embargo, no podemos moverlos a nuestro antojo.

—¿Por qué no?

—No son técnicamente nuestros.

La mente cansada de Carla tarda un segundo en engranar.

—¿Hackeáis satélites?

—Operamos en escalas de grises, sí —confirma Lefebvre mientras abre una puerta.

—Esto puede significar muchas cosas.

—Jamás nada violento, se lo aseguro. Esa es una línea que ninguno de nuestros diecisiete empleados cruzaría para completar el trabajo. Por aquí, por favor.

El camarote es angosto e impersonal. Si no fuera por el escritorio abarrotado de papeles y la esquina de una sábana asomando como queso derretido bajo el sofá cama, Carla lo habría dado por desocupado.

Curiosamente, se siente a gusto en aquel vacío. Le recuerda a su propio piso, con sus cuarenta metros cuadrados de paredes desnudas y superficies desiertas (un triste paisaje, sí, pero todo el piso se lo limpia en doce minutos).

Aquel camarote, igual que su apartamento, es el alojamiento de alguien. Alguien que se ducha en el minúsculo cuarto de baño, apenas una pera de ducha sobre un inodoro. Alguien que elige mantener las paredes tristemente desnudas. ¿Es una mera habitación de invitados? ¿O está en la celda espartana de un fraile marino?

—¿Y qué es «el trabajo», exactamente?

Por toda respuesta, Lefebvre pone un estuche blanco entre ellos.

—¿Me permite su brazo? Mi hermana dice que está herida. Y yo soy, entre otras cosas, el médico de a bordo.

Tras un momento de duda, Carla se quita el jersey. Dios sabe que necesita limpiarse el

desaguisado del codo, que lleva horas en carne viva y ardiendo.

—Gracias —dice mientras Lefebvre empieza a desinfectar—. Pero no ha respondido a mi preg.... Un momento. ¿Hermana?

Lefebvre asiente sin levantar la vista.

—No biológicos. Pero ambos crecimos en los mismos orfanatos y el contacto, ya ve, te lleva a ciertos sentimentalismos. ¿Conoce el concepto de niños boomerang?

Carla niega con la cabeza.

—Acoges al niño unos meses para cobrar el subsidio y luego lo devuelves. Cobras el cheque, matas al niño de hambre, devuelves la mercancía. A decir verdad, los orfanatos no eran mucho mejores. Los llamaban «cementorios» porque los catres tenían separadores de madera. Compartir ataúdes diminutos une, supongo. Al menos allí dentro Tessa y yo nos teníamos el uno al otro para calmar nuestros terrores nocturnos.

—¿Así que nada de ponis llamados Estrella Fugaz?

Lefebvre sonríe apenado.

—Cada uno protege su cordura como puede. Tessa usa máscaras sobre máscaras. Nadie puede llegar a la verdadera Denemethy.

—¿Y qué hace la verdadera Denemethy con seis satélites y un comando de hackers?

—Eso ya lo ha adivinado usted, por supuesto. Buscamos a la Frecuencia.

Carla lo había adivinado, es verdad. Pero sigue sin saber qué hacer con la información.

—¿Y la han encontrado?

—Retazos. Siguiendo el rastro del dinero, descubrimos que todos los caminos llevan a Umbría. Él la financió. También sabemos que al frente hay una persona, de identidad desconocida, que se hace llamar Ragaknos. Umbría le encargó reclutar y entrenar a los sicarios.

—¿De modo que la Frecuencia trabaja para Umbría?

—Trabajaba. Nuestra información es dispersa, pero sabemos que Ragaknos opera por libre desde hace dos años. Ofrece sus servicios a todas aquellas fortunas que tengan un quiste que extirpar. Umbría creó un monstruo que no pudo controlar. Ragaknos, ya ve, terminó rebelándose contra su creador.

En la cabeza de Carla las piezas comienzan a encajar.

—Hace dos años Umbría empezó a rodearse de mercenarios —dice—. ¿Cómo de peligroso es ese Ragaknos para que alguien como Umbría lo tema?

—Mi hermana tiene razón, hace usted las preguntas correctas —dice Lefebvre mientras remata el vendaje—. La cosa es aún más preocupante. Los matones de Umbría son sólo la punta del iceberg. Nadie sabe esto, pero lleva seis meses haciendo acopio de armas y vehículos de combate en los sótanos de su torre.

Carla siente un escalofrío en la nuca.

—¿Se prepara para una guerra?

—Eso creemos.

—¿E Infinite Soul está tratando de evitarla?

—A decir verdad, ahora mismo estamos tratando de entenderla. No estamos seguros de que pueda ser evitada.

Carla se reclina en el sofá mientras Lefebvre guarda su instrumental.

—¿Por qué me cuenta todo esto?

—Mi hermana confía en usted, y eso no pasa a menudo. Sólo sé de diecisiete casos.

La coincidencia numérica no se le pasa por alto a Carla.

—No voy a mentirle —continúa Lefebvre—, es un extraño modo de vida. Esto que ve es

nuestro hogar. Incluido el de Tessa, que vive aquí.

—Déjeme adivinar. ¿Dúplex con piscina en la cubierta superior?

Lefebvre parece sorprendido.

—No me ha entendido, agente Munt. Tessa vive aquí, en este camarote. Está usted sentada en su cama.

Carla está tentada de echarse a reír, pero los ojos del hombre sólo devuelven sinceridad imposible. Y Carla comprende que ha leído mal la estancia. La asepsia del conjunto no habla de transitoriedad, sino de soledad sin melodramas, voluntariamente abrazada. Del hogar que no está entre cuatro paredes, sino en la entrega a una tarea.

Hay una lógica invisible en aquel yermo, y es la negación de detalles sobre su propietario. Máscaras sobre máscaras, hasta que terminas durmiendo en una.

Según Lefebvre, nadie puede llegar a la verdadera Denemethy. Pues bien, Carla se pregunta si la propia Denemethy no se habrá perdido en su juego de espejos.

—Después de crecer en pequeños ataúdes, ni mi hermana ni yo nos sentimos particularmente atraídos por los espacios amplios.

Carla roza la sábana que sobresale del sofá como una lengua. Sin saber muy bien por qué, pregunta:

—Los terrores nocturnos, ¿siguen ahí?

—Muchas noches —responde Lefebvre pasados unos segundos—. Cuando llegan es mejor no intentar dormir. Yo suelo usar la piscina. Tessa ha encontrado otras... actividades terapéuticas nocturnas.

El rumor de una lancha aproximándose se cuela por la claraboya abierta.

—¡Ah, excelente! Aquí llega nuestro contacto.



## ¿PUEDES SALIR CORRIENDO?

Ha amanecido cuando salen a la cubierta exterior. El sol flota pálido y amorfo, como si la atmósfera fueran bloques de vidrio ondulado. Es una luz que ilumina pero no calienta, y Carla siente una brisa fría y racheada reptando bajo su jersey.

También siente una vibración en su bolsillo. Sorprendida, se rezaga para comprobar que, contra todo pronóstico, su teléfono móvil se ha secado y vuelto a la vida.

La pantalla, convertida en un grumo tumefacto, sólo muestra la mitad del nombre de quien llama.

Quizás lo más sensato, piensa, sea tirar el teléfono al agua, ahora que vuelve a ver rastreable. Y sin embargo algo le dice que el bueno de Bermellón no dará la orden de triangular hasta comprender la situación.

—No tengo mucho tiempo, Santi —dice escondiéndose tras una pérgola.

—¿Dónde demonios estás? Carla, aquí se ha desatado el armageddon y el diluvio universal. Todo a la vez. Te llamo para avisarte, Interpol tiene el control. Y estáis en lo alto de su lista.

La voz de Bermellón es un susurro alterado, y Carla puede imaginárselo encogido en un cubículo del baño de hombres.

—¿Zervas le ha dado el control a Interpol?

—Zervas ha desaparecido, maldita sea. Creen que ha huido. Y no te pierdas esto, su mujer también se ha esfumado. Somos un pollo sin cabeza y Denemethy tiene triple nacionalidad y casas en medio mundo, así que para Interpol la patata caliente. Y hablando de la reina de Roma, ¿estás con ella?

—Sabes que sí.

—¿Puedes salir corriendo?

Carla mira el trecho de mar que la separa de la costa.

—Difícil.

—Pues encuentra el modo, porque tu prima acaba de convertirse en la fugitiva más buscada de Europa.

—Venga, Santi, esa llamada a Zervas es un camelo, lo sabes tan bien como yo.

—¿Quién habla de ninguna llamada? —el susurro de Bermellón es cada vez más apremiante—. Te acabo de mandar algo. Cuando lo veas, *corre*.

El móvil vibra con la llegada de un archivo de vídeo, y Carla aprieta el botón de reproducción.

—¿Recuerdas las cámaras extra que Zervas hizo instalar después de su excursión a Tremp? —radia Bermellón—. Nadie sabía que estaban allí, excepto él y dos técnicos de Jefatura.

La imagen muestra la fachada sur del Museo del Prado, donde una figura se acerca con paso

furtivo a una puerta de emergencia. Por el resquicio de luz, Carla comprende que la han dejado entornada para ella.

—La fecha y hora, ¿son correctos? —susurra.

—¿Tú qué crees?

Carla traga saliva. Es la noche del asesinato. Alrededor de la hora estimada del crimen. La puerta permanece abierta un instante, pero es suficiente para que el resplandor ilumine el rostro de la intrusa. Carla suelta una retahíla de maldiciones.

—Exacto —conviene Bermellón—. Millonetis entrando a escondidas en el museo media hora antes del asesinato. Yo correría, Carla, porque Interpol está a punto de enviar la caballería.

*Correr, mis cojones*, piensa Carla con su pecho convertido en el campanario de la catedral de Toledo. Lo que hace es cruzar la cubierta como un rinoceronte furioso, su Heckler & Koch de nueve milímetros apuntada directamente al pecho de su anfitriona.

Denemethy, Lefebvre y el tal Bryan, que están vigilando la maniobra de amarre de la lancha motora, levantan la vista. No hay sobresaltos ni gritos; sólo un estremecimiento y, en el caso de Denemethy, una mirada perpleja.

—¿Quieres el libro de reclamaciones?

El tal Bryan debe sentir que es su día de suerte, porque se separa unos pasos de su jefa. Carla puede leer sus intenciones como si fuera una lona en la Gran Vía. Lo sabe incluso antes de que lo sepa él. Y le deja hacer, porque Carla distingue una amenaza real de un karateka de martes por la tarde.

El tal Bryan salta sobre ella, pero aterriza sobre aire. Lo que sigue, más que verlo, el chaval lo siente. *Algo* engancha su nuca y lo lanza, impulsado por su propia inercia, contra la barra de la pérgola. Su cabeza rebota, convertido en un aspersor de sangre y mucosa, y ese mismo *algo* lo manda rodando de vuelta a los pies de Denemethy, que lo observa con una mezcla de preocupación y decepción.

Carla se acerca lo justo para que puedan ver la pantalla de su móvil.

—No me lo digas. ¿Las cámaras de Zervas? —dice Denemethy entornando los párpados.

—Estabas en el museo cuarenta minutos antes del asesinato. ¡Estabas allí!

—Eso no significa que matara a nadie.

—Cuéntale eso al juez, a ver qué tal te va.

—Me importa un carajo el juez. Yo quiero que me creas tú.

—Entonces adelante, sorpréndeme —dice Carla sin bajar el arma—. ¿Qué hacías anoche en el museo?

—Vino a verme a mí —dice una voz a su espalda.

Carla se gira y su cañón apunta a Damaris Faust, que termina de trepar la escalera envuelta en un chal rojo. Perfectamente serena, suelta su bolsa de deporte.

—Yo la cité. Para pedirle ayuda —dice Faust—. Y si consigue no apretar ese gatillo durante unos minutos, le demostraré que ni ella ni yo hemos asesinado a nadie.



## UNA TAREA INDIGNA

En la costa, bajo una pérgola de cañizo, un hombre mantiene sus binoculares clavados en el Cueva Marina. Su plato de huevos revueltos ha dejado de humear. A ninguno de los otros comensales desayunando en el chiringuito —un *gastro beach club*, según el membrete del menú — les extraña; siempre hay algún simple fascinado por los yates fondeados en la distancia.

Y no se equivocan; solo que a este hombre le interesa uno en particular.

Cuatro horas antes, tras completar su encargo de taxista, Rune había recibido los detalles de su próxima tarea. El helicóptero a su disposición no era tan veloz como el de la millonaria, pero eso no ha sido ningún problema. Ragaknos parece conocer la posición exacta de las dos mujeres en todo momento.

Y ahora, a través de sus binoculares, Rune asiste a una escena de lo más desconcertante. En la terraza de proa, la rata de biblioteca acaba de romperle la nariz a un miembro de la tripulación y apunta su arma hacia la ricachona y un hombre en silla de ruedas. Para completar el cuadro, una mujer cubierta con un chal rojo, cuyo rostro no puede ver, acaba de unirse a la fiesta.

Rune calcula que con el rifle adecuado podría terminar con aquellas entrometidas antes de que se le enfríe el café. Una pena que Ragaknos haya sido categórico al respecto: vigilar sin intervenir. Cero contacto.

Y uno no discute las órdenes de Ragaknos, claro. Rune ha visto de primera mano lo que les espera a aquellos hermanos que, ansiosos por probar su valía, muestran un «exceso de iniciativa». Fue en sus cuerpos donde Rune practicó las punzadas que luego usaría en Carlos Lubeck.

En el Cueva Marina llega el interludio. El grupo desaparece en el interior y Rune baja los binoculares, frustrado. «Vigilar sin intervenir». Valiente encargo. Una tarea indigna, de conserje. ¿Acaso no ha demostrado él que merece tareas más sustanciosas?

Abatido y sin apetito, remueve los huevos, armándose de paciencia para seguir vigilando. Como le han ordenado.



## NUESTRO CONTACTO

Las tres —Carla, Denemethy y Faust— se sientan en los sillones de un salón. Lefebvre se ha llevado a Bryan a la enfermería, a ver qué puede hacerse por esa nariz. El arma de Carla sigue bien visible sobre su regazo.

—¿Está casada, Munt? —pregunta Faust.

Carla niega con la cabeza.

—Es un momento extraño cuando, tras años de matrimonio, tienes que aceptar que el hombre con quien te has casado no es una buena persona y que no puedes confiar en él.

—A la mayoría nos bastan diez minutos con él para llegar a esa conclusión —dice Carla, gélida—. ¿Cómo conoció a Denemethy?

—Fue el verano pasado. Yo buscaba financiación para la exposición, y congeniamos. Pensé que había hecho una amiga, fui así de ingenua. Pero un día Denemethy mostró sus cartas: sabía que mi marido había acumulado pruebas suficientes para destruir a Octavio Umbría, y quería que yo se las entregara.

—¿Y lo hizo?

Faust esboza una sonrisa agotada. Escoge sus palabras con sumo cuidado.

—Muchas veces he estado a punto. Pero la situación es compleja, como imaginará. La «póliza de seguros» que mi marido tiene en su poder es una medida de último recurso. Si uno cae, ambos caen.

—Destrucción mutua garantizada.

—Precisamente. Por esa razón, durante un año me he resistido a contactar con Denemethy. Pero hace cuatro días...

La frase queda flotando sobre ellas, inconclusa como una tortilla de patata sin cebolla.

—¿Sí?

—Hace cuatro días sucedió algo. Y decidí hacer la llamada.



## CORREO MATINAL

*Cuatro días antes*

La cafetera de cápsulas vibra como si quisiera tunelar la encimera. Incluso los vecinos pueden oírla a través de la pared que une el pareado. Damaris Faust lo sabe porque ella escucha la de los vecinos.

Despacha el café acompañado de media tostada, dos orfidales y un chupito de jengibre concentrado que su nutricionista asegura que es pura vida. Cuatro semanas lleva lijándose la glotis con aquel brebaje, y el único cambio que ha experimentado son unas ganas locas de cambiar de nutricionista.

Lo que sí funciona, lo que sí es un chute instantáneo de energía, son los titulares de los diarios. La expectación por la exposición es inaudita. Internet está empapelado de banners y las entradas están volando.

Faust se siente como si acabara de esprintar una maratón. Han sido dos años de lucha continua: con los herederos, con Umbría, con el idiota de Lubeck —cómo semejante ameba llega a dirigir el mayor museo del país, es un misterio insondable—; pasando el platillo hasta cerrar la financiación, resolviendo el puzzle logístico de los envíos y custodia de piezas de tamaño ala-pívol.

Pero lo ha logrado, y ahora necesita unas vacaciones. Con urgencia. Sola. En algún lugar donde no llueva, por el amor de Dios.

La cafetera está expulsando el segundo café cuando un golpe metálico retumba en el pasillo.

Las otras casas de la calle tienen buzones normales. Pero no la de los Zervas-Faust. Los anteriores propietarios, una pareja de británicos nostálgicos, habían preferido empotrar un burlete en la puerta principal, de modo que las cartas cayeran directamente al recibidor. Muy *british*, pero en la práctica sólo significa sobresaltos continuos cuando cada factura, cada carta de la comunidad, cada menú de comida rápida lo anuncia el repique de una chapa de metal. En diez años, ni Faust ni su marido han encontrado tiempo para poner un buzón de verdad.

Estira el cuello por la ventana, pero sólo ve un poncho verdoso alejándose a paso ligero.

Por un momento, sospecha que se han equivocado de puerta. El sobre es inusualmente elegante, decorado con un minucioso patrón de rosales espinosos; y en aquel domicilio de ambición y practicidad, hace muchos años que no entra nada bello.

El anverso, sin embargo, despeja cualquier duda: «Zervas-Faust». Lo abre con cuidado, ayudándose de un cuchillo. Detecta un soplo de jazmín al extraer la cuartilla.

Como experta en arte contemporáneo, Faust sabe que lo bello sólo es interesante si esconde un misterio; o mejor aún, un horror.

Por el momento hay misterio, porque la nota le parece indescifrable:

La tierra se abre,  
el amanecer llega.  
Que nadie duerma.  
*La Frecuencia.*

Sin que pueda explicar por qué, le sobreviene un presentimiento aciago. Lo suficientemente intenso como para tirar una foto apresurada de la cuartilla antes de que marido baje las escaleras y entre en la cocina.

—Esto es extraño —dice Faust, pues hace años que dispensaron de cortesías como darse los buenos días—. Acaban de dejarlo en el buzón.

Después del misterio, llega el horror. Faust lo distingue en los ojos aterrados de su marido, en su rostro lívido, en su mano temblorosa.

A partir de aquí todo se precipita.

Zervas desaparece escaleras arriba sin una palabra, dejando a su esposa a solas con sus preguntas y el estrépito lejano de un armario siendo saqueado.

Ahora Zervas está de vuelta con una pequeña maleta. Faust la mira con pasmo, pues no sabía que en la casa hubiera más armas que la reglamentaria de su marido.

—En tu bolso —ordena Zervas—. A todas horas. Si necesitas usarla, sabes cómo.

Años atrás, Zervas había insistido en clases de tiro. Por si «las cosas» se complicaban. Qué cosas, nunca especificó. Pero al parecer el momento había llegado.

—Haz una maleta y métela en el coche. Por si acaso.

—¿Por si acaso qué? —boquea Faust, aún confundida por el peso del arma.

Siempre lo ha sabido, claro. Que en aquella ciudad malherida uno no llega a lo más alto sin dejarse el alma por el camino. El acuerdo tácito entre ambos, jamás verbalizado, es que ella no necesita conocer los detalles.

—¡Héctor! ¿Por si acaso qué?

Pero Zervas no tiene intención de responder. Hace años que dispensaron de cordialidades como escucharse o darse explicaciones. Toda la respuesta que Faust recibe es un portazo sellado por el aldabonazo del maldito burlete.

Observa a su marido desaparecer bajo la lluvia, protegiendo la carta mientras habla por teléfono.

Y así, en la cocina sólo quedan ella y el peso de una Sig Sauer cargada que no se decide ni a soltar ni a mirar. Ella y los crujidos de un armario mal cerrado en el piso superior. Ella y los perdigonazos de la lluvia contra el cristal. Cada ruido un sobresalto, cada sobresalto un paso más cerca de apretar el gatillo por error.

Faust tiene que admitir que la escena lo tiene todo: belleza, misterio, horror; como en las obras de arte que le gustan.

Y sabe que ha llegado el momento de llamar a Tessa Denementy.



## DESTRUCCIÓN MUTUA GARANTIZADA

—Así que hice la llamada —termina Faust.

Ha dejado su teléfono móvil sobre la mesa, y Carla y Denemethy estudian la fotografía del misterioso mensaje.

—¿Por qué hacer una foto? —pregunta Carla.

Faust se encoge de hombros.

—Ya se lo he dicho, tuve un mal presentimiento.

—Si no confía en su marido, ¿por qué no divorciarse?

—Ojalá fuera tan sencillo. Pero el equilibrio entre Umbría y mi marido es frágil. Si yo, con lo que sé, dejara a Héctor y fuera por libre, entonces Umbría... En fin, los cementerios de Madrid están llenos de optimistas que decidieron ir por libre.

Carla lo intenta, pero no logra sentir ninguna lástima por la mujer que acaba de admitir que el único cimiento de su matrimonio es el miedo a Octavio Umbría.

—¿Dónde está su marido ahora mismo, Faust?

—No lo sé. ¿Por qué?

—Ha desaparecido.

Más que el temor, lo que ensombrece el rostro de Faust es la resignación.

—Hábleme de ese «equilibrio» —dice Carla.

—Yo puedo ayudar con eso —dice Denemethy—. Existe un dossier. Zervas lo ha compilado durante años.

—¿Qué contiene?

—No lo sabemos con certeza. Pero es suficiente para hundir a Umbría.

—¿Cómo puedes estar segura, si no sabes lo que contiene?

—Mi operativo de vigilancia grabó una conversación entre Zervas y su abogado. En ella, Zervas deja claro que...

—Espera, espera. ¿Operativo de vigilancia? ¿Vigilancia legal, de la que sanciona un juez? —pregunta Carla, a pesar de conocer la respuesta.

—A ver, la palabra «legal» es muy ambigua...

Carla suspira.

—Para nada. Pero continúa.

—En la grabación, Zervas habla del dossier y dice que está en manos de «la única persona a quien confiaría mi vida». —Señala a Faust como un mercader mostrando la mercancía—. Llevo meses intentando persuadirla de que me lo entregue. Y hace unos días por fin llamó. Nos encontramos anoche en el museo y acordamos vernos en cuanto pasara el furor de la inauguración.

Faust asiente.

—No sé qué es esa Frecuencia, pero bastaron doce palabras para aterrorizar a Héctor. Y les aseguro que eso no es algo sencillo.

—¿Qué evidencia tiene Umbría contra él, cómo lo controla?

—No lo sé exactamente. Sólo sé que está relacionado con un atraco a un banco que terminó en tragedia, hace más de veinte años. El escándalo le costó el puesto al anterior Director Adjunto Operativo.

Carla siente que una corriente helada recorre la sala. De repente el barco —¿o quizás es su cabeza?— oscila peligrosamente.

—¿El atraco al banco Cobbold? —dice con un hilo de voz.

Faust la mira sorprendida.

—Pensé que nadie recordaba aquello.

—Bueno —dice Denemethy con su mirada calculadora clavada en Carla—, es difícil olvidar el día en que te dejan huérfana.

En el rostro de Faust, el poco color que quedaba huye despavorido. Es la reacción de alguien enfrentado a los espectros que han venido a ajustar cuentas.

—¿Eres... la hija? —logra balbucear.

Viendo a Faust en el punto óptimo de cocción, Denemethy pasa al ataque.

—Mucha gente está en peligro, Faust. Necesitamos ese dossier. ¿Nos lo darás?

Faust sale de su estupor con una risa vacía.

—¿De verdad crees que lo tengo yo? ¿Que soy yo a quien confiaría su vida? ¿Cuando apenas hemos cruzado diez palabras este año? ¿Yo, que ya no soy ni su amante, ni su amiga, ni su familia? —otro espasmo de risa gutural—. Pero tranquila, sé quién lo tiene.

En la mente de Carla toma forma una idea.

¿A quién confía uno su vida? A la familia. Aquella en la que naces o la que te buscas, pero familia. Y en el caso de Héctor Zervas, la única que le queda cogió un vuelo muchos años atrás para ingresar en el monacato ortodoxo griego. Ahora vive en un monasterio levantado, Dios sabe cómo, sobre un gigantesco monolito de paredes verticales, a quinientos metros sobre la llanura de Tesalia. Su hogar es parte de un conjunto de monasterios imposibles cuyo nombre en griego, acertadísimo, significa literalmente «Monasterios suspendidos del cielo».



## RUTA DESPEJADA

Dos moscas revolotean sobre el plato, más interesadas que Rune en los huevos revueltos. A continuación llega el camarero a intentar colocarle un cóctel mañanero. Y por fin, en forma de escueto SMS, llegan sus nuevas instrucciones.

A Rune lo invade una oleada de excitación. Se arrepiente al momento de haber dudado de la confianza de Ragaknos. Aquello sí es una misión a la altura de sus habilidades.

La Frecuencia ha averiguado la localización de documentos que pueden tumbar a su enemigo. Y Rune debe recuperarlos. Para su regocijo, el mensaje termina con las palabras «Ruta despejada». En el lenguaje de la Frecuencia, significa que la misión es tan crítica que cualquier baja queda autorizada.

Sonríe al releer la localización. Hay belleza semántica en todo aquello. ¿Qué mejor lugar que aquel para consolidar su meteórica ascensión en el escalafón de la Frecuencia? Regresará victorioso y Ragaknos lo honrará con la responsabilidad que ansía: liderar a sus hermanos en la inminente guerra.

Antes de encaminarse al aeródromo donde espera el avión de Ragaknos, decide que puede dedicar unos minutos a desayunar. Después de todo, va a necesitar energía. Hay documentos vitales que recuperar. Y seguramente —piensa masticando con deleite—, gente que matar.



## UN AMIGO LEAL

—¿Es verdad? —ladra Octavio Umbría—. ¿Tenemos una coincidencia?

Irrumpe en el piso de los informáticos como un rey en las cocinas. El mensaje de Morlino le ha llegado treinta segundos antes, y Umbría sencillamente ha abandonado su despacho, dejando a un periodista del diario *Veracidad* con una pregunta en la boca y media entrevista por hacer.

—Noventa y cinco por ciento de confianza —dice Morlino, ufana.

El grupo se abre para dejar paso al jefe. Dos fotografías comparten la pantalla: una es la del Quebrantahuesos, reconstruida gracias a la pericia de los informáticos; la segunda procede de la hemeroteca.

No hay duda, es la misma persona. Una sonrisa voraz se pinta en el rostro picado de Umbría.

—Buenas días, Quebrantahuesos.

Sucede poco, pero esa es una de las contadas ocasiones en la vida de Octavio Umbría en las que la realidad supera todas sus expectativas.

—Hacedlo público —ordena.

Regresa a su despacho maravillándose ante la perfección de la jugada. Justo cuando empieza a hartarse de las insolencias de Zervas, le llega este regalo.

Zervas es historia, pero no serán las maquinaciones de Umbría las que lo hagan caer. Será el clamor popular. Y cuando todos le hayan dado la espalda, allí estará Umbría; el amigo leal, el paracaídas dorado. Aparcará a Zervas en alguna empresa subsidiaria, en un puesto tan insustancial como bien remunerado, y lo reemplazará por alguien más joven y dócil.

Umbría se siente pletórico. Al final va a ser verdad lo que decía su padre: que detrás de todo hombre de éxito hay una mujer con los huevos bien puestos.



## FUGITIVA INTERNACIONAL

En el aeródromo de Binisallem, a las afueras de Palma de Mallorca, el helicóptero Bell 525 gira sobre sí mismo como un toro saliendo de una verónica e inicia el descenso.

Carla puede ver, cruzado en la pista e incongruente entre avionetas con ruedas de vespino, el jet privado esperando con la escalerilla bajada, los reactores en marcha y —fantasea Carla— la cafetera encendida.

—Meteora es un complejo de monasterios erigidos en lo alto de formaciones rocosas en el norte de Grecia—dice la voz de Lefebvre en sus oídos.

Ambas llevan ahora móviles especialmente tuneados por los ingenieros de Infinite Soul; imposibles de triangular y conectados a diminutos pinganillos en su oído.

—Hay visitas guiadas todas las tardes —continúa Lefebvre—. Os he comprado entradas para el monasterio de Dimitrios Zervas.

Carla revisa las fotos mientras cruzan hasta el jet. Su estómago se encoge. El monasterio ocupa toda la cumbre del peñasco, sus muros fundiéndose con el corte limpio, casi vertical, de seiscientos metros de roca.

—Espero que al otro lado haya escaleras mecánicas —dice Denemethy, leyendo la mente de Carla.

En la foto, un monje está siendo izado en una red, como un atún recién pescado.

—¿Qué hay del retrato robot? —dice Denemethy.

—Casi listo. Os mantendré informadas en tiempo real.

Carla se detiene en seco ante la escalerilla. El brazo y el ceño muy fruncido de Denemethy le cierran el paso.

—¿Ahora qué? —dice Carla impaciente.

—Quiero que pienses con mucho cuidado tu próximo paso, Munt. Con Zervas desaparecido, puedes salvar tu carrera. Te basta con volver y decir que viniste a Ibiza persiguiéndome. Pero si subes a este avión... ¿entiendes en lo que te convertirás?

Carla no ha pensado en otra cosa durante el viaje en helicóptero.

—En una fugitiva internacional —dice.

—Y de eso no hay retorno.

En el fondo, Carla agradece la advertencia. Pero es demasiado orgullosa como para decirlo en voz alta. Además, hace ya un rato que ha tomado su decisión.

Con una zancada, se escurre escalerilla arriba.

—Lefebvre —vocea por encima de los reactores—, consigue un horario de la jornada monástica de esos tipos. Quiero saber a qué hora cenan, a qué hora rezan, a qué hora cultivan perros, a qué hora se limpian las pelotas.

—¿Jefa? —dice Lefebvre por si acaso, aunque ya se ha lanzado a teclear.

Denemethy se deja caer en una butaca y vuelve la cabeza. Reflejado en la ventanilla, a Carla le parece ver un atisbo de sonrisa.

—Ya sabes. Lo que diga Munt.



## UN PEQUEÑO SOUVENIR

—¿Me permite su entrada, señor?

En lo alto de la formación rocosa, el grupo de las 17:30 hace cola para la última visita del día a un monasterio que bien podía ser una parada del viaje de Chihiro.

Rune tiene que admitir que sólo por la vista ya merece la pena comerse la hora de escaleras. El sol ha iniciado su arco descendente y las masas rocosas vecinas, cortadas a hachazo limpio por titanes, extienden sus sombras kilométricas sobre la llanura boscosa.

Pero hay otras vistas, más mundanas, que requieren su atención: en concreto, la pareja que acaba de llegar a la carrera y se ha situado al final de la cola.

—Todo en orden —dice el taquillero—. Disfrute de la terraza pero por favor guarde silencio, a esta hora los monjes trabajan en el huerto. Su guía llegará enseguida.

Rune finge estudiar la terraza circular. Al otro lado de un murete, docena y media de hábitos negros respoplan, encorvados sobre matas de espinacas. Rune finge atarse una bota para echar otro vistazo a las recién llegadas.

No hay duda, son ellas.

Ahora que las ve de cerca, siente ganas de echarse a reír. ¿Esas dos son las que preocupan a Ragaknos? Rune conoce el tipo, y sabe que no presentan ninguna amenaza. La rica malgasta dinerales en entrenadores personales a cambio de la ilusión de aprender técnicas de defensa personal que sólo funcionan en las películas y en Instagram. La otra no es más que una rata de biblioteca. Letal redactando perfiles psicológicos, seguro; pero fuera de su cubículo no es una amenaza mayor que el gato que en ese momento persigue ratones entre las tomateras del huerto.

Rune sonríe, complacido. Esas dos no le darán ningún problema. Ni siquiera conocen su rostro. Neutralizarlas será un divertimento, su pequeño souvenir del viaje. Y el dossier será suyo.



## DESBANDADA

En el extremo de la terraza, Denemethy estira el cuello y mira hacia abajo. Al otro lado del pretil, el suelo desaparece.

Del acantilado cuelgan, aquí y allá, viejas redes medio podridas que en su día sirvieron para elevar monjes y mercancías. Hoy apenas son jirones y Denemethy ha leído que los monjes quieren quitarlas, pero a los visitantes les divierte fotografiarlas. Hashtag *monasticvintage*.

Hay un murmullo emocionado y el grupo corretea hasta el cable que, como una tirolina entre nubes, conecta dos de aquellos monasterios inverosímiles. El cajón que cuelga de él se balancea peligrosamente, operado a tirones por un sufrido monje aparentemente inmune al vértigo y a los flashazos. Los visitantes de las 17:30 no pueden pedir más: el tiempo se ha detenido y todo es deliciosamente anacrónico.

—¿Qué piensas? —susurra Denemethy.

—Que estoy en un rascacielos de Los Picapietra.

—Me refiero a nuestra vía de escape.

—Sólo veo una: bajar diez mil escalones al trote.

Denemethy vuelve a asomarse al vacío.

—¿Crees que los monjes tendrán paracaídas?

—Antes ruedo escaleras abajo —dice Carla—. Saltar en paracaídas es algo que no pienso hacer jamás. Yo no dejo mi vida en manos del viento y una sábana.

—En ese caso, centrémonos en encontrar a Dimitrios Zervas. Pensaremos más tarde en cómo salir de aquí.

El monasterio no tiene una planta discernible. Es un salvaje oeste de muros conectados entre sí en ángulos extraños hasta cubrir la gigantesca roca sobre la que se asientan. Como el terreno no es plano, los diferentes módulos tienen uno, dos o tres pisos, según haga falta. Miradores de madera desafían el acantilado, apuntalados por vigas carcomidas que protuberan de los muros como huesos rotos.

Mientras Clara inspecciona el terreno —las paredes desgastadas, las ventanas enrejadas, los tejados a dos aguas sin claraboyas—, Denemethy estudia el mensaje que acaba de recibir. No hay texto, sólo un rostro compuesto a retazos. Fibroso, con pómulos marcados y gafas redondas; casi cejijunto, con un párpado caído; y sobre todo con un pelo largo, lacio y escaso que a Denemethy le resulta siniestramente familiar.

Con un estremecimiento, escanea el grupo disperso por la terraza.

Y efectivamente, ahí está. Lleva gafas de sol, pero Denemethy no necesita verle los ojos para saber que está mirando al hombre que quemó el hospital penitenciario de Tremp.

A Carla le basta un vistazo por encima de su hombro para conectar los puntos. Todo su

cuerpo parece compactarse, dispuesta a pelear.

—¿Aún tienes tu arma? —susurra Denemethy.

Carla niega con la cabeza.

—Está inutilizada, la arruinó el agua de Montserrat.

Denemethy repasa mentalmente los acontecimientos de las últimas horas.

—¿O sea, que en las últimas horas me has apuntado dos veces con un arma que no dispara?

—Sí. ¿Tú has traído un arma?

—Por supuesto que no —responde con fingida indignación—. Eso sería ilegal.

Denemethy puede sentir la exasperación desbordando a Carla.

A la señal del guía, el rebaño se encamina a la entrada. Cuando el telón de turistas se corre, sólo tres actores quedan sobre el escenario.

El asesino ni siquiera las ha visto. Tiene la vista clavada en el huerto. En concreto en uno de los monjes, el cual, tras una nutrida barba parda, es la viva imagen de Héctor Zervas. Como si sintiera las miradas sobre su cogote, Dimitrios Zervas gira la cabeza hacia Denemethy y Carla.

El asesino hace lo mismo.

Y a partir de ese momento, los tres meten sexta.

Chillidos en el rebaño cuando algo afilado resplandece en la mano del asesino. Es un katar indio, una daga con una empuñadura horizontal que sujeta el filo sobre los nudillos. El asesino salta el murete, provocando una desbandada de hábitos negros.

Es un trile de gorros negros y planos, un minueto espídico que desorienta momentáneamente al asesino. Por fin localiza a su presa, se lanza sobre él y lo empotra contra el muro. La cuña afilada resplandece a centímetros de una arteria carótida cuando el asesino se da cuenta de que tiene al monje equivocado.

Se gira a tiempo de ver al verdadero Dimitrios Zervas desaparecer por la galería que bordea el edificio.

Denemethy, mientras tanto, cruza el huerto a la carrera. A su lado va Carla, y ambas arrasan tomateras y lechugas a su paso. Puede que el asesino tenga un cuchillo de trincar al prójimo, pero ellas son dos, piensa Denemethy.

O al menos lo eran.

Porque, o mucho se equivoca, o Carla acaba de separarse de ella.

Sin tiempo para detenerse, su visión periférica intuye, más que registra, la silueta de Carla dando una patada contra el muro para colgarse de una viga, impulsarse de modo inexplicable hasta la balconada, lanzarse en plancha hasta agarrar la reja de un ventanuco, y desde ahí, pateando contra la pared como un escalador de velocidad, encaramarse al tejado.

Denemethy no se permite pensar en lo que acababa de ver —o cree haber visto. Tanto si el muro tiene escalones ocultos como si Carla es Jackie Chan, no puede detenerse. Debe llegar al asesino. Incluso aunque, por alguna razón que no logra explicarse, Carla la haya dejado sola.

Y ahí va el asesino, esprintando por la estrecha galería exterior, a punto de alcanzar a Dimitrios Zervas. Denemethy lo ve armar la cuchilla como un delantero de balonmano a punto de lanzar un trallazo, y sabe que no llegará a tiempo. Un par de metros más y...

El grito de Denemethy se congela en su garganta.

Carla acaba de aparecer. Saltando desde el tejado, dos pisos como dos soles, directa sobre el asesino. Dificultad diez, ejecución precipitada, aterrizaje mejorable.

Sobre todo porque lo peor del aterrizaje se lo lleva ella. La inercia la lanza sobre el pretil, al que Carla se sujeta clavando uñas. Para cuando acaba de maldecir está colgando de roca erosionada y musgo, a un mal golpe de viento de caer al vacío.

Denemethy se interpone entre el asesino y ella, adoptando la postura que ha practicado incontables veces en clase de defensa personal. No debe ser una visión muy imponente, porque el asesino ni siquiera se molesta en recoger su katar del suelo. Y Denemethy aprende por las malas —las que duelen— que su clase de cabriolas no sirve de absolutamente nada en un combate real. De modo que mientras recibe uno, dos, tres golpes en el costado, seguidos de un rodillazo en la mandíbula, y de propina una patada en el estómago que la manda al suelo sin oxígeno en los pulmones, hace una nota mental: si sale de esta, despedirá a su entrenador personal.

Una bota borrosa se levanta sobre ella, dispuesta a triturar su cuello, cuando la detiene una voz:

—Eh. ¿Quieres probar conmigo?

Incluso a través de la niebla de la paliza, Denemethy reconoce una calma gélida, final, en la voz de la nueva Carla.

El asesino también ha debido percibirlo, porque se lanza a por su katar, y de propina encuentra un rastrillo de huerto. No tan letal como la daga, pero puntiagudo y oxidado.

Carla mira de un pincho a otro. No parece impresionada.

—¿Quieres que te llame Logan?

Denemethy logra incorporarse sobre un codo. Y por un instante todo el dolor —la sangre en la boca, el costado en llamas, los pinchazos al respirar— se desvanece. El asesino tiene un arma de trocear atunes y un rastrillo, y aún así los ojos que dudan son los suyos.

Cuando Carla —o Mr Hyde, o en quien quiera que acabe de convertirse— esquiva el primer ataque doble, decide que es su turno. Y no perdona. Desde el suelo, Denemethy observa pasmada un torrente de ferocidad y precisión como no ha visto jamás. Carla apenas ha terminado con los riñones del asesino cuando ya ha lanzado el codo, convirtiendo la nariz de su adversario en un géiser de sangre y cartílago. Usando la inercia del golpe, rota sobre sí misma como una serpiente. Visto y no visto, está encima del asesino, enganchada a su cuello y retorciendo su brazo derecho. El crujido que sigue no es rápido, tampoco limpio. Es una extracción astillada y con matices, como una rama tierna desprendiéndose a regañadientes de un roble, y Denemethy sabe que asesino no usará ese brazo en muchos, muchos meses.

Cegado por la incomprensión, el dolor y el pánico, el asesino agarra a Carla con la mano que aún le responde. Carla se lo quita de encima con una patada que lo propulsa sobre el pretil, al encuentro de una caída de seiscientos metros.

Cuando el eco del alarido se desvanece, sólo quedan los resoplidos congestionados de Carla.

En el suelo, atónita, a Denemethy no le llega el oxígeno a los pulmones. Y no es por los golpes. Es por la certeza de estar mirando al Quebrantahuesos.



## QUEBRANTAHUESOS

*El segundo hombre que maté, lo tiré al vacío.*

*Fue un asunto rápido, en realidad. Casi piadoso. En retrospectiva, seguramente merecía algo peor.*

*El tercer hombre al que voy a matar, sin embargo... me lo pondrá considerablemente más difícil.*

*Es una mera cuestión de músculo. El segundo estaba solo. El tercero tiene un ejército y una fortaleza.*

*Y aún así, nada de eso impedirá que llegue hasta él y complete mi venganza. «En esta vida o en la otra», voceaba el tipo en aquella película de hace veinticinco años. Pues bien, yo no tengo el beneficio de creer en otra vida; así que voy a asegurarme de que sea en esta.*



## EL DOSSIER

La enfermería huele a madera húmeda e incienso. El ventanuco, apenas una saetera, sólo sirve para retener las sombras en aquellas cuatro paredes, entre camillas y mosaicos en ruinas. Fuera, la penumbra le gana la partida a los últimos resplandores del ocaso.

—Toma. Ponte más hielo —dice Carla.

Podría estar hablándole al mosaico de San Cirilo, al que los siglos han arrancado numerosas teselas, y obtendría la misma respuesta. Denemethy aún no ha abierto la boca. Ni siquiera la ha mirado.

Dimitrios Zervas entra precedido por su larga sombra. Deja sobre la mesa una caja de galletas, sin interrumpir la conversación que está teniendo por el móvil de Carla.

Los quince minutos anteriores Carla los ha pasado explicándole la situación. Aunque el español del monje está oxidado, ha comprendido, y ahora está haciendo una última comprobación.

—Entiendo, gracias. Igualmente, sí —dice al teléfono antes de devolverlo.

En silencio, sus manos parsimoniosas cambian la gasa de la sien de Denemethy. Sólo cuando la operación ha concluido, habla:

—Damaris confirma su historia. Además, Héctor no responde por nuestro canal de emergencia. ¿Hace cuánto desapareció?

—Unas seis horas. Sólo han encontrado su abrigo ensangrentado.

Esto último Carla se lo inventa, con la esperanza de que algo de dramatismo acelere la cosa. Necesitan el dossier antes de que llegue la policía griega.

Dimitrios empuja la caja de galletas.

—Tengan, recuperen sus energías. Me temo que esto es todo cuanto puedo ofrecer ahora mismo.

Más por congraciarse con el monje que por apetito, Carla prueba una. Sabe a harina mojada.

—Héctor... Siempre querías más —murmura Dimitrios antes de sumirse en otro silencio absorto.

—Hermano Zervas —le apremia Carla—, con respecto a esos documentos. La información que contienen es vital para...

—Ah, no —interrumpe el monje, despertando de pronto—. No quiero saberlo. Guardé los documentos contra mi mejor juicio porque se trataba de mi hermano. Pero lo que quiera que sean, lo que puedan hacer, no quiero saberlo.

Cabizbajo, se dirige a la puerta.

—¿Pero nos los entregará? —dice Carla.

—Deberían probar otra galleta. De hecho, llévenselas todas, para el camino. Y ahora,

síganme. Tengo que sacarlas de aquí antes de que llegue la policía.

Minutos más tarde, recortado contra la puesta de sol, un cajón metálico chirría y se balancea sobre la llanura de Tesalia. A bordo, dos figuras magulladas: una sujetando una caja con doble fondo, la otra enviando sus coordenadas por teléfono. Atrás quedan las sirenas de policía que, merced al sinuoso trazado de la carretera, asoman y se desvanecen como un perezoso parpadeo azul.



## RED DE SEGURIDAD

No hace ni medio año que Panos Gavras se unió al Grupo de Rescate e Intervención de Montaña de la policía griega.

Es un buen trabajo, sobre todo para un joven de veintisiete años incapaz de tener el culo atornillado a un escritorio. Aunque tampoco es tan emocionante como el nombre sugiere. Rescates hay pocos. La mayor parte de las intervenciones consisten en auxiliar a excursionistas con tobillos luxados o recoger domingueros extraviados.

Por esa razón, el aviso de hoy lo tiene patidifuso. Los detalles son confusos, pero parece que allí arriba, en el monasterio que se eleva cientos de metros sobre su cabeza, ha habido un ataque.

A Gavras y su equipo no lo han llamado por eso, claro. De eso se encarga la unidad de Intervención. A él lo han llamado los de Intervención, cuando han visto algo dando bandazos en el acantilado. Algo que ha resultado ser, para pasmo de todos, un hombre enganchando a una de las viejas redes.

Una hora y un rapelado de vértigo más tarde, Gavras mira con estupor al maltrecho personaje. Lo milagroso no es que la red medio podrida haya aguantado su peso, sino que siga consciente. Porque la pelota de sangre en la boca, el rostro molido, el brazo derecho hecho trizas, eso no es de la caída.

—Eran dos mujeres —farfulla en inglés mientras el médico le inyecta todos los analgésicos que encuentra en su maletín—. Querían matar turistas. ¿Las han cogido?

—La situación es confusa —responde Gavras—. Por ahora sabemos que no ha habido víctimas mortales.

—Gracias al cielo —dice al tipo distraído, mirando alrededor—. Bonito todoterreno, por cierto.

A Gavras le admira aquel tipo. No sólo tiene energías para hacer preguntas, sino también para apreciar el nuevo cuatro por cuatro del Grupo de Rescate e Intervención de Montaña. El vehículo no es ninguna bestia parda, no ganará ningún Dakar, pero se defiende de maravilla en los bosque de Tesalia.

—¿Qué caja de cambios tiene?

La pregunta es de lo más extraña, pero Gavras lo achaca al shock y al cocktail de calmantes.

—Es automático —responde con amabilidad.

Y entonces, a la luz de las linternas, una sonrisa torva retuerce el rostro lacerado del tipo.



## ¿LE DIGO AL PILOTO QUE TE DEJE EN PANAMÁ?

El jet privado se eleva, dejando atrás la noche griega. Han pasado dos horas desde que escaparon de Meteora y Denemethy sigue sin decir palabra. Se limita a forcejear con la caja de galletas, cuyo falso fondo se niega a revelar los secretos que custodia.

Carla empieza a cansarse de aquella actitud, cuando Denemethy por fin levanta la cabeza.

—Hipócrita.

Una palabra. No es gran cosa, pero es un comienzo. Aún así Carla no responde, a ver si cae una frase completa.

—«Sus métodos son estúpidos —continúa Denemethy de sopetón—, y cuanto antes le rompan las piernas, mejor». ¿Me has dicho una sola verdad desde que nos conocimos?

Carla sospecha que su enfado no es una cuestión moral. Que en realidad a Denemethy le da igual que una especialista en perfiles se pase las mañanas localizando criminales que se fueron de rositas y las noches corrigiendo el error de la justicia. Lo que a Denemethy le jode es que ella, con su doctorado en no-sé-qué-cuántico-defluzo, que ha hecho una fortuna, que resuelve anagramas de cabeza, no ha visto venir esto. Al final, en el universo de Tessa Denemethy todo orbita alrededor de ella misma.

—Te costará creerlo, pero esa es la verdad —dice Carla con sencillez, verbalizando lo que jamás le ha revelado a nadie—. Hago lo que hago, pero me odio por ello. No soy mejor que un ludópata o un alcohólico. Nadie debería seguir mi ejemplo.

—Maravilloso consuelo —escupe Denemethy—. «Niños, no hagáis esto en casa», aconseja la justiciera psicópata.

Un manotazo exasperado manda la caja volando por la cabina. El impacto remata el trabajo y el doble fondo salta por fin, esparciendo documentos y pen drives. Ninguna se decide a recogerlos.

—¿Quién más lo sabe?

—Sólo tú. ¿Crees que puede permanecer así?

Denemethy no responde, súbitamente inmersa en el carillón de notificaciones en que se ha convertido su móvil.

—¿Denemethy? —Carla reclama su atención—. ¿Crees que puede permanecer así?

El móvil, en el que siguen restallando notificaciones como palomitas en una olla, desliza por la mesa hasta Carla, que se encuentra mirando el «Boletín urgente» de una cadena de noticias.

—No, Munt. Me temo que eso ya no va a ser posible.

El parecido entre las dos fotografías que muestra el telediario es incontestable: a un lado la del Quebrantahuesos; al otro el retrato de Carla, siete años más joven, el día de su graduación en la academia de policía.

—Enhorabuena, Munt. Gracias a ti, Umbría acaba de ganar las elecciones.

Por toda respuesta, Carla recoge los papeles y comienza a hacer montones de fotografías, escrituras y extractos bancarios.

—¿No te preocupa? —dice Denemethy.

—Ahora lo único que importa es esto.

—Creo que no has entendido la situación, amiga. Ahora además de la policía te busca un comando de mercenarios. ¿Le digo al piloto que te deje en Panamá?

Ahora que las máscaras han caído, la expresión de Carla es de fría resignación.

—Siempre he sabido cómo acabaría.

—¿Cómo, exactamente?

—En una cárcel o algo peor. Porque es lo que merezco. Es una enfermedad, Denemethy. La rabia siempre gana. Todas las veces. Huiré, seguramente sin éxito. No hay otro final para mí. —Devuelve la mirada a los documentos—. Pero antes, por mis muertos que voy a evitar el siguiente asesinato. Con o sin ti.

Denemethy ha debido quedarse sin reproches, porque Carla la ve agarrar un taco de papeles y refugiarse en el estudio de asientos contables y listas de pagos a políticos y jueces.

Pasado un rato, sin decir palabra, la mano de Denemethy le tiende una recopilación de artículos. Carla los reconoce porque guarda los mismos recortes en un cajón de su dormitorio. Amarillentos y endurecidos, todos cubren la tragedia del banco Cobbold.

Rebusca en ellos una anotación, un nombre, una pista, una hebra de sentido... Pero no la hay.

Y entonces, para su sorpresa, Denemethy dice:

—No te preocupes. Averiguaremos la verdad.

Es extraño, piensa Carla. Por primera vez, alguien ha oído su rugido interior. Y no ha salido corriendo.



## ABISMO CERO

Los dedos de Lefebvre vuelan sobre el teclado como los de un pianista arrebatado. Él y otros seis analistas se han repartido los archivos y fotografías que han llegado del avión. Prueban un algoritmo tras otro y lanzan consultas contra todas las bases de datos a las que tienen acceso, autorizado o no.

El dossier está resultando ser una mina de oro.

La joya de la corona es una lista de diecinueve presos con diferentes grados de psicopatía liberados, a lo largo de los últimos años y sin justificación aparente, por el mismo juez.

—Una vez liberados, desaparecen del mapa —dice Lefebvre al micrófono—. Excepto dos de ellos. Su ADN aparece en una investigación... ¿Queréis adivinar cuál?

—El Taxidermista —dice Denemethy triunfal.

—Bingo.

Lefebvre apenas puede contener la emoción. Por primera vez, los integrantes de la Frecuencia tienen rostros.

—Y hay más —dice—. Escuchad esto.

Reproduce un fragmento de las muchas conversaciones grabadas por Zervas: «He creado un monstruo y ahora está fuera de control, Héctor —dice la voz acalorada de Umbría—. Tú eres el único con influencia suficiente como para detener esta pesadilla. Necesito que intervengas.»

—Es de hace dos años. Ah, y la guinda del pastel es esta: Lanista Conservación y Patrimonio opera en España a través de un testaferro, un bufete de las Islas Caimán. La provisión de fondos que recibieron para financiar la empresa llegó a través de una de las empresas pantalla... de Octavio Umbría.

Lefebvre sonríe al escuchar el grito de júbilo de Denemethy. Ha costado años, pero por fin tienen la confirmación. Umbría financió la Frecuencia antes de que decidieran ir por libre.

—Lefebvre —dice la voz de Carla—. Esa empresa, Lanista Conversación y Patrimonio, ¿con qué actividad figura en el registro mercantil?

Es una pregunta extraña, pero el registro es público y a Lefebvre le lleva veinte segundos comprobarlo.

—Mantenimiento de cuevas naturales —responde.

—Hazme un favor. Busca empresas creadas bajo la misma actividad en los últimos dos años. Si a Ragaknos le gusta ocultarse bajo tierra y ha dinamitado Montserrat, tiene que tener otra madriguera.

La búsqueda resulta sorprendentemente rápida. Lefebvre se pregunta cómo no se le ha ocurrido a él. Se yergue al ver el resultado.

—Sólo hay una. Fondo Mediterráneo de Geotecnia y Conservación. Creada hace dos años.

Sólo se han presentado a un concurso público, que ganaron con una puja desorbitada. Buen instinto, Munt —dice impresionado—. Cambio de rumbo: vais a Málaga.

Lefebvre le indica el cambio de rumbo al piloto y está ocupado buscando un lugar donde el jet pueda aterrizar, cuando todas las pantallas de la sala parpadean.

—¿Hemos pagado la factura de la luz? —dice alguien.

Y entonces se desata la tormenta.

Hay miradas de pánico, maldiciones y gritos, porque los ordenadores ya no les obedecen. Barras de estado muestran masivas descargas de información con destino desconocido.

Lefebvre teclea desesperado, pero es inútil. Los servidores de Infinite Soul son un tren de alta velocidad que conduce otra persona. Alguien acaba de abrirles un butrón, y el oro se escapa a chorros.

Lo único que aún parece obedecerles son los instrumentos de navegación. Y la alerta que aparece en el radar hace que Lefebvre se olvide del hackeo.

Junto a la ventana, confirma sus peores temores: tres lanchas se aproximan por estribor. La vista de Lefebvre ya no es lo que era, pero incluso él puede distinguir los rifles de asalto en manos de sus ocupantes.

—¡Abismo cero! —grita—. ¡Abismo cero!

Es entonces cuando los primeros disparos impactan en el cristal antibalas.



## LA SIGUIENTE VA A TU CABEZA

Lo último que Denemethy y Carla escuchan por encima del griterío, antes de que la comunicación se corte, son las palabras «Abismo cero» seguidas de tres impactos sordos.

Denemethy contempla la tableta incapaz de moverse o pestañear, como si en su cerebro también se hubieran cortado conexiones vitales. Sólo vuelve en sí cuando Carla comienza a aporrear la pantalla.

—Es inútil, Munt —dice arrastrando los pies por la cabina—. Abismo Cero es un protocolo de último recurso. Incomunica el Cueva Marina.

—¿Quieres decir que no hay forma de saber que está pasando?

—Están solos.

Despacio, abre el minibar. Mueve un puñado de botellas para guardar las apariencias y que Carla crea que se está sirviendo un copa. Una ligera presión en el punto adecuado y la base de la nevera se levanta, dejando a la vista un arma con silenciador.

—Esa gente es mi familia —dice sin volverse.

—Lo sé. ¿De verdad no hay otra forma de hablar con Lefebvre?

Carla suena convincentemente preocupada, lo cual sólo hace que a Denemethy le hierva aún más la sangre.

—Munt, escúchame. Detrás de ti hay una puerta que lleva al compartimento de carga. ¿Ves la mirilla?

—Sí. ¿Por qué?

Denemethy se gira deprisa. Puede que no valga gran cosa en un combate cuerpo a cuerpo, pero las clases de tiro sí las ha aprovechado. Aprieta el gatillo dos veces.

Con precisión milimétrica, las balas se incrustan a ambos lados de la mirilla, en la mezcla de aluminio y fibra de carbono que Denemethy sabe que no llegarán a atravesar.

—La siguiente va a tu cabeza —dice—, y me trae sin cuidado si despresurizo la cabina y entramos en barrena. Habla, ahora. ¿Pertenece a la Frecuencia? ¿Te entrenó Ragaknos? ¿Eres tú Ragaknos?

Carla no mueve un músculo. No parece interesada en el arma, sino en los ojos de Denemethy.

—Claro que no. Sabes que no.

—Entonces, ¿quién te entrenó, jodida ninja?

—Yo. Yo me entrené. Todas las noches en los trasteros de mi edificio. Apenas duermo. Lo que soy... me consume.

—¿Y qué eres?

—Rabia.

Señala los recortes de periódico.

—Por algún motivo que no entiendo me han arrastrado a este juego. Eso es todo lo que sé.

El dedo de Denemethy acaricia peligrosamente el gatillo. Cada fibra de su cuerpo grita de dolor imaginando lo que les puede estar pasando a Lefebvre y los demás.

—Lo que yo sé es que mis servidores han sido hackeados. Mi barco está siendo atacado. Y tú has estado allí hace unas horas.

—No sólo yo —dice Carla—. «Tú eres el único con influencia suficiente como para detener esta pesadilla».

La cita confunde momentáneamente a Denemethy.

—¿Qué?

—Palabras de Umbría a Zervas. ¿Y si Ragaknos es alguien cercano a Zervas? ¿Alguien que ha estado hoy en el barco?

A Denemethy comienzan a pitarle los oídos. Cuando llega la comprensión, tiene que luchar contra una sensación de caída libre.

*Que me jodan.*

—Yo la traje al barco —dice horrorizada.

En ese momento el piloto asoma la cabeza.

—Jefa, he perdido contacto con... ¿Qué está pasando aquí?

Con una última mirada a Carla, Denemethy guarda el arma. La voz con que responde al piloto es furia helada.

—¿Conoces el protocolo Abismo Cero?

—Sí, señora.

—¿Estamos a tiempo?

El piloto echa una mirada rápida al cuadro de mandos.

—Muy justos, pero sí.

—Entonces hazlo.

Cuando el piloto vuelve a encerrarse, Denemethy rebusca frenética en un arcón.

—¿Me explicas qué está pasando? —dice Carla.

Por toda respuesta, algo cruza la cabina. Es un poco más largo que una mochila convencional, se ensancha en la base, e incluye un arnés para las piernas.

—Póntelo —dice Denemethy.



## PIED-A-TERRE

Mucha gente no lo sabe, pero los paracaídas modernos despliegan automáticamente un paracaídas de reserva en caso de que el saltador no abra el principal. Gracias a eso, los accidentes más comunes son en realidad articulaciones luxadas al tocar suelo.

Carla pertenece al grupo de gente que desconoce esto. No lo explican ni en *Le llaman Bodhi* ni en *Misión Imposible: Fallout*. Todo lo que ella sabe es que está a punto de saltar de un jet a diez mil metros de altura. Y las escuetas instrucciones de Denemethy no es que sean una clase magistral:

—Tira de la anilla cuando yo lo haga. Y rodillas flexionadas al tocar suelo.

Eso es todo. Además del paracaídas, eso sí, Denemethy le da un casco amarillo y una gafas de protección. Todo un detalle, pero como esa sábana no se abra, sólo servirán para añadir una nota de color a sus órganos despanzurrados por el suelo.

—¿Qué diablos esperas que haga con...?

No termina la frase. Denemethy abre el portón de carga y Carla se agarra a los raíles mientras sus pies los levanta un huracán que parece querer arrancar las butacas de sus anclajes.

Los tres dedos que Denemethy levanta se convierten en dos, luego en uno... y Carla la ve desaparecer bajo el fuselaje.

Carla maldice su suerte, los aviones, y sobre todo a Denemethy. Y, dispuesta a tirar de todo lo que protubere de la maldita mochila, salta.

Durante una fracción de segundo queda suspendida, como si su cuerpo flácido no supiera a qué fuerza de la naturaleza obedecer; entonces llega el latigazo y, literalmente, se la lleva el viento.

\* \* \*

Noventa segundos más tarde Carla rueda sobre hierba alta, de pasto, enredada en un burruño de colores vibrantes que la noche convierte en tonos de azul. Cuando logra asomar entre la maleza de cuerdas y nylon, ve a Denemethy arrastrando su paracaídas hacia una casa aislada. Han caído en lo que parece una granja abandonada rodeada de bosques, y eso es todo cuanto Carla puede inferir de las tinieblas.

—Dije «flexiona las rodillas» —dice Denemethy cuando Carla la alcanza.

Carla decide ignorarla. Guiándose por el tiempo de vuelo y el cambio de rumbo, calcula que deben estar a la altura de Sierra Morena.

—¿Qué es este lugar?

—Pied-a-terre —responde Denemethy—. Tengo unos cuantos distribuidos por Europa.

Todas las ventanas tienen rejas y hay cámaras en las esquinas. También la compuerta oxidada de una vieja carbonera en el suelo. Cuando Denemethy saca su pistola, Carla da por supuesto que su intención es volar alguna cerradura. Sin embargo, usa la empuñadura para darle un mamporro a un ladrillo. Operación que repite tres veces hasta que el ladrillo se hunde, revelando una ranura. Como si aquello fuera el modo normal de entrar en toda casa vacacional, Denemethy introduce la mano y espera a que un escáner le lea la buena ventura. Terminada la verificación comienza un concierto de crujidos que no vienen de la puerta principal, sino de la trampilla que baja a la carbonera.

*Pied-a-terre mis cojones*, piensa Carla mientras descienden los escalones. *Esto es un bunker*.

Denemethy enfila directa a un ordenador portátil, mientras Carla enciende la televisión.

«Billonaria y policía en busca y captura», dice el canal de noticias, y Carla no puede contener una risa vacía al pensar que en este país, una vez tienes suficiente dinero, ya no te define tu empleo sino tu patrimonio.

Denemethy teclea a toda velocidad, y Carla puede ver en la pantalla el logotipo de algo llamado Fondo Mediterráneo de Geotecnia y Conservación.

—¿Cómo vamos a saber qué cuevas gestionan? —pregunta.

—Eso intento averiguar —dice Denemethy—. Su web no dice nada, claro. He encontrado el concurso público que ganaron, pero tampoco especifica de qué cuevas se trata.

—En ese caso, podemos hacerles una visita. Su dirección estará en el registro mercantil.

—Podríamos, pero sería una mala idea. Sólo lograríamos ponerlos sobre aviso. Creo que tengo una idea mejor, mira esto. Es la lista de las empresas que pujaron en el concurso.

«Lista» es una palabra generosa. Sólo hay dos nombres. Obras y Servicios Espeleológicos Luján quedó subcampeón.

—Apuesto a que los Luján aún recuerdan de qué cuevas se trataba .

Con la dirección de la compañía anotada, Carla sigue a Denemethy hasta un garaje de dos plazas. En el cual sólo hay un vehículo, porque el trasto es del tamaño de coche y medio.

Es como si un todoterreno y un tanque hubieran tenido un hijo adicto a los anabolizantes. Los neumáticos dentados tienen casi un metro de alto, y el mamotreto se eleva sobre ellos sustentado por amortiguadores que, imagina Carla, deben ser de adamantium.

Denemethy le lanza la llave.

—Lo llamo Triceratops —dice encantada—. Es antibalas. Y tiene asientos calefactados. Todo lo que necesitan dos fugitivas de la ley. Ahora durmamos un par de horas. Saldremos al amanecer.



## ALGUIEN SABE DÓNDE ESTAMOS

Aún no ha amanecido cuando se ponen en marcha. La ruta comarcal que eligen para evitar posibles controles serpentea entre bosques tan negros como sus perspectivas de éxito.

Perseguidas por la policía, la Frecuencia y los perros de Umbría, y sin el apoyo del Cueva Marina, la propia Denemethy desaconsejaría apostar por ellas. Sobre todo teniendo en cuenta lo que acaba de descubrir navegando en los servidores arrasados de Infinite Soul.

—El hackeo vino de dentro —murmura.

Mientras Carla conduce, ella bucea entre las ruinas de Infinite Soul, la pantalla del portátil sumergiéndola en un claroscuro que ya quisiera Caravaggio. Busca algo que haya sobrevivido al hackeo, pero emerge del pecio con las manos vacías y el corazón tembloroso. No queda nada.

El gesto con el que cierra el portátil es lo bastante elocuente como para que Carla no necesite preguntar. Se limita a conducir.

Filamentos evanescentes reptan ahora sobre los bosques, incapaces aún de penetrar sus tinieblas. Igual que la mente embotada de Denemethy, incapaz de resolver un puzzle del cual ya tiene todas las piezas.

*La situación es desoladora*, se dice. ¿Su único consuelo, la única buena noticia? Que ahora mismo nadie sabe dónde están.

—Alguien sabe dónde estamos —gruñe Carla.

Denemethy gira la cabeza y los ve. Se acercan rápido. La furgoneta se sitúa a su cola, la moto pasa junto a ellas. El motorista está tapizado de arriba abajo en cuero negro, y lo que cuelga de su espalda no es ninguna mochila: es un fusil.

La moto se adelanta, gira en redondo y dispara la primera ráfaga contra el morro del Triceratops. Volantazo y pisotón de Carla, y quinientos caballos lanzan el mostrenco, tumbando una valla metálica, al bosque de robles centenarios.

—Faust, hija de puta, te voy reventar —explota Denemethy agarrándose a lo que puede—. O mejor, voy a dejar que lo haga Munt.

Doscientos metros dentro del bosque, y el follaje no deja pasar la luz del amanecer. A paso de tortuga ahora, Carla dobla por un sendero aún más estrecho; todo cuanto escuchan es el ronroneo del motor y las ramas crujiendo bajo las tres toneladas de mole con ruedas.

Tres toneladas que se encargarán de que los neumáticos dejen bien impresa su ruta sobre la tierra.

Denemethy aprieta los dientes y saca su arma. No tiene conexión con Lefebvre y lo más probable es que el Cueva Marina ya no exista. Toda la ayuda con la que cuenta es la penumbra, su astucia y su pistola. Eso, y una amiga a su lado que reparte hostias como panes.



## PIÑATA DE CAOBA, CUERO Y CRISTAL

Con lentitud depredadora, la furgoneta se interna en el bosque.

—Hacia el norte —dice Rune desde el asiento trasero.

En la pantalla que sostiene con la mano izquierda —la única operativa—, el punto parpadeante avanza con la vacilación de una presa malherida.

Meteora fue una debacle. Un error imperdonable. Y aún así las dos mujeres jamás han tenido ninguna oportunidad. Ragaknos sabe dónde están en todo momento. Y Rune no volverá a subestimarlas.

Pero debe darse prisa. Los efectos de la inyección de morfina que se ha administrado en el avión de Ragaknos empiezan a disiparse. Si espera mucho más, el dolor será indecible.

—Ahí —anuncia el conductor.

Rune no puede evitar sonreír al vislumbrar el coche absurdo de su enemigo, esa especie de tanque de llevar a los niños a pádel. Está volcado panza arriba, sus ruedas girando al aire. Y el hermano motorista, que se había adelantado, espera a una distancia prudencial, rifle en alto.

Rune pisa el sendero con la incómoda sensación de que algo, en aquel bosque oscuro, está fuera de lugar. Pero lo achaca a la morfina disipándose. Con un gesto le indica al motorista que permanezca vigilando.

—Cero riesgos. El vehículo es blindado —le dice al conductor, y ambos abren fuego.

El estruendo de ráfagas y más ráfagas persigue a las bandadas de pájaros en su huída despavorida.

Es verdad que aquel tanque de ir a la compra se comercializa como «a prueba de balas»; pero contra el ensañamiento de munición con punta explosiva puede hacer poco, y pasa lo predecible: que de los cristales sólo queda la pulpa, y la chapa termina con más agujeros que las cuentas de Pescanova.

Pronto, los cargadores se vacían. Aún sí, el eco estrepitoso perdura. Se resiste a despegarse del bosque.

Cuando Rune se arrodilla y mira el interior, hay cosas que están y cosas que faltan: lo que está son los detritus de una piñata de caoba, cuero y cristal; lo que falta son dos cuerpos.

Antes de que pueda procesar esta información, resuena una ráfaga corta y la cabeza agujereada de su cómplice choca contra el suelo.

Y con el ruido sordo llega la epifanía. Rune comprende por fin qué es lo que está fuera de lugar en aquel bosque: los pantalones del motorista que ha dejado vigilando la retaguardia. No eran de cuero. Y sin embargo, el hermano que han enviado de avanzadilla iba embutido en cuero.

Un reflejo se desliza, trémulo, por la chapa agujereada. Y mientras dos brazos envuelven su cabeza, al asesino llamado Rune le sobreviene la triste certeza de que nunca guiará a sus

hermanos en ninguna batalla. Ni verá otro día.



## CHOCOLATE Y MENTA

Tres horas y un cambio de coche más tarde, Denemethy y Carla esperan sentadas en la apolillada recepción de Obras y Servicios Espeleológicos Luján.

Llegar a Málaga no ha sido sencillo. Han salido del bosque en la furgoneta de la Frecuencia, pero ante el riesgo de que estuviera geolocalizada, la han abandonado en la primera gasolinera. Su idea inicial de robar un coche —de perdidos al río, en palabras de Denemethy—, se ha ido al traste cuando se han dado cuenta de que ninguna sabe cómo. Con lo cual Denemethy ha sacado cuatro mil euros de un cajero y se los ha ofrecido al camarero por su Opel Corsa de 1995, un trato que el chaval se ha apresurado a aceptar, sabedor de que su tartana no vale ni cuatrocientos.

Y ahora, esperan. Obras y Servicios Espeleológicos Luján ocupa dos despachos en una polvorienta oficina que comparten con una agencia de viajes y un fotógrafo de bodas. Al otro lado de la calle, desde un balcón del tercer piso, una anciana en silla de ruedas clava en ellas unas enormes gafas de sol. No se ha movido en los veinte minutos que llevan allí esperando. Denemethy no está segura de que respire.

—¿Da repelús, verdad? —dice una voz jovial.

Su anfitrión aparece cargado con una tetera y tres tazas. Es un hombre orondo que viste una camisa blanca remangada, un pantalón de traje con raya pero con los bajos embarrados, y botas de trabajo. Denemethy sospecha que fuera de la oficina completa su atuendo un casco amarillo. *Construction casual*.

—Yo al principio pensé que era un espantapájaros muy elaborado. —Su acento andaluz parece querer acelerar y frenar las palabras al mismo tiempo—. Pero no. Si le traen torreznos, hay que ver cómo se enciende, la cabrona.

Denemethy lo mira con una sonrisa atenta y encantadora. No así Carla, que ha compuesto una mueca —un rictus, más bien— que uno suele relacionar con endodoncias mal curadas.

Media hora antes Denemethy por poco se echa a reír al darse cuenta de que a Carla se le da bien hacer perfiles de psicópatas, también vapulear criminales que se han escurrido por la grietas del sistema; pero actuar, mentir, engatusar... eso ya no tanto. Carla es, sin más, la peor actriz del mundo. Ponla frente a tres matones armados y su pulso no sube de setenta; pídele que finja ser una funcionaria de la diputación, y llegan los sudores fríos.

—Soy Ángel Luján. Perdonen la espera. ¿Té?

Como ninguna de las dos parece interesada, Luján se inclina sobre la mesa.

—Por favor —susurra señalando uno de los despachos—, denme el gusto. Lo vende mi mujer los domingos en el mercado y me echa la bronca si no lo prueban las visitas.

—No diga más —sonríe Denemethy—. Venga esa taza.

Es un brebaje infecto que sabe a chocolate y menta, dos ingredientes cuya combinación, en

opinión de Denemethy, debería prohibir la OMS.

—¿Han dicho que vienen de la diputación?

—Así es —dice Denemethy tamborileando sobre carpetas que acaba de comprar en el bazar de abajo—. Sólo le robaremos un minuto. Se trata de una encuesta de satisfacción entre los participantes concursos públicos. Tengo entendido que ustedes se presentaron a uno de gestión medioambiental.

—Eso fue hace dos años.

El tono de Luján ha perdido su chispa. Aquella derrota, al parecer, aún escuece.

—Precisamente. Europa, qué le voy a contar que no sepa. Ahora toca liberar las ayudas de hace dos años, pero para abrir el grifo exigen un *informe de satisfacción*.

—Ya —dice el hombre mirando a Carla, que intenta sonreír pero parece que le aprietan los zapatos—. Oiga, ¿ustedes son de por aquí?

—Uy, qué va —canturrea Denemethy—. Yo soy de Oviedo, a mí me contrata Bruselas para hacer las encuestas en España y Portugal. Dos meses me voy a pasar en el coche. Esta es Birgit LeConnard, la inspectora que nos manda Bruselas. Entre usted y yo, no sé para qué se molestan. Chapurrea tres palabras de español y yo creo que además es un poco corta del tarro.

—Ya me parecía, ya —dice Luján mirando a Carla de reajo—. Algún programa de integración, a lo mejor.

—Sospecho que sí. Volviendo al concurso, ¿lo recuerda como una buena experiencia?

—¿Está de coña? Me dijeron que nuestra puja fue diez veces inferior a la del ganador. ¡Diez! Si eso es verdad, entonces todo el asunto es un tinglado.

—Vaya, siento oír eso. Refrésqueme la memoria, ¿para qué era el concurso?

—Mantenimiento y gestión de patrimonio natural. También le digo, casi mejor no haberlo ganado. Antes allí iban cuatro excursionistas, ahora está hasta las trancas de tiktokers con galgos.

—¿Y dónde es eso, exactamente? Este té está delicioso, por cierto.

—Pues al noroeste, a una hora en coche. Empiezan en Ardales.

—Perdone, ¿el qué empieza en Ardales?

—Las cuevas, ¿qué va a ser? Las del concurso. Las cuevas de Ardales. Antes sólo las conocíamos los de por aquí, pero ahora viene gente de miedo mundo a las cuevas, al desfiladero de los Gaitanes y al Caminito del Rey. Habrá visto fotos, mujer. La galería de tablones que cuelga del precipito a lo largo del desfiladero. Es todo muy Indiana Jones. Dentro están las cuevas.



## NO COMETA EL ERROR DE SUBESTIMARLAS

Al oeste de la ciudad de Málaga, los vecinos del barrio Cruz del Humilladero asoman a sus ventanas alarmados, preguntándose si lo que está teniendo lugar en el edificio de Jefatura de distrito no será una toma de rehenes. Todos los coches patrulla de la ciudad parecen estar convergiendo allí, bloqueando la calle sin remedio.

La realidad es que los propios policías no saben mucho más que los vecinos. Los han requerido sin explicaciones y con carácter de urgencia, es todo cuanto saben. Pero a juzgar por la cantidad de efectivos, pasa algo gordo. Preguntas mudas y expresiones perplejas recorren la atestada sala de briefings.

Santi Bermellón, recién llegado del AVE de las 11:27, se abre paso hasta encararse a los agentes. A su espalda, en la pantalla, aparecen los rostros de Carla y Denemethy.

—Gracias a todos por venir. Soy el inspector Santiago Bermellón, de la criminal. Voy a coordinar el operativo de emergencia para capturar a estas dos mujeres.

Todos se ponen rígidos. Las caras de esas dos llevan doce horas en todos los programas de televisión, incluidos los del canal Cocina.

—Lo que van a escuchar es muy confidencial: sospechamos que han secuestrado al director Zervas.

Murmullos indignados recorren la sala. Zervas puede ser un canalla, pero es *su* canalla.

—En las últimas horas han estado involucradas en la explosión de un yate en Ibiza y un tiroteo con víctimas mortales en Jaén. Creemos que han llegado a Málaga alrededor de las diez.

—Espere, espere —salta un agente— ¿Explosiones, tiroteos, secuestros? ¿Esas dos tirillas?

—No cometa el error de subestimarlas. Otros lo han hecho, con consecuencias catastróficas. Hasta que las tengamos en custodia, considérenlas altamente peligrosas.

—¿Qué hacen en Málaga?

—No lo sabemos. Pero no descartamos que esté relacionado con la siguiente víctima del Taxidermista. Eso nos deja sólo unas horas para localizarlas.

Cuando todos los agentes han recibido sus órdenes, el grupo se dispersa. Un hombre con galones y más papadas de las necesarias se acerca a Bermellón y dice, en tono confidencial:

—¿Quién es su informante?

—¿Mi *qué*, comisario Lozano?

—No se haga el tonto conmigo. Jefatura me ordena que ponga a su disposición todos los activos de Málaga, y los pongo. Pero necesito estar convencido de que su información es sólida. Tiene alguien dentro, ¿a que sí? ¿O va a decirme que una vocecita le susurra en el oído?

Lo de la vocecita no va desencaminado. Solo que en lugar de un susurro aterciopelado, son mensajes de texto de un número oculto. El primero llegó hace seis horas y Bermellón, con la

ayuda de Interpol, comprobó su veracidad. Efectivamente, un yate había sido abordado a metralleta limpia, convirtiendo Ibiza en aguas somalíes durante media hora. ¿Y a quién pertenecía la cáscara de nuez?

Después de ese, llegaron más mensajes. Hablaban de un monasterio griego, de disparos en Jaén. Todos ellos contrastados con éxito.

Ni Bermellón ni Interpol tienen la menor idea de quién es su misterioso benefactor, pero la información es sólida. Y a una hora para el siguiente cadáver, es lo mejor que tienen. De modo que cuando el último mensaje apuntó a Málaga, Bermellón saltó al primer AVE con una bula del supremo Director General para usar todos los efectivos de la ciudad, desde policías hasta jardineros.

Casualmente, su teléfono vuelve a vibrar. Sin decir palabra, busca una esquina solitaria y lee el nuevo mensaje, que contiene sólo cinco palabras: «Obras y Servicios Espeleológicos Luján».



## NUEVAS CERTEZAS

Los prismáticos de Denemethy siguen a una pareja de buitres leonados en su vuelo por el desfiladero. Colonias de nidos pueblan las paredes rocosas.

Y no son los únicos seres vivos que se mueven por aquellos acantilados de trescientos metros de altura: cientos de visitantes avanzan en fila india por la rudimentaria pasarela de tablones y cuerda suspendida cien metros sobre el río. El premio a su arrojo es alcanzar el puente colgante que cruza el desfiladero, más propio de una partida de Jumanji que de un mirador sobre el río Guadalhorce.

Desafortunadamente, en lo que Denemethy debe concentrarse no son las alturas, sino el subsuelo. El señor Luján les ha señalado en un mapa la superficie que el Fondo Mediterráneo de Geotecnia y Conservación exigió vallar a cambio de su astronómica puja, y no les ha costado mucho localizar la trampilla acorazada que, despojada de las ramas que la camuflan, grita «Entrada a búnker» a los cuatro vientos penibéticos.

Carla se quita las gafas de sol.

—La primera vez que veo el sol en un mes y tengo que meterme bajo tierra.

—Mira el lado bueno —dice Denemethy abriendo el maletero—. Si morimos, al menos lo haremos con la ropa seca.

Esta vez no han dejado nada al azar. Traen una cizalla para cortar cadenas, una radial con sierra para metal, e incluso un kit de soldadura con antorcha capaz de atravesar varios centímetros de acero.

Pero nada de eso va a ser necesario. Para su sorpresa, la trampilla se abre al primer tirón.

Se miran escamadas. La última vez que encontraron una puerta abierta a un túnel, les cayó encima una cueva.

Como respondiendo a su llegada, el teléfono de Denemethy vibra. Es un número oculto y decide descolgar, si bien no responder.

—Tengo que felicitaros —dice una voz distorsionada—. Habéis neutralizado a mi mejor aprendiz.

—No parece afectarte mucho.

—¿Acaso debería? Todo es una prueba, y mi aprendiz no la ha pasado. Pero vosotras sí.

—Puedes ahorrarte la distorsión, Faust. Sabemos que eres tú.

—Llegados a este punto, los nombres importan poco. Lo único que importa es que siempre cumplo mi palabra, y se acerca la hora. Daos prisa y tendréis asientos de primera fila.

La línea queda tan muda como el túnel que se abre ante ellas. El silencio de ambos guarda los secretos de Ragaknos.

—Una vez dentro —dice Denemethy encendiendo su linterna— perderemos toda conexión.

Carla se encoge de hombros.

—¿Para llamar a quién? —dice comprobando su arma, un donativo del motorista del bosque.

*Pues también es verdad*, piensa Denemethy. No les quedan aliados, así que patada hacia adelante. O más bien hacia abajo, que es hacia donde conduce el túnel.

Antes de doblar el primer recodo y perder toda cobertura, su teléfono vibra de nuevo.

La oscuridad fétida de aquel pasaje es el sitio más insospechado para que a una la desborde la alegría, pero eso es precisamente lo que le sucede a Denemethy al ver el mensaje telegráfico y apresurado, al más puro estilo Lefebvre.

—¿Noticias? —dice Carla.

—Cinco heridos. Todos vivos —exclama Denemethy exhalando veinte horas de angustia—. Lograron escapar en el helicóptero.

Por primera vez en horas, los pulmones de Denemethy vuelven a llenarse. Echa a andar con determinación.

—Vamos, chop-chop. Tenemos menos de media hora para detener a Faust. Y esa hija de puta me debe un yate.

Para Denemethy, la noticia tiene un efecto esclarecedor. Ahora que sabe que los miembros de Infinite Soul están a salvo, la bruma aplastante que embotaba su juicio se disipa. Con renovada lucidez, su mente corre a revisar los cabos sueltos pendientes, conectando datos que habían quedado en espera.

Se adentran en el sistema de cuevas por pasadizos cada vez más angostos. A su vez, la mente acelerada de Denemethy se adentra en nuevas certezas a las que debía haber llegado hace horas. El hackeo, por ejemplo... De pronto comprende. Sabe quién lo hizo.

Es una revelación desprovista de gozo. Sólo trae culpa y terror, cuando comprende que fue ella quien permitió la entrada del virus.

—Munt, el pen drive de Tremp. ¿Aún lo tienes?

—¿Qué importa eso ahora?

—Lo has llevado encima todo el tiempo, ¿verdad?

Carla no comprende la pregunta, pero explora su bolsillo con gestos exasperados. Cuando saca la mano, de su dedo cuelga el escudo del Sporting de Gijón.

Denemethy siente tal repulsión que le flaquean las piernas. La galería se estrecha a su alrededor.

—Al bloque F no llega ninguna conexión exterior —dice con un hilo de voz.

—¿A qué viene eso? —susurra Carla—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Al bloque F no llega ninguna conexión exterior —repite Denemethy como en trance, continuando su viaje interior por certezas en lista de espera—. Entonces, ¿quién le dictaba las respuestas a Scarpa?

La pregunta queda incontestada, en parte porque ya no precisa respuesta, en parte porque en ese momento acceden a una larga caverna. Y Denemethy, que está lidiando con un tsunami de emociones paralizantes, tiene que aparcarlas donde buenamente puede. Con horror, contempla la segunda instalación de la Frecuencia: un campamento de mercenarios, una escuela de gladiadores perturbados, un centro de alto rendimiento de fanáticos disciplinados.

Hay salas de combate cuerpo a cuerpo, una armería, galerías de tiro virtuales, jaulas con explosivos; por haber, hay incluso una estación donde cosen paracaídas, también máquinas de fabricación de pasaportes. Lo que no hay es ni un alma.

Denemethy lo mira todo con repulsión. No así, Carla, que recorre las salas rozando con las yemas de los dedos aquel material diabólico. A Denemethy le inquieta lo que reconoce en los

ojos de su amiga: envidia y anhelo.

Con una creciente sensación de derrota, Denemethy cruza a la siguiente cueva.

Toscas hornacinas albergan tarros en cuyo interior flotan rostros descompuestos por el terror, el tiempo y la putrefacción.

—Ya sabemos a dónde trajeron las cabezas —dice Carla—. ¿Pero no debería haber sólo siete?

Denemethy respondería, pero el torrente de reproches en que se está macerando le inunda los pulmones como un ahogamiento fingido.

Carla descuelga una antorcha y espanta las sombras que envuelven la octava hornacina. La nueva adquisición aún no se ha ganado su tarro de formol. Descansa en la roca, sobre una amalgama de nervio y cartílago, entre goterones de sangre que caen pared abajo como mermelada derramada en un frigorífico. La cabeza de Damaris Faust aún no ha comenzado a descomponerse.

Hay una puerta al fondo. Denemethy sabe, de alguna manera, que es la última. Que Ragaknos, su guía diabólico, la persona que ha tenido el control todo el tiempo, ha terminado de mostrarles cuanto quería.

Y de pronto están en una cueva que se eleva docenas de metros, con galerías en las alturas, como un museo Guggenheim perverso y primigenio. Fugaces figuras se mueven por ellas. Sombras absorbidas por sombras.

En el centro de un círculo de antorchas, Héctor Zervas forcejea inútilmente contra las cuerdas que lo mantienen atado a una silla. Una mordaza convierte sus gritos en estertores agónicos.

La figura que entra en el círculo de luz no levanta las manos, a pesar de que ambas mujeres apuntan sus armas hacia él. Si levanta algo, es la barbilla. Este es su dominio. Aquí abajo, él es la ley. Ellas sólo están vivas, sólo han llegado hasta allí, porque él lo desea. Ha cambiado su uniforme azul por ropa de combate. Camina erguido, ahora, los brazos cruzados a la espalda, y no hay ni rastro de la máscara afable y timorata tras la que se esconde cuando sale a la superficie. La falsa vacilación ha desaparecido de su mirada; también el exceso de aire en que envuelve las palabras cuando se esconde a la vista de todos.

—Bienvenidas —dice Tim Hopes.



## LÁSER ROJO

El cerebro de Carla quiere desbocarse, lanzarse a un pozo de preguntas sin respuesta. Es un trabajo mantenerlo a raya.

*Concéntrate. Concéntrate en Hopes. Él tiene el control.*

Para tener dos armas apuntándole al pecho, Hopes parece de lo más calmado. Es la tranquilidad que provee no sólo su chaleco antibalas, sino también los seis láseres rojos que cruzan la cueva desde las galerías superiores; tres de ellos posándose en el pecho de Carla, tres en el de Denemethy.

La sonrisa de Hopes se ensancha cuando ambas maldicen y hacen amago de soltar sus armas.

—No, no. Quedáoslas —dice magnánimo—. Quién sabe, quizás más tarde os sintáis inclinadas a usarlas.

Sin careta, la voz de Hopes posee cualidades envolventes. Su calidez carismática busca a Carla, parece querer trepar por ella.

—Sabía que lograríais llegar. —Hay una nota de orgullo en la voz de Hopes—. ¿Os gusta nuestro hogar?

—¿Quieres decir tu escuela de sicarios?

Hopes se encoge de hombros.

—Fomento habilidades no normativas. Por usar la jerga del momento.

—Matas a gente por dinero. ¿Qué tal esa jerga?

Hopes roza los hombros de Zervas, que sigue forcejeando desesperado.

—La mayoría de las veces, sí. Pero Carla, ¿qué gente? En la sala que acabas de cruzar, ¿has visto algún niño, alguna honrada madre de familia?

Carla no responde. Ha leído los informes, y por tanto sabe lo que ha visto. Un juez corrupto. Una ladrona corporativa. Dos chantajistas. Y cosas peores.

—No lo haces por justicia —replica Carla.

—Es verdad. Pero si quieren fumigarse unos a otros, ¿por qué no ofrecer el servicio? ¿Cuántos de ellos crees que se habrían sentado algún día en el banquillo de los acusados? ¿Con sus fortunas, con su influencia?

Es una retórica barata, pero aún así logra abrir grietas en la coraza moral de Carla, que nunca ha sido particularmente gruesa. Por los resquicios asoma la parte de Carla que está de acuerdo con Hopes.

—La Frecuencia, ¿fue idea tuya o de Umbría? —resuella Denemethy.

Suena débil y pasmada. Suda profusamente y parpadea como si le costara enfocar la vista. Hopes, por su parte, finge mediar la respuesta.

—Supongo —dice al fin— que fue más bien mía.



## ¿QUE VENDE EXACTAMENTE?

*Cinco años antes*

Como un joven emprendedor a punto de vomitarle su pitch a un fondo de capital riesgo, Tim Hopes traga saliva y espera a que su interlocutor termine de leer un documento de la reunión anterior.

La analogía es apropiada, con la salvedad de que, si al inversor no le convence la idea, lo más seguro es que mañana el cuerpo de Hopes aparezca flotando en el río Manzanares. El inversor, al fin y al cabo, es uno de los hombres más poderosos y peligrosos del país.

Pasado un larguísimo minuto, el inversor deja el papel y mira por primera vez al recién llegado.

Lo que ve no le gusta.

—Usted no es Benedict —escupe Octavio Umbría.

Empezar un pitch con un subterfugio no es algo que recomiende ningún libro de emprendimiento. Pero Hopes sabe que Umbría jamás aceptaría reunirse con el celador nocturno de un hospital penitenciario. De modo que se ha permitido licencias.

—Me pareció más prudente que esta visita quedara registrada en sus sistemas bajo otro nombre.

La frase descoloca momentáneamente a Umbría, que no sabe si tiene delante un poli o un empresario rival. Es decir, no sabe si sacar la chequera o mandar que lo castren con el abrecartas.

—¿Tiene alguna idea de lo que le pasó a la última persona que se coló en este despacho?

—No, pero apostarí a que ese abrecartas jugó un papel. Deme medio minuto, por favor. Después puede llamar a seguridad y tirarme desde la azotea.

—Si insiste.

—Mi verdadero nombre es Tim Hopes. Trabajo en el hospital penitenciario de Tremp. Quizás haya oído hablar del lugar.

—Deje que adivine, es usted uno de los internos.

La mano de Umbría lleva un rato fuera de vista, y Hopes da por supuesto que acaricia un arma oculta bajo el escritorio.

—Soy un empleado —responde—. Hace unas semanas recibimos un nuevo residente llamado Mateo Batavia. El nombre le es familiar, claro.

—¿Usted qué cree? Ese gusano intentó asesinarme en mi propia casa.

Hopes asiente pensativo.

—Verá, los huéspedes... me cuentan cosas. Sobre todo los recién llegados, siempre ha sido así. La noche es larga en un manicomio, supongo. Batavia me ha hablado de muchas cosas. Entre

ellas, de quien lo contrató. Macarena Galván, de la Corporación Galván.

El nombre basta para que Umbría abandone toda pretensión de estar relajado. Ahora, más que nunca, parece un reptil a punto de atacar.

—Ya tenía esa información —sisea—. Pero continúe.

—La cuestión es que mi empleo me da acceso a un nutrido catálogo de individuos con lo que podríamos llamar... habilidades especiales.

—Quiere decir con psicopatías criminales.

Hopes no parece haber escuchado la réplica.

—¿Y sabe qué es lo que todos ellos tienen en común?

—¿Mirada extraviada? ¿Se ríen fuera de contexto?

—No banalice, se lo suplico. El denominador común es este: son esclavos solitarios. Esclavos de una pulsión que se han pasado la vida escondiendo. Deles estructura, deles las herramientas para ocultarse a simple vista, entrenamiento para funcionar de manera eficiente e invisible... Deles, en fin, un hogar, y su lealtad será eterna.

—No diga tonterías, Hopes. No se puede domar una pantera.

La paciencia de Umbría se ha agotado, y Hopes está seguro de que su anfitrión acaba de apretar un botón bajo la mesa. Afortunadamente, según su reloj, es la hora adecuada.

—Yo sí puedo —replica—. Y si enciende ese televisor, se lo demostraré.

Sin dejar de mirar a Hopes, Umbría acciona el mando a distancia. Hopes sabe que sólo lo hace por llenar el tiempo hasta que su guardaespaldas aparezca con una bolsa negra y garrafas de ácido.

En los próximos treinta segundos, Hopes se juega la vida.

—¿Algún canal en concreto? —pregunta Umbría con sorna.

—Estará en todos.

Y así es. El boletín especial ha interrumpido todas las emisiones. Los detalles del trágico accidente son confusos, pero se sabe esto: Macarena Galván, empresaria y filántropa, cayó desde el tejado de su chalet en la urbanización de lujo La Finca. Se ignora qué buscaba allí arriba, pero al parecer la mujer, con el cuello ya roto por el impacto, aún rodó unos metros hasta la piscina, donde flotó boca abajo un par de horas hasta que la cocinera apareció para preguntar si la señora iba a querer vino con la cena.

Las acciones de Corporación Galván habían caído ligeramente al conocerse la noticia, pero acaban de desplomarse al hacerse público que, en el despacho de la difunta, la policía científica ha encontrado un armario lleno de memorabilia nazi.

Umbría está tan fascinado que se ha puesto en pie, olvidando el arma bajo la mesa. Observa la pantalla incrédulo.

—La parafernalia nazi, ¿era suya de verdad?

—No —responde Hopes—. Pensé que le añadiría color.

Umbría traga saliva, y la bajada de su nuez retumba como el ataúd de Galván al cerrarse.

—¿Señor? —dice el armario empotrado que acaba de abrir la puerta de un tirón.

—Fuera —ladra Umbría sin girarse.

Cuando vuelven a estar solos, pregunta:

—¿Qué vende exactamente, Hopes?

—Impunidad. Yo los entreno. Usted señala el objetivo y paga. Y todos ganamos.

La respuesta tarda mucho, mucho rato en llegar. Pero Hopes sabe cuál será. Lo ha sabido en cuanto Umbría ha despachado al gorila.

Ha ganado el pitch. Su pequeño proyecto —su audaz start up, por usar la jerga del momento

—, tiene el inversor que necesita.



## NOS ESCONDEMOS A LA VISTA DE TODOS

A la luz de las antorchas, Tim Hopes hace un gesto grandilocuente.

—Pronto comprendí que el mercado era infinito, y expandí mi cartera de clientes más allá de Umbría. No se lo tomó bien. ¿Te encuentras bien, Denemethy?

Carla lleva un rato queriendo hacer la misma pregunta. Denemethy resuella, luchando por mantenerse en pie.

—¿Puedo ofrecerte algo? ¿Una taza de té, quizás? —Hopes ríe quedamente—. Chocolate y menta, una mezcla repulsiva. Pero excelente para encubrir otros ingredientes.

Hay verdadero odio en la mirada de Denemethy, aunque parezca incapaz de enfocarla. Hablar es un trabajo, como si tuviera que despegar cada palabra de su lengua.

—Todo esto... todo para destruir Infinite Soul —logra decir.

La carcajada de Hopes vuela por la caverna como una bandada de murciélagos.

—¡Narcisista hasta en la derrota! No, Denemethy, neutralizar Infinite Soul no ha sido más que un pequeño bonus. Todos sabemos lo mucho que necesitas ser el centro de atención, pero me temo que tu papel en este... cortejo ha sido meramente secundario.

La calidez de la voz de Hopes vuelve a encontrar a Carla, a flotar a su alrededor como una invitación a escapar lejos de allí.

—Carla y yo, por el contrario —continúa—, rehuimos la atención. Nos escondemos a la vista de todos. Observamos en silencio y eso nos permite ver cosas que a vosotros, cegados por vuestra egolatría, se os escapan. ¿No es así, Carla?

En la mente de Carla, las palabras de Scarpa cobran sentido.

—Todo es una prueba —dice.

—Precisamente. La noche que te vi, la noche del contable austríaco... Quedé hechizado. Tu velocidad, tu ferocidad... Pude *oler* tu rabia. Puedo olerla ahora. —Hopes olfatea el aire como un perfumista cautivado—. Te investigué. Y supe que el destino te había puesto en mi camino. ¿Sabes ya lo que quiero, Carla?

Por como la mira, a Carla no le cabe duda de que, ahora mismo, para Hopes no existe en el mundo nadie más que ella.

—Quieres que me una a ti.

—Más. Más que eso.

En las galerías superiores, docenas de siluetas dan un paso al frente. Los tres rayos láser sobre el pecho de Carla se desvanecen.

—Quiero que lideres la Frecuencia en la guerra contra Umbría.

La incompreensión golpea a Carla como una tormenta de arena, desorientándola.

—La Frecuencia no será libre mientras Umbría exista—continúa Hopes—. Y tú has vencido

a mi mejor alumno con el entrenamiento que tú misma te has procurado. Sólo por eso, estos hombres te seguirán. Te he mostrado dos de mis instalaciones, Carla. Imagina en lo que podrás convertirte aquí.

—Estás loco —resuella Denemethy.

Incluso Zervas deja de forcejar, patidifuso por lo que está escuchando. Pero Carla duda de que se trate de simple locura. Intuye que falta una última pieza, un último velo por caer.

—¿Y por qué haría una cosa así? —musita.

—Como te he dicho, cuanto más averiguaba sobre ti más creía en el destino. Y es que, por mucho que yo quiera la cabeza de Octavio Umbría, mis motivos palidecen en comparación con los tuyos. En comparación con lo que te hizo *a ti*.

Como posando para un perverso retrato, Hopes palmea los hombros de Zervas y se inclina sobre él.

—¿Se lo cuentas tú o lo hago yo?



## DIJISTE QUE SERÍA LIMPIO

*Veintidós años antes*

El inspector de policía, que tiene treinta y dos años pero intenta aparentar al menos cuarenta, apura su café mientras estudia a su interlocutor.

El tipo es peligroso, eso el inspector ya lo sabía. También es alguien que hace que *sucedan cosas*. Esa es la única razón por la que ha accedido a encontrarse con él en aquella cafetería del parque del Retiro.

Porque el inspector es joven, ambicioso e impaciente, y el letargo de una carrera a fuego lento lo horroriza. La vieja guardia, posados en sus sillones como buitres canosos, no son más que exasperantes escollos. Monovolúmenes en el carril rápido. En especial el Director Adjunto Operativo, Agustín Gil-Guadaña, cuyo trasero momificado, por lo que a respecta al inspector, calienta la silla que debería llevar su nombre. Necesita, en definitiva, que pasen cosas. Y por eso ha acudido a la cita.

*Es sólo una inocente charla*, se ha repetido de camino al parque.

Le bastan cuatro minutos para aceptar que en aquella conversación, como en el hombre que tiene delante, no hay nada inocente.

—Vamos a ver si lo he entendido —dice el inspector arrugando la servilleta que le da las «Gracias por su visita» pero no limpia un carajo—. Dentro de seis días cierta «gente» planea robar un banco de mi distrito. El asunto será rápido y limpio. Pero esa «gente» necesita abrir unas cuantas cajas de seguridad privadas, de modo que, para que todo se desarrolle con escrupulosa... ¿cómo lo ha llamado?

—Pulcritud.

—Para que no tengamos unas fallas en Lavapiés, vaya, esa «gente» necesita que la respuesta policial se retrase un poco.

—Ocho minutos, sí —dice su interlocutor, imperturbable.

*Hace falta tener los cojones de acero toledano*, se maravilla el inspector. Admirado, comprende que la reputación de Octavio Umbría no está inflada por la leyenda, sino atemperada por el miedo de quienes tratan con él. Aquel tipo, sencillamente, no se considera regido por las leyes terrenales. ¿Cómo de invencible cree ser, para hablarle así a un inspector mientras observan las barcas del estanque? ¿Cómo de indeclinable cree que es la oferta que trae bajo el brazo?

Debería levantarse e irse, claro. Pero siente curiosidad por saber cuánto cree Umbría que vale su alma.

—Es un retraso considerable —dice el inspector—. Y muchas de esas cajas pertenecen a familias inocentes.

—Dios las bendiga. La espina dorsal de nuestra sociedad. Pero el propietario de las cajas en cuestión no entra en esa categoría.

—¿Alguien que conozco?

La boca de Umbría sonríe, aunque sus ojos no lo hagan.

—Sin duda. Su nombre es Agustín Gil-Guadaña.

El inspector escucha el chirrido de neumáticos abandonando el asfalto y lanzando la conversación a un terreno mucho más resbaladizo. Y prometedor.

—Es la vieja historia —continúa Umbría—. Un hombre llega a la cima y allí se olvida de los amigos que lo han aupado. Olvida los favores que debe.

Chasquea la lengua como si eso fuera de un mal gusto inexcusable.

—Esa gente —dice el inspector con la boca seca—, ¿qué harán con el contenido de las cajas?

—¿Ellos? Nada. Tú, por otro lado... Esa tarde recibirás un sobre con documentos. Mi consejo es que te asegures de que a tu fotocopidora no le falta papel.

Umbría deja un sobre en la mesa. El inspector no lo toca.

—No me interesa el dinero.

—A mí tampoco, ahora que tengo una fortuna.

Cuando el inspector cede a la curiosidad y abre el sobre, de él resbala una simple tarjeta de visita. Recién salida de la imprenta, sus cinco palabras encapsulan todos los sueños del joven inspector:

HÉCTOR ZERVAS  
Director Adjunto Operativo

\* \* \*

Han pasado seis días y Héctor Zervas está teniendo el primer ataque de pánico de su vida. Nunca antes ha experimentado la sensación de no ser capaz de llenar sus pulmones.

Afortunadamente, su agitación pasa desapercibida en el pandemonio en que se ha convertido Jefatura. Todos el mundo corre, todo el mundo grita; pero nadie parece saber hacia dónde, ni a quién.

Por fin encuentra un despacho vacío, bloquea la puerta con una silla y se lleva el móvil a la oreja. Tardan tres tonos en responder.

—¡Sucia rata mentirosa! —estalla sin esperar respuesta.

—Relax, Zervas. —Octavio Umbría suena perfectamente sereno—. Has hecho tu parte de modo impecable.

Es verdad. Ha saboteado su propia centralita y minutos antes del atraco ha enviado a todas las unidades de su distrito al extremo opuesto de la ciudad a investigar un aluvión de llamadas (orquestadas por la «gente» de Umbría) alertando de un tiroteo inexistente.

—Dijiste que sería limpio.

—Concéntrate en lo que importa, amigo. Después de esto, Gil-Guadaña está acabado. Tu nombramiento será oficial el lunes. *Syncharitiria, file mou.*

Pasado el shock inicial, a Zervas le sobreviene una extraña calma. Sus lealtades siempre han estado dictadas por su ambición. ¿Acaso era esto diferente?

Sus pulmones vuelven a llenarse. Y con el oxígeno llega la comprensión.

—No ha sido un accidente. Tú querías que hubiera un muerto.

—Entenderás que no puedo cometer el mismo error que con Gil-Guadaña. Te convertiré en

rey, pero necesito garantías de tu buena disposición. Ahora has conspirado en la muerte de una mujer. Su sangre está en tus manos.

—Era un hombre. Y tenía una hija.

—Lo que sea. Ese pedazo de carne muerta es el precio de tu éxito. Y mi garantía de lealtad. Es un precio más que razonable, pero eso lo comprenderás con el tiempo... director Zervas.



## EMPIEZA CON LA RABIA

Cuando Hopes termina su relato y Carla por fin regresa al presente, hay lágrimas resbalando por sus mejillas. Se da cuenta de que tiembla de pies a cabeza.

Toda su vida ha creído que la verdad sobre la muerte de su padre sería liberadora. Que la rabia desaparecería junto con la incertidumbre.

Y sin embargo lo que siente ahora mismo es lava en las venas y aniquilación en las manos. Se da cuenta, ahora, de que la rabia no es un parásito en su organismo. La rabia es ella. Y ninguna revelación catártica cambiará eso.

Disfrutando del momento, Hopes se inclina sobre Zervas.

—Me temo que no os han presentado como es debido. Esta es la hija del guarda de seguridad.

El pánico desdibuja el rostro de Zervas. De pronto es un hombre poseído, todos sus demonios tratando de escapar reventando costillas o empujando globos oculares. Sus espasmos aterrados sólo sirven para que las ligaduras muerdan con más saña y exijan más sangre.

—Basta de contenerlo, Carla —exclama Hopes ofreciéndole el cuello de Zervas—. Deja que te entrene y te libere de tus miedos. Aniquila al peón. Y después, juntos... mataremos al rey.

Los resuellos de Denemethy rompen el hechizo de la voz de Hopes.

—Carla, mírame. Esa línea no, no cruces esa... Te conozco. No quieres hacerlo.

—¿Es verdad eso, Carla? —dice Hopes, divertido— ¿*Ella* te conoce?

—¡Cállate! —balbucea Denemethy.

—Deja que te cuente lo que yo sé de ti, Carla. A ver quién te conoce de verdad.

Hopes ha sacado un cuchillo de combate y acaricia la oreja de Zervas, que ya no se resiste; sólo llora en silencio.

—Empieza con la rabia —dice Hopes, eligiendo cuidadosamente cada palabra—. Se enraíza dentro de ti durante años, alimentada por la agonía diaria de contemplar el hundimiento moral y físico de la ciudad.

Cada palabra marca la piel de Carla como hierro incandescente. Cada palabra un empujón más hacia el abismo.

—Aniquilada toda esperanza —continúa Hopes, absorto—, más allá de la desesperación, ¿qué queda? Sólo la rabia. Que sigue creciendo. Hasta que una noche, por fin, se derrama de la forma más elemental. En la ciudad infestada de criminales que burlaron una justicia exánime, el animal sale en busca de retribución. ¿Para la ciudad, para la gente, para ti? Quién sabe. Quizás sólo para poder dormir. Porque la adrenalina de la venganza no cura, pero cauteriza; y por primera vez en muchos años, duermes. Ah, pero la caza tiene un precio. A partir de esa noche la rabia no sólo existe: toma el control. La temes tanto como la deseas. Te libera; te esclaviza.

Carla levanta su arma hacia Zervas. Es una olla a presión olvidada sobre una fragua, una katana a merced de un huracán.

El cuchillo de Hopes resplandece a la luz de las antorchas. Como un sacerdote maya, descarga una cuchillada... y corta las ligaduras de Zervas.

—Deja que te entrene —grita con ojos febriles—. Que te muestre de lo que eres capaz. Ven a mí y conviértete...

Otro cuchillazo corta la mordaza de Zervas.

—... en venganza —jadea Hopes con una sonrisa diabólica.

Zervas tarda un segundo en darse cuenta de que está libre. Tras caer de rodillas, logra ponerse en pie y salir trastabillando por una de las galerías.

La pistola de Carla rueda por la cueva con un estrépito metálico. El grito que sale de su pecho —o de su alma— retumba en la caverna como el rugido de un dragón.

Y el depredador echa a correr tras su presa.



## UNA ALUCINACIÓN MÁS

Tessa Denemethy no sabe dónde está. Va drogada hasta las cejas, tambaleándose en pos del eco de los pasos de Carla. El oído es el único sentido en el que aún confía. Sus ojos sólo registran resplandores desfigurados que la batidora de su mente termina de distorsionar.

Grita cuando la pesadilla se convierte en un fogonazo cegador. Ya ni siquiera puede guiarse por el oído, envuelta de repente en una cacofonía de viento, gritos y graznidos de aves rapaces.

El aire libre engulle el rastro de Carla, pero también alivia el delirio narcótico. Ahora es capaz de distinguir formas. Aún así da un traspiés y su frente estalla contra una roca; desorientada, termina balanceándose sobre un cable metálico. Chillidos espantados acompañan cada vaivén. Es curioso, piensa, cómo la sangre que gotea de su frente se desvanezca antes de tocar el suelo titilante.

No hay pánico ni alarma cuando su cerebro ofuscado comprende que está en la pasarela del desfiladero, a cien metros sobre el río. En su estado, es sólo una alucinación más.

Necesita que todos se callen. Debe recuperar el rastro de Carla. Se tapa los oídos, y ese gesto tan sencillo arranca alaridos al desfiladero y desata una estampida en la pasarela. Entiende, demasiado tarde, que aún sostiene la pistola.

—¡Denemethy, suelta el arma!

Parpadea, desorientada. Comienza a ser capaz de distinguir facciones, pero las del hombre que se acerca no tienen sentido. Pertenecen a otro sueño, a otro desvarío. ¿Cuál era su nombre? Bermellón, eso era...

El policía se aproxima con pasos cautelosos. Y entonces, claro, como en las mejores pesadillas, sucede algo terrible que no tiene ningún sentido.

Algo aterriza entre Bermellón y ella. Un proyectil lanzado desde lo alto del desfiladero, que impacta contra la pasarela con la furia de un meteorito. Hasta los buitres enmudecen al ver aquello que ha provocado el cráter de madera astillada.

Es un cuerpo mortificado por golpes feroces, muerto mucho antes de ser lanzado al vacío. Lo que queda de Héctor Zervas se hunde centímetro a centímetro en tablones partidos.

Hasta que por fin, con un último crujido, el acantilado reclama el cuerpo.

Todas las miradas siguen la silenciosa caída, contemplan las aguas succionar el cuerpo. Todas menos una. Denemethy levanta la vista. En la cumbre del desfiladero, recortada contra el sol abrasador, una silueta desdibujada lanza una última mirada al abismo. Y se desvanece.



## NADA SE NOS ESCAPA

Han pasado seis días.

En el entreacto ha habido un domingo de elecciones con un recuento de votos rápido, demoledor, incontestable. Resultado cerrado para las seis de la tarde.

Ahora el sol de un nuevo ciclo se intuye, más que se ve, detrás de nubarrones grises sin principio ni fin. Su ceniciento fulgor, más que iluminar, le arrebató el color a la ciudad, incluida la fila de camiones de mudanza que están siendo registrados bajo la lluvia en la entrada de la torre de Umbría.

La ciudad grita furiosa. Incluso desde las profundidades del tercer sótano, Octavio Umbría escucha los pitidos desesperados de conductores prisioneros del atasco. Sonríe con desdén. Resulta difícil preocuparse por problemas de tráfico cuando uno controla la policía municipal.

El sótano tres es el nivel más restringido de toda la torre, y Umbría lo recorre pasando revista a estuches de armamento, palés de munición y vehículos acorazados.

—¿Cuándo llega el último cargamento?

—En tres días, señor —dice el mercenario que lo acompaña.

—¿Y el coste final...?

—El acordado. Morlino ya está negociando paquetes adicionales.

Umbría asiente, satisfecho. Dentro de plazo, dentro de presupuesto. Así da gusto hacer negocios.

Dos mercenarios lo escoltan de vuelta a los pisos superiores. Cada día que pasa Umbría está más a gusto con la idea de referirse a ellos como su guardia pretoriana. ¿Por qué no?

En su despacho espera Morlino, observando por la ventana la entrada de camiones de mudanza.

—¿Confío en que el registro esté siendo concienzudo? —dice Umbría situándose a su lado.

—Más que eso. Antes de entrar cada camión es registrado dos veces, por dos hombres diferentes. Lo mismo al salir. Nada se nos escapa.

—Más vale. ¿Y por qué estás aquí y no abajo supervisando los registros?

Morlino se pone firme y le entrega un sobre.

—Acaba de llegar, señor.

Umbría lo esperaba, claro. La única felicitación que faltaba por su reciente victoria electoral: la de Ragaknos. Sin remitente, sin sello; una florida letra efe por toda credencial.

Parece vacío al tacto. Pero los dedos huesudos de Umbría rozan algo hecho un burruño en una esquina, y tira de ello con suavidad. El hilo dorado se balancea ante sus ojos como un péndulo en busca de su siguiente víctima.

A Umbría se le revuelve el estómago.

—Llévalo al laboratorio —ordena.

Es altamente improbable que el sobre o el hilo tengan huellas, pero uno no puede asumir nada.

No cuando está a punto de desencadenarse una guerra.



## SALVAR A UNA AMIGA

Cuatro semanas más tarde, a la puertas del juzgado de primera instancia de lo Penal, Tessa Denemethy y su séquito de abogados atraviesan un enjambre de reporteros. Las preguntas vuelan a gritos mientras el rompehielos de corbatas y blusas abre una vía hasta el coche.

—Por supuesto que todos los cargos contra la señorita Denemethy han sido retirados —dice uno de los abogados en respuesta a una pregunta que Denemethy ni siquiera ha oído.

—¡Denemethy! ¿Sigue manteniendo que existe un grupo organizado de sicarios?

—No —dice Denemethy sin detenerse—. Estaba equivocada. Munt nos engañó a todos.

Oficialmente, Carla Munt ha sido desenmascarada como la verdadera Taxidermista. La fábula pergeñada por los títeres de Umbría incluye a un valeroso Héctor Zervas siguiendo su rastro hasta Málaga, donde falleció en heroico cumplimiento del deber. La historia tiene más lagunas que Soria, pero es suficiente para darle carpetazo al caso, que es lo que Umbría necesita.

Denemethy no se ha molestado en rebatirla. Todo lo que ella quiere es volver al trabajo.

—¿Cuáles son sus planes ahora? —grita otro reportero.

—Vuelvo a mis tranquilas y aburridas actividades filantrópicas —sonríe Denemethy—. Mi fundación tiene proyectos en Sudamérica que requieren mi atención.

Las puertas blindadas de la berlina silencian el coro de preguntas, y el coche echa a rodar.

—Deja que te vea —dice Denemethy sin perder un segundo.

De las sombras de la berlina emerge una joven vestida con el mismo abrigo, la misma bufanda y los mismos zapatos que Denemethy. Añade unas gafas de sol, y hay que estar muy cerca para notar el cambio.

—Excelente —le dice Denemethy a su reflejo— ¡Cuidado!

El conductor clava los frenos a centímetros de un sin techo que ha aparecido de la nada. Uno más de los miles que pueblan las calles, oculto bajo la capucha de un jersey tan grande que parece un poncho. Las mangas aletean en airadas protestas mientras recoge del suelo un teléfono móvil. Por fin prosigue su camino, empujando todo su mundo en su carrito de supermercado.

—Lo siento, señora —dice el conductor.

Diez minutos más tarde, en una callejuela desierta, el coche aminora lo suficiente como para que una figura embutida en ropa deportiva salte a la acera.

Su carrera la conduce hasta el Cuartel del Conde Duque, una construcción tan larga que prácticamente conecta las calles Alberto Aguilera y Princesa. Los pasos de Denemethy resuenan en el magnífico patio central, donde en ese momento están levantando el escenario para la temporada de conciertos.

Desaparece escaleras abajo. Avanza ligeramente agachada hasta una puerta acorazada que dice: *Ingeniería Civil Faria: Sólo personal autorizado.*

Algo que poca gente sabe es que las entrañas churriguerescas del cuartel se hunden varios niveles bajo tierra hasta rozar el metro de Madrid. *Ingeniería Civil Faria* lleva años manteniendo y saneando esos sótanos.

Denemethy cruza otras dos puertas, cada una con medidas de seguridad más sofisticadas que la anterior, hasta el ascensor que desciende al nivel inferior.

Infinite Soul ha perdido el lustre del yate fondeado. Su nuevo hogar es industrial, casi ferroviario. Aún hay limo adherido a las paredes, y los bastidores de servidores se estremecen cada vez que la línea tres de metro cabalga al otro lado del muro. Las pantallas cuelgan torcidas de la roca. Es tétrico y húmedo, pero de momento servirá. Tras el ataque, el equipo nunca ha estado tan motivado.

—Los nuevos candidatos —dice Lefebvre trayendo una carpeta.

Ambos han acordado que es hora de aumentar la familia. Van a necesitar al menos diez analistas más. Y algo de músculo.

—Y volvemos a estar en línea —dice Lefebvre señalando imágenes vía satélite—. Lilliput ha compilado una lista de localizaciones con alta probabilidad de albergar instalaciones de la Frecuencia.

—¿En España?

—En Europa.

A Denemethy la distrae momentáneamente uno de los televisores. Imágenes robadas con teleobjetivo muestran a Tessa Denemethy, envuelta en un chal y gafas oscuras, embarcando en su avión privado, rumbo a sus numerosos proyectos filantrópicos en Sudamérica.

—Esa guerra entre Umbría y la Frecuencia —dice Lefebvre—. ¿Cómo sabremos que ha empezado?

—A Ragaknos no le va el ruido. Será algo inusual pero sutil, sin fuegos artificiales. Mantened los ojos abiertos.

—Oh, también hemos localizado al traficante a quien Morlino le compra las armas. El arsenal de Umbría es mucho mayor de lo que pensábamos, Tessa. ¿De verdad crees que podemos proteger esta ciudad?

—Alguien tiene que intentarlo. Si nadie se interpone, la arrasarán. Así que ese es nuestro primer objetivo.

Lefebvre levanta una ceja.

—¿El *primero*? ¿Hay más?

—Hay otro, sí.

—¿Y puedo preguntar cuál es?

Denemethy pierde su mirada en el mapa de Europa.

—Vamos a salvar a una amiga.



## UNA APROXIMACIÓN SUTIL Y QUIRÚRGICA

No hay salvación posible para mí.

En manos de Ragaknos me he convertido en venganza.

Pero eso no significa que sea un monstruo.

—Emergencias, dígame —responde la voz al otro lado de la línea.

Estoy a punto de hablar cuando la berlina negra aparece de la nada y logra detenerse a un palmo del carrito que empujo. Ha sido culpa de quien quiera que se oculte tras la luna tintada, y sin embargo, mientras me apresuro a recoger el teléfono móvil del paso de peatones, el ronroneo bajo el capó suena más a reproche que a disculpa.

Protegida por mi capucha, le regalo el conductor unos cuantos aspavientos coherentes con mi camuflaje: un sin techo más, arrastrando sus posesiones a algún sitio seco.

—Emergencias. ¿Está ahí? —dice la voz.

—Llamo para avisar de una explosión.

Mis siguientes palabras son convincentes, las pruebas que apporto suficientes. Doce minutos más tarde están evacuando la manzana.

Por lo que veo a través de mis binoculares, Sarina Morlino tiene un protocolo para un escenario tan extremo como este; en cuestión de minutos, del garaje emerge una caravana de camiones cargados hasta los topes. Papá Umbría salvando parte de su arsenal.

Al final, la procesión despavorida la cierra el propio Umbría, a quien sus viet-congs lanzan a un coche blindado. Dos segundos me bastan para ver la incredulidad en su rostro desencajado. Es la cara de alguien que creía conocer a su enemigo.

Umbría esperaba una aproximación sutil y quirúrgica. Tal es el estilo de Ragaknos. Pero no el mío.

—Las fortalezas fueron una gran idea —les digo a mis nuevos hermanos mientras esperamos—. Hasta que se inventó el C4.

Cuando la evacuación ha finalizado y por el extremo de la calle asoma la furgoneta de los Tédxax, aprieto el botón.

Con ese simple gesto, informo a los Tédxax de que su presencia ya no será necesaria. Con ese simple gesto, informo a Umbría de que la Frecuencia ha penetrado todas sus defensas, y convierto su preciada torre en escombros y humo. Con ese simple gesto, inyecto en las venas del viejo magnate un pánico como jamás ha sentido.

Que empiece la guerra.

## NOTA DEL AUTOR

Gracias de corazón por haber llegado hasta aquí y dedicar unas horas de tu tiempo a esta ventura.

¿Te ha gustado la novela? Si es así, te animo a dejar una valoración de Infinite Soul en Amazon. Ayuda mucho a animar a futuros lectores y mantener el libro vivo en las estanterías. ¡Gracias!

Si te apetece enviarme alguna sugerencia, pregunta o comentario, esta es mi dirección de correo: [pablo@pablosuarezbooks.com](mailto:pablo@pablosuarezbooks.com). Estaré encantado de hablar contigo.

La continuación de esta historia, Infinite Mask, ya está en proceso de escritura. Si quieres que te tenga al día de cualquier novedad y las fechas en que verá la luz, tengo una lista de correo a la que puedes subscribirte en [www.pablosuarezbooks.com](http://www.pablosuarezbooks.com) (sólo recibirás emails esporádicos sobre mis libros. Nada de spam, jamás).

Un fuerte abrazo. Espero que nos veamos muy pronto.

*Oviedo, mayo de 2024*